

El Holocausto al banquillo

Jürgen Graf



editorial Kamerad



El Holocausto al banquillo

Jürgen Graf

El presente texto es una versión resumida de la obra *La estafa del Holocausto (Der Holocaust Schwindel)* y representa una recopilación de los argumentos revisionistas vigentes hasta 1992.

Traducido al español por Eugenio Lutz D. (1996)

“Y cuando todos los demás aceptaran la mentira dictada por el partido cuando todas las declaraciones fueran iguales, entonces la mentira entraría en la Historia y se convertiría en verdad.”

(George Orwell, en su libro *1984*)

*A Robert Faurisson y Wilhelm Stäglich,
en recuerdo del 20 y 21 de septiembre de 1992, en Badenweiler.*

Índice

Introducción, por Artur Karl Vogt.....	1
El único tabú.....	3
Los revisionistas.....	3
¿Son humanamente posibles las dudas sobre el Holocausto?.....	4
Cómo reaccionan los historiadores del sistema ante el revisionismo.....	4
Represión en lugar de diálogo.....	5
¿Por qué los exterminacionistas rehúyen el diálogo?.....	6
¿Cuestionan los revisionistas la persecución de los judíos bajo Hitler?.....	6
¿Qué entendían los <i>nazis</i> como <i>solución final de la cuestión judía</i> ?.....	7
Los campos de concentración.....	8
Las masacres en el frente del este.....	12
¿Por qué las potencias vencedoras añadieron el Holocausto y las cámaras de gas a las atrocidades alemanas?.....	13
La visión oficial del Holocausto.....	13
La inexistencia de cualquier documento sobre el Holocausto y las cámaras de gas.....	14
El talón de Aquiles de la claqué de falsificadores de la Historia.....	15
Las cámaras de gas en los Estados Unidos.....	17
El Zyklon-B y las cámaras de desinfección alemanas.....	17
Tres testigos principales de Auschwitz.....	18
¿Fueron abolidas las leyes de la naturaleza entre 1941 y 1945?.....	21
El <i>Informe Leuchter</i>	23
El elefante invisible.....	25
Pruebas adicionales.....	27
El Holocausto: ¡propaganda de guerra!.....	27
Las fosas en llamas de Elie Wiesel.....	28
El campo de exterminio fantasma de Belzec.....	29
El absurdo de Treblinka.....	33
Las cámaras de gas de 0 a 7 de Majdanek.....	36
Las cámaras de gas de los alemanes del <i>Reich</i>	37
La creación de la mentira de Auschwitz.....	39
Citas de Hitler como <i>pruebas</i> del Holocausto.....	41
El juicio de Núremberg.....	42
Los procesos de campos de concentración en la República Federal Alemana.....	44
Frank Walus e Ivan Demjanjuk.....	46
Lo que cuentan los <i>sobrevivientes del Holocausto</i>	47
¿Dónde están los millones <i>desaparecidos</i> ?.....	51
La respuesta.....	53
La cifra de los 6 millones.....	53
La clave para resolver la cuestión demográfica está en la Unión Soviética.....	55
Destinos individuales.....	55
El reencuentro de los Steinberg.....	57
Un Holocausto no les bastó a los reeducadores.....	58
El juicio de Robert Faurisson sobre la leyenda del Holocausto.....	59
¿Cómo se ganan millones contando historias?.....	59
¿Por qué el <i>establishment</i> alemán y el austríaco temen a la verdad histórica como el diablo al agua bendita?.....	60

¿Por qué a gobernantes y formadores de opinión en las democracias occidentales les interesa que se siga mintiendo?.....	61
¿Por qué casi todos los no involucrados en el Holocausto lo creen?.....	61
¿Es perjudicial para la mayoría de los judíos el fin de la mentira del Holocausto?.....	61
¿Por qué debemos derrotar la mentira del Holocausto?.....	62
¿Puede sobrevivir este siglo la mentira del siglo?.....	62
El dogma del Holocausto: alucinación del siglo XX.....	63
Anexo: Quince preguntas a los exterminacionistas.....	65
Epílogo.....	68
Literatura recomendada.....	69

Introducción, por Artur Karl Vogt

El presente libro es una condensación del trabajo de fondo, mucho más extensivo, próximo a aparecer del mismo autor. Trata sobre los actos violentos nacionalsocialistas y sus repercusiones.

Pero sobre todos los demás crímenes *nazis* es el Holocausto, el genocidio del pueblo judío, el que ha conmovido en mayor medida la conciencia de la humanidad. Para la generación actual es incomprensible que el mundo de aquella época haya contemplado en silencio, convirtiéndose así en cómplice.

La real extensión de los horribos crímenes salió a la luz sólo con los procesos por crímenes de guerra.

Las declaraciones de testigos y las confesiones de los hechores revelaron un escenario de horror, que estremeció a la humanidad.

El resultado final de las indagaciones procesales y rendición de pruebas fue tan inequívoco, que hoy los tribunales alemanes se niegan categóricamente a reconocer las pruebas de la inexistencia de las cámaras de gas a causa de la *notoriedad pública de los hechos*.

El Holocausto ha teñido moral y políticamente la época de post-guerra; se lo enseña en todos los textos escolares como un hecho irrefutable. Millones de individuos peregrinan hasta los monumentos (Auschwitz, Dachau, etc.), para expresar su congoja.

No obstante cada vez hay más voces que manifiestan dudas sobre la versión histórica oficial y cuestionan la confiabilidad de las fuentes utilizadas.

¿Es posible que se hayan pasado cosas por alto en lo que se refiere al Holocausto? ¿Es posible que quienes se han ocupado del tema se hayan dejado influir hasta tal punto por la *notoriedad pública de los hechos*, que se hayan abstenido de cotejar debidamente lo que en los textos de Historia se asienta graníticamente como verdadero por toda la eternidad? ¿Son todavía posibles las dudas? ¿Son algo así como una ofensa al sentido común normal? Debería ser muy fácil refutar los argumentos de los cuestionadores en vista de las *innumerables pruebas*.

¿Por qué se rehúye un debate público sobre el Holocausto con los revisionistas, igual que el diablo huye del agua bendita? Algunos Estados han aprobado leyes para limitar la libertad de opinión, exclusivamente en relación al Holocausto. ¿Acaso el bozal deberá remplazar de algún modo los argumentos? ¿A quién puede interesarle sacralizar como tabú el Holocausto - como suceso histórico aislado - y sustraerlo a la investigación histórica? ¿Viviremos lo suficiente para ver cómo después de decenios, o quizás siglos, se aprecien procesos históricos con la necesaria distancia emocional y una merecida precisión científica? Ejemplos no faltan. Recién en los últimos decenios se desterró al reino de las leyendas la parte romántica de la fundación de la Confederación, que nos hablaba de la toma por asalto de los fuertes y de la expulsión de los tiranos. Hoy sabemos que la visión anterior tenía el propósito de crear un mito nacional a través del *adoctrinamiento de política de Estado*. Gracias a un meticuloso estudio de las fuentes también la Historia más reciente es vista bajo una nueva luz.

Generales como Guisan y Wille, consejeros como Pilezgolaz, reciben nuevos veredictos. La investigación histórica obliga a un constante rejuzgamiento (revisión), de la visión de la Historia. Por los diarios de Goebbels sabemos ahora que el único incendiario del parlamento alemán fue van der Lubbe. La culpa de la matanza de 4.000 oficiales polacos en Katyn (1940), fue originalmente achacada a los *nazis*; hoy está probado que la orden la dio Stalin.

¡No hay tema alguno que no se pueda discutir públicamente, excepto el Holocausto! ¿Cómo sería si la investigación y discusión pública de las personas y hechos citados fueran prohibidas y castigadas severamente? ¿Cuán seria puede ser una versión de la Historia cuando futuras generaciones de historiadores recurran a *trabajos históricos* tendenciosos o negligentes y se los reproduzca y cite irreflexivamente! ¿Qué se puede pensar de historiadores que quisieran ocultar a la opinión pública nuevos conocimientos comprobados, por razones de *pedagogía popular*, sólo porque los primitivos, aunque contrarios a la verdad, sirven mejor para sustentar la resquebrajada estructura del edificio ideológico! ¿La historia adobada para mantener una visión política occidental? El autor de este libro no es un historiador profesional; él simplemente ha recopilado el material original disponible - en especial las declaraciones de testigos - y de ese modo ha llegado a conclusiones irrefutables.

Las declaraciones absurdas de los testigos contradicen las leyes de la naturaleza y la lógica humana. Si se creen las descripciones de los testigos, el Holocausto se convierte en un *milagro*, pues las leyes de la física, la química y de la tecnología quedarían desahuciadas.

¿Puede entonces convertirse este *milagro* en dogma y rescatarlo contra toda crítica? En el proyecto de la *ley contra el racismo*, que el Consejo Federal sometió al parlamento ¡cualquier crítica al Holocausto se castiga con multa o cárcel! ¿Pueden censurarse nuestros pensamientos y perseguirse a los que piensan distinto a causa de su *opinión equivocada*? ¿Deseamos crear una Inquisición para cazar hechiceros, siguiendo el ejemplo de los fundamentalistas islámicos que han puesto pecio a la cabeza de Salman Rushdie? ¡Saludos a Orwell! Lea críticamente este bien documentado libro, a fin de que pueda formarse su propia opinión.

Escriba al autor, si tiene preguntas o alcances que hacer; él se complacerá ante un diálogo constructivo.

Navidad de 1992
Artur Karl Vogt

El único tabú

En una sociedad pluralista la redacción de la Historia no es la sirvienta de la política; la libre investigación está tan garantizada como la libertad de opinión.

Consecuentemente nuestra visión de épocas pasadas está siempre cambiando. Nuevos descubrimientos históricos nos obligan con regularidad, a revisar nuestras convicciones.

Asimismo es lícito embestir contra errores históricos con la ayuda de las ciencias exactas.

Hasta no hace mucho se daba por hecho en Suiza, que luego del Juramento de Rütli en 1291 se lanzó la *Burgenbruch*, campaña de destrucción de las fortalezas de los Habsburgos. Excavaciones recientes han demostrado que los fuertes se entregaron sin pelear tanto, mucho antes, como también después de 1291, por lo que la *Burgenbruch* es solamente un mito (Véase a W. Meyer: *1291, la historia*)

No hemos sabido que los historiadores que dirigieron las excavaciones hayan sido arrastrados ante el *cadí* acusados de *injurias a los ancestros*.

Millones de peregrinos temerosos de Dios han contemplado atónitos el Santo Sudario en Turín, antes que investigaciones en laboratorios especializados revelaron que el paño provenía de la Edad Media. Hasta donde sabemos el Papa no ha excomulgado a los científicos encargados de las investigaciones.

Para un único período el principio de la libertad de investigación en la sociedad democrática occidental no se aplica. Quien ponga en duda la concepción vigente de ese período, arriesga sanciones jurídicas y su proscripción social así como la eliminación de su existencia profesional. Para ese lapso el dogma impuesto por el Estado suplanta al pensamiento crítico y la investigación libre; el uso de métodos científicos es entonces pecado. Se trata de los años de 1941 a 1944.

Los revisionistas

Víctimas de la mencionada represión y de la proscripción social son aquellos investigadores conocidos como *revisionistas*. En relación a la Segunda Guerra Mundial esta acepción se usa para designar a los historiadores que discuten el punto de vista corriente sobre la culpa única o principal de Alemania y Japón en ese conflicto, y en sentido más restringido a los que cuestionan el Holocausto, es decir, la eliminación sistemática de los judíos bajo Hitler, así como la existencia de cámaras de gas en los campos de concentración *nazis* (Es importante destacar que la palabra *Holocausto* deriva de la palabra griega para el *sacrificio por el fuego* y que se ha introducido en la lengua alemana tras la exhibición del film novelesco *yanqui* del mismo nombre. Bajo *cámaras de gas* entenderemos en adelante solamente aquellas destinadas a la eliminación de personas, no las de desinfección, cuya existencia nadie niega. En la presente obra, que de modo alguno cuestiona el asunto de la culpabilidad de la guerra, la expresión *revisionismo* tiene siempre el significado de *revisionismo del Holocausto*.)

Fundador del revisionismo fue el francés Paul Rassinier, socialista, miembro de la resistencia y detenido en los campos de concentración de Buchenwald y Dora-Mittelbau.

Después de su liberación Rassinier escribió el libro *La mentira de Ulises*, en el cual se enfrenta críticamente a los relatos de otros ex-reclusos de campos de concentración. El título proviene del incurable mentiroso Odiseo, el que a las cien penurias que realmente

sufrió agregó otras mil inventadas, y se aprovechó del gusto por la fábula de los humanos.

A pesar de que al escribir *La mentira de Ulises* Rassinier pudiera aceptar que las cámaras de gas hubiesen aparentemente existido, ya que donde hay humo hay fuego, a lo largo de sus extensas investigaciones fue convenciéndose cada vez más que los tales gaseamientos, o bien no existieron jamás o en todo caso habrían sido la acción de uno que otro loco. Rassinier murió en 1967. Sus seguidores, los revisionistas, hoy son todavía una pequeña minoría, sin embargo van ganando fuerza y desde 1988 cuentan con el británico David Irving, para sus compatriotas el mejor conocedor de Hitler y del III Reich.

¿Son humanamente posibles las dudas sobre el Holocausto?

Prácticamente todo el mundo cree en el asesinato de millones de judíos bajo Hitler y en las cámaras de gas nazis. Miles de libros y cientos de miles de artículos periodísticos tratan sobre el Holocausto, y más aún incontables películas. Y no basta todavía con eso: ¡unos cuantos actores directos han reconocido en sus juicios la existencia de las cámaras de gas! ¿Cómo pueden abrigarse dudas ante estas pruebas aplastantes? Con permiso: por este camino puede también probarse que existen las brujas. Por siglos Europa creyó en las brujas. Gruesos textos, escritos por señores eruditos, colocaban a las malvadas prácticas de las brujas en la picota. Finalmente incontables brujas confesaron ante sus jueces que durante la Noche de Walpurgis volaban con sus escobas por los aires y copulaban en la cumbre más alta del Harz. En consecuencia las brujas existen.

¿Es verdaderamente seguro que en el trascurso de algunos siglos el hombre se haya hecho más inteligente? ¿No creeríamos todos, o casi todos, en brujas si de niños viniéramos escuchando historias terroríficas sobre brujas y los medios de prensa nos informaran día a día sobre sus horribles prácticas?

Cómo reaccionan los historiadores del sistema ante el revisionismo

Quien no se ocupe en forma especial del destino de los judíos en el III Reich y los campos de concentración alemanes quizás gustaría de poder presenciar un debate entre un revisionista y un *exterminacionista* (así llaman los revisionistas a quienes defienden la teoría del genocidio) Lástima que no tenga la más mínima posibilidad de lograrlo, porque los exterminacionistas no están dispuestos a tal debate. Mientras los revisionistas dedican la mayor parte de su tiempo a leer y verificar las tesis de su contraparte, los historiadores ortodoxos se conforman con una batería de frases hechas y andanadas descalificadoras.

He aquí algunos de sus *argumentos* estándar:

1) “*El Holocausto es un hecho establecido*” (que el sol giraba alrededor de la Tierra fue un hecho establecido por miles de años)

2) “*Quien ponga en duda las cámaras de gas ofende a las víctimas de la dictadura parda*” (¿hacemos un honor a los 32.000 seres que encontraron la muerte en el campo de Dachau, si elevamos su cantidad a 238.000, como sucedió ya en los primeros años de la post-guerra?)

3) “*Los revisionistas son antisemitas y nazis*” (¿era nazi el socialista y ex-recluso Rassinier? se reconoce abiertamente que entre los revisionistas hay unos pocos que se declaran partidarios del nacionalsocialismo. Pero dos más dos son cuatro, incluso cuando es un nazi quien lo dice)

4) “*Los revisionistas son como esas personas que aseguran que la Tierra es plana. Con ellos no hay discusión posible*” (de hecho hay personas que creen que la Tierra es plana)

No obstante, muy excepcionalmente, podría alguien atacarlas; a nadie se le ocurre llevarlas ante los tribunales. Nadie los toma en serio, se les toma por excéntricos inofensivos. Pero los revisionistas no son considerados excéntricos inofensivos, sino por el contrario, se les toma mortalmente en serio. De otro modo ¿por qué se aprueban leyes especiales contra ellos?

Represión en lugar de diálogo

En 1990 fue votada en Francia la ley Gayssot que castiga con un año de cárcel a quien dude del genocidio judío. Una ley similar, promulgada en Austria en 1992, considera hasta diez años de cárcel para el delito de negar el Holocausto. En otros países, los que detentan el poder, se sirven de párrafos elásticos como *subversión popular* o *injuria a la memoria de los muertos*. Un párrafo elástico por el estilo sería introducido también por el Consejo Federal de Suiza.

Libros y revistas revisionistas están prohibidos en varios Estados.

El politólogo alemán Udo Walendy, editor de la revista *Historische Tatsachen*, debe librar una incesante batalla de trincheras con la censura, la cual, de acuerdo a la constitución, no existe en absoluto.

Al juez Wilhelm Stäglich, autor del libro *El mito de Auschwitz*, se le redujo su pensión y se le despojó de su título de doctor; para ello se recurrió deliberadamente a una ley firmada personalmente por Hitler en el año 1939, que permitía la caducidad de distinciones académicas.

Robert Faurisson, junto con el máximo pensador revisionista estadounidense, Arthur Butz, es calumniado sin descanso desde 1979. Perdió su puesto como catedrático de Literatura y Crítica de Textos en la Universidad de Lyon, porque la universidad, supuestamente, no podía garantizar su seguridad personal; los medios lo cubren de basura y se niegan a publicar sus desmentidos; los tribunales lo condenan a pagar elevadas multas, que debieran llevarlo a la ruina; su familia vive en constante sobresalto.

En 1989 mostraron los *anti-fascistas* de qué argumentos contundentes disponían. Tres matones del grupo Hijos de la Memoria Judía asaltaron a Faurisson durante una caminata y lo dejaron medio muerto a golpes. En todo caso logró sobrevivir, al contrario del profesor de Historia francés François Duprat, quien fue despedazado entre las llamas de un auto-bomba. Represión y terror físico que llega al asesinato, en lugar de diálogo, prohibición estatal de toda discusión pública, esto debiera llevarnos a desconfiar. ¿Por qué las cámaras de gas son defendidas con rabia ratonil por el *establishment* del mundo libre? ¿Pertencen de algún modo a la herencia de una humanidad que construyó las pirámides, o la Basílica de San Pedro? ¿Acaso el mundo ya no será tan bello si no hubo cámaras de gas en Auschwitz, donde 1 millón de judíos,

hombres, mujeres y niños indefensos fueron envenenados como bichos con ácido sulfúrico? ¿Qué clase de verdad histórica es esa que debe ser protegida con leyes condenatorias?

¿Por qué los exterminacionistas rehúyen el diálogo?

Es fácil de imaginar la causa para que el debate no llegue a realizarse. Desde que el *experto en Holocausto* Wolfgang Scheffler se enredó en una discusión televisiva con Robert Faurisson, en Tessin, durante 1979, y llegó a sufrir una hemorragia nasal, ningún exterminacionista desea ya arriesgarse a un bochorno semejante.

Los historiadores del *establishment* tienen muy claro que en tal debate no tienen ni una pizca de chances de ganar. La tesis, creída prácticamente por todo el mundo tras un incesante lavado de cerebro, de que los alemanes habrían gaseado a millones de judíos durante el III *Reich*, al inspeccionarla más de cerca se revela como el desvarío de un cerebro calenturiento, en cuanto es una imposibilidad defenderla frente a alguno de sus detractores familiarizado con los hechos reales.

Debería preguntarse ahora por qué la mentira se mantiene a pie firme y por qué apenas unos pocos saben algo de los revisionistas y de sus argumentos. La razón es la siguiente: la difusión de los descubrimientos es impedida por la más perfecta censura que haya jamás existido en la Historia, aquella censura de la cual prácticamente nadie llega a enterarse. A quién sirve esta censura, cómo se la aplica, por qué en nuestra sociedad supuestamente libre de tabúes existe un tabú, el del Holocausto, a qué se debe que hoy podamos dudar de todo y de todos, hasta del mismísimo Padre Eterno, su hijo Jesucristo y del Espíritu Santo, pero por ningún motivo de las cámaras de gas de Auschwitz y Treblinka, son temas sobre los cuales nos explayaremos más adelante.

¿Cuestionan los revisionistas la persecución de los judíos bajo Hitler?

En absoluto. A partir de 1933 los judíos fueron reprimidos y privados de sus derechos en forma creciente; fueron enviados al exilio; aquellos que a partir de 1941 se encontraban dentro de los territorios bajo dominio alemán en su mayoría fueron detenidos en campos de trabajo, encerrados en guetos, deportados a Polonia y Rusia, perdiendo sus bienes entretanto. Durante la campaña del este las *Einsatzgruppen*, tropas especiales, ejecutaron a muchos judíos (fijar una cifra total es algo imposible, aunque se sospecha que podría ser del orden de decenas de miles)

Estas persecuciones son hechos probados históricamente.

Por el contrario, no son hechos verídicos, sino propaganda mentirosa, todos los siguientes:

- 1) Que existió un plan para la eliminación física de los judíos.
- 2) Que existieron cámaras de gas en los campos de concentración para matar seres humanos.
- 3) Que bajo el gobierno de Hitler encontraran la muerte de 5 a 6 millones de judíos.

Cuántos judíos murieron por la guerra y las persecuciones es hoy en día totalmente imposible de determinar, ya que no es permitido investigar libremente y ningún

historiador independiente tiene acceso a los archivos alemanes, polacos, rusos e israelitas. En consecuencia hay que conformarse con aproximaciones. Rassinier opinaba que llegaría a alrededor de 1 millón la cantidad de judíos fallecidos en el radio de acción de Hitler por la guerra y las persecuciones. Otros revisionistas, como Walter Sanning, quien en su trascendental estudio demográfico *La disolución de la judería europea oriental*, basado casi exclusivamente en fuentes judías y aliadas, llegan a diversas cifras mucho menores.

Varios cientos de miles, posiblemente hasta cerca del millón de judíos murieron en guetos y campos principalmente a causa de epidemias y extenuación, por acciones de guerra y crímenes de guerra - como la destrucción del gueto de Varsovia o a manos de las *Einsatzgruppen* -, o cayeron víctimas de pogromos. Todo esto es suficientemente grave, y no existe la más mínima razón moral para sextuplicar o más la cifra de víctimas e inventar cámaras de gas.

¿Qué entendían los nazis como solución final de la cuestión judía?

Al tomar Hitler el poder en 1933, todos sabían que un furibundo antisemita quedaba al mando. Párrafos de odio contra los judíos comportan una apreciable parte del libro de Hitler, *Mi lucha*, y por disposición del programa del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores ningún judío podía ser ciudadano alemán. Las múltiples triquiñuelas a las que se vieron expuestos los judíos desde 1933 tenían por fin empujarlos al exilio. Para fomentar la salida de los judíos cooperaron estrechamente los nacionalsocialistas con los círculos sionistas, quienes estaban muy interesados en el máximo asentamiento de judíos en Palestina (sobre este trabajo conjunto silenciado férreamente hoy en día informa algo Heinz Höhne en su obra modelo sobre las SS: *La Orden bajo la calavera*)

Aún antes que Hitler pusiera en efecto una sola ley anti-judía, desataron las organizaciones sionistas en los Estados Unidos, Inglaterra y otros países una descomunal campaña de boicot, la cual provocó enormes pérdidas económicas a Alemania. Dado que los *nazis* no podían echar mano de los responsables directos, descargaron su furia en contra de los judíos locales. La meta de los sionistas era forzar a Hitler a aprobar medidas de represión cada vez más severas contra los judíos a fin de acelerar la emigración de judíos desde Alemania hacia Palestina.

Hasta 1941, cuando la emigración fue prohibida (la prohibición por lo demás no fue introducida como consecuencia), 2/3 tercios de la judería en Alemania había abandonado el *Reich*; permanecieron en su mayoría los de más edad. También los judíos de Austria en su mayoría abandonaron el país después del *Anschluss* (anexión), así como una parte considerable de los judíos checos después de la división de Checoslovaquia en 1939.

Empezada la Segunda Guerra Mundial, el Plan Madagascar, que pretendía crear un Estado judío en la isla de Madagascar, pareció acercarse al campo de lo posible. Sin embargo Pétain no deseaba abandonar la isla y los británicos controlaban su acceso por mar.

Por ello se sopesó la creación de un espacio de asentamiento judío en el este.

En 1941 comenzaron las deportaciones en masa; cientos de miles de judíos fueron detenidos en campos de trabajo o enviados a Rusia (como estación de tránsito se usó a Polonia) Esta política tuvo las siguientes consecuencias:

- 1) Los alemanes necesitaban fuerzas de trabajo en forma urgente, ahora que los hombres capacitados estaban en el frente.
- 2) Los judíos representaban un riesgo para la seguridad interna, ya que indudablemente estaban todos de parte de los aliados.
- 3) La guerra brindaba a los *nazis* una preciosa oportunidad para intentar la *solución final del problema judío*.

Que los nacionalsocialistas bajo esta *solución final* no entendían la eliminación física de los judíos, sino sólo su asentamiento en el este se desprende claramente de sus propios documentos. Así Göring escribía a Heydrich el 31 de julio de 1941: “*En complementación de la tarea que se le asignó con vigencia al 24 de enero de 1939, es decir, encontrar la mejor solución, de acuerdo a las condiciones actuales, al problema judío en la forma de su emigración o evacuación, yo le comisiono por la presente para que disponga todos los preparativos tanto organizacionales, como técnicos y materiales para la solución definitiva del problema judío en el territorio europeo bajo dominio alemán... Le comisiono además para presentarme a la mayor brevedad un proyecto general de medidas previas tanto de organización como técnicas y materiales para la ejecución de la solución final del problema judío que buscamos.*” (citado por Raul Hilberg en *La eliminación de los judíos europeos*, editorial de libros de bolsillo Fischer, 1990, pág. 420)

En la conferencia berlinesa de Wannsee el 20 de enero de 1942, durante la cual la leyenda pretende que se decidió la eliminación física de los judíos, se habló en realidad, de hecho, sobre su asentamiento exterior, como se puede ver claramente en el acta (la autenticidad del documento es cuestionada, por lo demás, por revisionistas tales como Stäglich y Walendy) Y uno de los participantes en esa conferencia, Martin Luther, del ministerio de Exterior, escribió en un memorándum del 21 de agosto de 1942: “*El principio básico de la política alemana respecto de los judíos, luego del ascenso al poder, fue promover por todos los medios la emigración judía... La actual guerra brinda a Alemania la oportunidad, y más bien el deber, de solucionar el problema judío en Europa... A causa de... la instrucción del Führer ya mencionada se empezó la evacuación de los judíos de Alemania. Era de suponer, que incluso los habitantes judíos de esos países captaran que se habían tomado asimismo medidas judías... El número de judíos desplazados hacia el este por estos medios no alcanzaba a cubrir las necesidades de mano de obra.*” (Documento de Núremberg NG-2586)

Los historiadores ortodoxos se valen ahora de la risible explicación que *evacuación, asentamiento y emigración* serían sólo palabras clave para *gaseamiento*. De verdad, en el hecho fueron enviados mucho más de 1 millón de judíos a Rusia, tal cual lo sostienen los documentos alemanes. A falta de documentación escrita sobre la eliminación de los judíos y de las cámaras de gas los señores exterminacionistas se ven obligados a interpretar los documentos incorporándoles cosas que jamás estuvieron allí hasta ese preciso momento.

Los campos de concentración

Apenas dos meses después del ascenso de Hitler al poder se levantó en Dachau el primer campo de concentración; otros le siguieron. Antes de la guerra no se le asignó

ninguna significación económica a los campos. Servían para aislar a aquellas personas que podían entrañar algún peligro para el gobierno nacionalsocialista. Entre las diferentes categorías de detenidos estaban los políticos (*rojos*), los criminales (*verdes*), además los *asociales* o *negros* (mendigos, vagos, ramera, etc.), los *predicadores* (miembros de sectas que eludían el servicio militar), y los homosexuales. Hasta 1938 los judíos eran confinados en estos lugares sólo cuando pertenecían a alguno de estos grupos.

En noviembre de 1938, tras el asesinato de un diplomático en París y de la tristemente célebre *Noche de los Cristales* por primera vez los judíos fueron encerrados masivamente sólo por serlo; pero en verdad los casi 30.000 internados pronto fueron liberados casi en su totalidad.

Antes de la guerra oscilaba la cantidad de reclusos (¡criminales incluidos!), entre algunos miles y algunas decenas de miles.

Iniciada la guerra brotaron como callampas nuevos campos en la Europa ocupada, desde Struthof-Natzweiler, en Alsacia, hasta Majdanek, en la *gobernación general*, es decir, la Polonia ocupada. En total hubo finalmente catorce campos mayores y una variedad de campos menores. Adicionalmente había alrededor de quinientos campos de trabajo (*Arbeitslager*), cada uno con algunos cientos hasta poco más de mil reclusos. Estos campos de trabajo eran anexos a plantas industriales; los trabajadores forzados eran proporcionados a éstos por los campos de concentración. Los internos fallecidos en los campos de trabajo eran consignados en las estadísticas del campo de concentración del cual provenían.

Estos campos jugaron un papel relevante en la industria de guerra. En Auschwitz, el más grande de los campos de concentración, se fabricaba buna - caucho sintético -, usada en la fabricación de neumáticos y, por lo tanto, de gran importancia bélica. En el especialmente temido campo de concentración Dora-Mittelbau, a causa de las inhumanas condiciones de trabajo, se construían los cohetes, con los que Hitler esperaba dar un vuelco a la guerra en 1944.

El maltrato de los detenidos no era una política de Estado, pues al régimen le interesaba contar con trabajadores lo más sanos posible. A pesar de eso siempre se caía en excesos y crueldades. Cada reglamento vale tanto como los que deben aplicarlo, y realmente no era la elite de la sociedad la que se presentaba para servir en los campos de concentración. En muchos campos las peores brutalidades no fueron en modo alguno protagonizadas por los SS, sino por los delincuentes, que aterrorizaban de lo lindo a los políticos. Records de inhumanidad se batieron en el Mauthausen austríaco.

Contra los jefes SS se procedió oportunamente con gran severidad. Karl Koch, comandante de Buchenwald, fue llevado al paredón por corrupción y asesinato; Hermann Florstedt, el tan mal afamado comandante de Majdanek fue colgado por los mismos presos. Entre el 1 de julio de 1942 y el 30 de junio de 1943 murieron, como se desprende claramente de una estadística preparada para Himmler por el General SS Oswald Pohl, 110.812 presos. El que los campos no se vaciaran se debía a que los *egresos* eran remplazados por nuevos *ingresos*. En agosto de 1943 la cifra total de reclusos en campos de concentración ascendía a 224.000, un año más tarde eran 524.000 (sin considerar los campos de tránsito)

La mayoría de los fallecimientos se debieron a epidemias.

Especialmente temida era la fiebre tifoidea, una variante del tifus, que es transmitida por los piojos. Para combatirla se utilizó, entre otros, el insecticida llamado Zyklon-B, el cual los *chamanes* del Holocausto transformaron más tarde en una herramienta de

exterminio humano.

Dejando de lado los caóticos meses del fin de la guerra, la peor época en los campos fueron el verano y otoño de 1942. En ese lapso murieron mensualmente en Auschwitz, en promedio, más de trescientos internos al día de fiebre tifoidea. La plaga buscaba también entre el personal de la SS a sus víctimas. Dentro del complejo de Auschwitz se produjo la mayor cantidad de muertes en Birkenau, ubicado a unos 3 kilómetros del campo principal y que había asumido la función de un campo para enfermos. Durante ese tiempo murieron en Birkenau más internos que en todos los demás campos juntos. En este *campo de la muerte* de Birkenau, donde aparentemente perecieron 100.000 a 120.000 detenidos, mayoritariamente por enfermedad (¡había también ajusticiamientos y asesinatos!), llegó a ser un *campo de exterminio* para la leyenda, donde según cada *historiador* fueron asesinadas de 1 a 4 millones de personas. Para la incineración de las víctimas de la plaga se construyeron hornos crematorios, y para ubicarlos se construyeron depósitos de cadáveres y bodegas, de los cuales los mitólogos del genocidio hicieron más tarde *cámaras de gas*.

También de las duchas hicieron cámaras de gas en parte. Y de la selección de los capacitados y no capacitados para trabajar hicieron las *selecciones para la cámara de gas*. De este modo nació la más monstruosa mentira de este siglo, la mentira de Auschwitz.

La peor de las catástrofes se desató en los crueles últimos meses de guerra. A medida que ingleses y estadounidenses liberaban campo tras campo en 1945, se encontraban con miles de cadáveres sin enterrar, así como decenas de miles de presos casi muertos de hambre. Sus fotos recorrieron el mundo como pruebas de un asesinato masivo sin parangón. En realidad la mortandad no tenía nada que ver con una política consciente de exterminio. Esto se deduce fácilmente de las cifras de muertes para cada campo; a continuación las cifras para Dachau (fuente: Paul Berben: *Dachau 1933-1945: la historia oficial*, *The Norfolk Press*, 1975):

1940: 1.515 muertos.

1941: 2.576 muertos.

1942: 2.470 muertos.

1943: 1.100 muertos.

1944: 4.794 muertos.

1945: 15.384 muertos.

En los últimos cuatro meses, durante toda la existencia del campo, murieron entonces más internos que en todos los demás años de guerra juntos. Incluso después de la liberación por los *yanquis* murieron unos 2.000 reclusos por debilidad; y 1.588 murieron en los primeros diecisiete días de mayo.

Las causas para esta terrible mortandad fueron las siguientes:

1) En lugar de sencillamente abandonar a los presos en los campos orientales a las tropas rusas que avanzaban, los *nazis* los evacuaron hacia el oeste. Como la mayor parte de las vías férreas habían sido bombardeadas, decenas de miles fueron conducidos en caminatas de semanas a través del hielo y la nieve al interior de Alemania; una buena parte ya no sobrevivió la guerra. Y en los campos que recibieron a los evacuados no había dormitorios, ni letrinas, ni comida, ni medicamentos, ni nada. El motivo de esta alucinada política de evacuación era sencillamente que no se deseaba dejar caer en las

garras de los soviéticos ni trabajadores ni soldados. A los enfermos se les permitió permanecer en Auschwitz y fueron *liberados* por el Ejército Rojo.

2) A partir del otoño de 1944 oleadas de millones de fugitivos se dirigían a Occidente procedentes de los territorios tomados por los soviéticos. Simultáneamente los bombardeos terroristas anglo-*yanquis* reducían a escombros ciudad tras ciudad y hacían desaparecer toda infraestructura. En tales condiciones murieron, aún en libertad, innumerables personas por debilitamiento y enfermedades contagiosas.

Chuck Yeager, primer piloto que cruzó la barrera del sonido, escribe en su autobiografía (*Yeager: Una autobiografía*, Nueva York, Bantam Books, 1985, pág. 79 y 80), que su brigada tenía instrucciones de disparar a todo lo que se moviese en una superficie de 50 kilómetros cuadrados. “*Alemania no se dividía sencillamente en civiles y militares. El campesino con su huerto de papas alimentaba las tropas Alemanas.*” Luego, los aliados produjeron la hambruna total con sus bombardeos terroristas, ¡para entonces acusar a los vencidos de no haber sido capaces de alimentar suficientemente a los presos en los campos de concentración! Y aún a pesar de todo eso los libertadores en campos como Bergen-Belsen, Buchenwald y Dachau, junto a las pilas de cadáveres y piltrafas humanas deambulantes, encontraron decenas de miles de presos con buena salud y relativamente bien alimentados. De los cuales se tomaron fotos que apenas habrán sido mostradas alguna vez.

Se pueden establecer paralelos históricos con los campos de concentración *nazis*, por la época de la Guerra Civil estadounidense. En los campos de prisioneros de los norteros Camp Douglas y Rock Island la tasa de mortalidad era del 2 al 4 % mensual. Y más al sur, en Andersonville, de 52.000 soldados norteros murieron 13.000. En la Guerra Boer los británicos internaron alrededor de 120.000 civiles así como decenas de miles de negros africanos, de los cuales murió uno de cada seis. Ni los prisioneros de la Guerra Civil *yanqui* ni los de la Guerra de los Boers fueron eliminados deliberadamente; casi todos sufrieron enfermedades contagiosas, las cuales no pudieron ser reducidas.

Las cifras de muertos son comparables a las de Dachau (84 % vivos y 16 % muertos), y Buchenwald (86 % vivos y 14% muertos)

La Oficina de Registro Civil Especial en Arolsen (de la República Federal Alemana), registró los decesos en los campos de concentración.

Este es el balance hasta fines de 1990:

Mauthausen: 78.851 muertos.
Auschwitz: 57.353 muertos.
Buchenwald: 20.686 muertos.
Dachau: 18.455 muertos.
Flossenbürg: 18.334 muertos.
Stutthof: 12.628 muertos.
Gross-Rosen: 10.950 muertos.
Majdanek: 8.826 muertos.
Dora-Mittelbau: 7.467 muertos.
Bergen-Belsen: 6.853 muertos.
Neuengamme: 5.780 muertos.
Sachsenhausen-Oranienburg: 5.013 muertos.

Natzweiler-Struthof: 4.431 muertos.
Ravensbrück: 3.640 muertos.

En la estadística de Arolsen figura también Theresienstadt, con 29.339 muertos, pero ese no era propiamente un campo de concentración sino un gueto para judíos viejos y privilegiados.

Arolsen también menciona que la estadística es incompleta. Ya en otros registros civiles los decesos registrados no vuelven a ser citados, y en varios campos falta parte de la documentación.

Si se deseara establecer exactamente con un margen de error de un par de miles la cifra de los fallecidos en los campos de concentración, nadie estaría más capacitado que Arolsen al disponer de mucha mayor cantidad de documentos que cualquier otro registro civil del mundo. No obstante Arolsen está bajo jurisdicción del gobierno alemán, el cual teme a la verdad histórica más que el diablo al agua bendita. Por ese motivo Arolsen no permite el acceso a sus archivos a ningún investigador independiente y divulga en sus folletos arbitrariedades tan desfachatadas como que en los campos de exterminio no se encontró documentación alguna. Que tal documentación no existe porque los campos de exterminio sencillamente jamás existieron, nadie lo sabe mejor que el mismo Arolsen.

Para Dachau y Buchenwald las cifras de muertos son indiscutibles por lo que sabemos (32.000 y 33.000 respectivamente) En 1990 los rusos pusieron a disposición de la dirigencia de la Cruz Roja Internacional los registros necrológicos de Auschwitz que hasta entonces habían mantenido en secreto bajo siete llaves. Cubren, con algunas lagunas, el período de agosto de 1941 a diciembre de 1943 y contienen 74.000 nombres.

Dónde se ocultan los demás registros es por supuesto algo que se desconoce. El número de víctimas de Auschwitz debería entonces bordear los 150.000. De lo expuesto hasta aquí sacamos las siguientes conclusiones:

- 1) Aparentemente murieron desde 1933 hasta 1945 entre 600.000 y 800.000 personas en los campos de concentración *nazis*.
- 2) Menos de la mitad eran judíos, ya que en muchos campos representaban sólo una pequeña minoría (en Auschwitz la población penal judía era al final cerca del 80 %)
- 3) Más que probablemente muchos más judíos encontraron la muerte fuera de los campos que dentro de ellos.

Las masacres en el frente del este

El 22 de junio de 1941 la *Wehrmacht* invadió la Unión Soviética y se precavó así del ataque ruso dispuesto para catorce días después (que se trató en esta acción bélica de una guerra preventiva es algo que el ruso Viktor Suvorov demuestra irrefutablemente en su estudio *El rompehielos: Hitler en el cálculo de Stalin*) La guerra se condujo desde un principio con brutalidad inaudita.

Tras las líneas alemanas desataron los rusos una guerrilla de partisanos (contraria a los derechos reconocidos internacionalmente), y los alemanes reaccionaron frente a esto tal como lo harían más tarde los franceses en Argelia, los *yanquis* en Vietnam y los bolcheviques en Afganistán, o sea con un terror ilimitado contra los no involucrados.

Quien desee evitar tales crímenes, debe evitar la guerra.

Los comisarios, es decir los oficiales políticos, a menudo eran liquidados apenas eran aprehendidos. Los partisanos eran también fusilados o colgados sin pérdida de tiempo.

Finalmente eran comunes los fusilamientos en represalia por emboscadas contra soldados alemanes.

Entre los comisarios se trataba en su mayoría de judíos. Estos estaban también representados fuertemente en el movimiento partisano, de acuerdo a fuentes soviéticas.

Y los oficiales encargados de los fusilamientos de represalia elegían de preferencia las víctimas de sus escuadrones entre los judíos antes que los no-judíos. No hay duda que hubo muchos judíos que no eran comisarios, ni partisanos, ni rehenes, que fueron ejecutados en prevención, ya que *a priori* se les designaba como *sospechosos de bolchevismo*. Aquí se funden las fronteras entre lucha anti-guerrillas y asesinato racial.

Los informes de *acciones*, según los cuales sólo en los primeros años de guerra 2 millones de judíos soviéticos habrían sido liquidados por los *Einsatzgruppen*, son sólo burdas falsedades (ni siquiera Raul Hilberg, el número uno de los *expertos en Holocausto* las toma en serio), aunque los hechos son suficientemente lúgubres: decenas de miles de judíos, incluyendo mujeres y niños, así como muchísimos no-judíos fueron asesinados.

¿Por qué las potencias vencedoras añadieron el Holocausto y las cámaras de gas a las atrocidades alemanas?

Luego de que los aliados en las dos guerras mundiales se las habían visto negras por culpa de los alemanes, quisieron aislar internacionalmente por décadas al pueblo alemán y desmoralizarlo tanto, que no se atreviera en muy largo tiempo a proseguir una política independiente. Sin embargo, los crímenes realmente cometidos por los alemanes no alcanzaban para impedir a los vencidos que pudieran escupir al rostro de los vencedores un altivo "*Tu quoque!*" ("*¡Tú también!*") A la expulsión de los judíos podrían oponer así la expulsión mil veces más brutal perpetrada contra los alemanes del este y de los Sudetes a partir de 1944, a los campos de concentración *nazis* los campos soviéticos del Archipiélago Gulag en los que han sido asesinado cuatro veces más seres humanos, la bárbara destrucción sin finalidad militar alguna de Varsovia y, la no menos bestial, amilitar e injustificable destrucción de Dresden.

De ese modo las potencias vencedoras inventaron un crimen, uno que era único en la historia de la humanidad: el Holocausto, la eliminación sistemática de un pueblo completo, desde los recién nacidos hasta las bisabuelas centenarias, en cámaras de gas.

La visión oficial del Holocausto

Si nos guiamos por la versión ortodoxa de la Historia el genocidio judío empezó en 1941, aunque sólo en 1942 se decidió la desaparición de la judería europea en la Conferencia de Wannsee.

Entre 5 y 6 millones de judíos habrían encontrado la muerte bajo Hitler. Una pequeña cantidad de las víctimas habría fallecido en los guetos y en los campos por hambre y enfermedades, pero la mayoría habría sido asesinada en la Unión Soviética por fusilamientos masivos, así como mediante camiones adaptados como cámaras de gas extendiendo el tubo de escape hacia el interior, y en seis *campos de exterminio* mediante gas venenoso.

Estos seis campos de exterminio, según los historiadores del *establishment*, se encontraban en territorio polaco así como en la zona polaca recuperada por Alemania en 1939. Se trataba de los campos de Auschwitz, Majdanek, Belzec, Sobibor, Treblinka y Chelmno. En Chelmno las masacres habrían sido realizadas en camiones de gas y en las cinco *fábricas de la muerte* restantes usando cámaras de gas estacionarias.

En Auschwitz y Majdanek se habría tratado de *campos mixtos*, donde los judíos aptos para el trabajo eran enviados al frente y los no aptos eran gaseados después de la selección. Por el contrario los otros cuatro serían exclusivamente centros de exterminio.

Los únicos judíos que podían vivir allí algún tiempo eran los *judíos obreros*, que eran necesarios para los servicios menores. Por razones de seguridad aún estos judíos obreros habrían sido gaseados en tandas regulares para ser remplazados por otros.

Por ello de los 600.000 judíos internados en Belzec sólo uno habría sobrevivido (Kogon, Rückerl y Langbein: *Asesinatos masivos nacionalsocialistas mediante gas venenoso*, Fischer Taschenbuch Verlag, 1989, pág. 183) Recién a partir de 1960 empieza a hacerse la diferenciación entre *campos de concentración normales* y *campos de exterminio*.

Hasta entonces se daba por sentado que casi cada campo de concentración tenía su cámara de gas y por lo tanto era un campo de exterminio en mayor o menor medida. Por años se recordó en una placa conmemorativa de Dachau a los 238.000 muertos allí, y quien negara la existencia de la cámara de gas de Dachau se arriesgaba durante los años '50 a una pena de cárcel en la República Federal Alemana. En el intertanto se ha producido una notable rectificación revisionista en relación a Dachau: la cifra de víctimas no era de 238.000 sino sólo de 32.000, y ningún recluso de Dachau fue gaseado. Los revisionistas desean ahora conseguir para Auschwitz lo mismo que para el caso Dachau: reducen la cifra de víctimas más o menos a un séptimo (de 1 millón a unos 150.000), y denuncian las cámaras de gas de Auschwitz como una vil mentira tal como las de Dachau.

Para los *campos de exterminio* el *especialista en Holocausto* Wolfgang Scheffler ofrece las siguientes *estimaciones mínimas* (*Persecución de los judíos en el III Reich*, Colloquim Verlag, 1964, pág.40):

Auschwitz: sobre 1 millón de muertos.

Treblinka: 750.000 muertos.

Belzec: 600.000 muertos.

Chelmno: 300.000 muertos.

Sobibor: 250.000 muertos.

Majdanek: 250.000 muertos.

La inmensa mayoría de los asesinados habrían sido judíos, así que según esta estadística habrían sido gaseados sobre 3 millones de judíos en estos seis campos.

La inexistencia de cualquier documento sobre el Holocausto y las cámaras de gas

La proverbial minuciosidad alemana fue llevada al extremo por los *nazis*; todo de todo era registrado. Es así que se conservan casi 3 toneladas de documentos del III *Reich*.

Unas cuantas acciones de muerte dispuestas personalmente por Hitler están claramente documentadas, por ejemplo la *acción de eutanasia* o muerte inducida

de enfermos incurables. Puesto que una operación tan gigantesca como la muerte de millones en cámaras de gas inevitablemente debía estar supeditada a un gran despliegue administrativo, es dable suponer que sobre el Holocausto se dispone de montones de documentos. En estricto rigor no existe tan siquiera un documento sobre un plan de exterminio de los judíos o sobre la construcción de las cámaras de gas, los hay sí para las de eliminación de piojos. Esto también ha sido aceptado por los exterminacionistas.

El judío *experto en Holocausto* León Poliakov escribe en su libro *Breviario del odio* (edición de bolsillo de Editions Complexe, 1986, pág. 124): “*Los archivos del III Reich y las explicaciones y descripciones de los jefes nazis nos posibilitan reconstruir en detalle la elaboración y desarrollo de los planes de agresión, las campañas y el amplio espectro de medidas con las que los nazis pretendían deformar el mundo a su amaño. Sólo el exterminio judío permanece en las sombras, tanto en lo que se refiere a su concepción como a muchos otros puntos. Deducciones y consideraciones psicológicas, informes de tercera y cuarta mano, nos permiten de alguna manera reconstruir con cierta exactitud el desarrollo de este plan. No obstante muchos detalles permanecerán desconocidos para siempre. En cuanto a la concepción del plan en sí para el exterminio total, los tres o cuatro culpables principales han dejado de existir. Ningún documento ha quedado, quizás nunca hubo siquiera uno.*”

Si comparamos las cantidades de muertos de Wolfgang Scheffler con las estadísticas de Arolsen podemos establecer que para Auschwitz y Majdanek se registró sólo una fracción de las supuestas víctimas, mientras que para los cuatro *campos de puro exterminio*: Belzec, Sobibor, Treblinka y Chelmno, faltan totalmente en la estadística de Arolsen (sería entonces que figuraban bajo *varios* con 4.074 muertes demostradas)

Mientras que para un campo relativamente pequeño como Struthof-Natzweiler fueron registradas impecablemente 4.431 muertes, no hay la más mínima traza de las 1,9 millones de muertes en esos *campos de puro exterminio*. Los 1,9 millones de cadáveres desaparecieron y no dejaron ni cenizas, de las cámaras de gas no quedaron ni trocitos.

¿Cómo explican los exterminacionistas estas curiosidades? Los *nazis*, declaran ellos, querían mantener el genocidio judío oculto a los ojos del pueblo y del mundo. Por ello habrían expedido las órdenes de gaseamiento sólo verbalmente o, en caso de que no pudiesen obviar documentos escritos, los habrían hecho desaparecer oportunamente.

Habrían incinerado los cadáveres de los gaseados, esparcido las cenizas, destruido las cámaras de gas (excepto las de Majdanek y las diversas instalaciones de Auschwitz pues no habrían tenido tiempo para destruirlas) Las cuatro cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau las habrían volado, pero no pudieron esconder los escombros.

Aquí se justifica un pequeño experimento mental. Supongamos que el gobierno suizo decidiera asesinar a todos los extranjeros que viven en Suiza, unas 1,4 millones de personas. Para ocultar esta atrocidad emite las órdenes sólo oralmente y ordena la inmediata eliminación de los cadáveres. ¿No saldría nunca tal masacre gigantesca a la luz? ¿Nadie se percataría que repentinamente ya no vive un solo extranjero en Suiza? El ejemplo es suficiente. Tanto si Alemania ganaba o perdía la guerra, el genocidio tendría que salir a la luz. ¿Para qué entonces la ridícula patraña del secreto?

El talón de Aquiles de la claqué de falsificadores de la Historia

Prácticamente cada persona que ha crecido en la sociedad occidental cree en las cámaras de gas. Apenas uno que otro está consciente de los siguientes hechos:

1) En cada proceso criminal debe levantarse un acta sobre el arma homicida, sea un revolver o un cuchillo, un martillo o un hacha. Sin embargo en absolutamente ningún proceso *nazi*, en los que supuestamente fueron asesinados millones, se presentó tal acta.

2) Ningún químico, ningún ingeniero, ha investigado las cámaras de gas de Auschwitz ni Majdanek, ni las ruinas de las de Birkenau, antes de que el ingeniero estadounidense Fred Leuchter, especialista en cámaras de gas, viajara con un reducido equipo a Polonia y pusiera las cámaras de gas bajo la lupa. Pero Leuchter actuó por encargo de los revisionistas.

3) En ninguna autopsia de reclusos muertos en campos de concentración se determinó el gaseamiento como causa de muerte. Leamos los trabajos tradicionales de la literatura del Holocausto: *Exterminio de los judíos europeos* de Hilberg, *La solución final* de Reitlinger, *El breviario del odio* de Poliakov, *La guerra contra los judíos* de Lucy Davidowicz, *Personas en Auschwitz* de Langbein, *El Estado SS* de Kogon, o el trabajo conjunto editado por Wolfgang Benz en 1991 *Dimensión del genocidio*. En ninguno de estas obras aparece el plano de una cámara de gas *nazi*, en ninguna de ellas se detalla claramente cómo funcionaron estos horribles instrumentos de muerte. Ni una sola vez Georges Wellers (*Las cámaras de gas existieron*), ni J.C. Pressac (*Técnica y operación de las cámaras de gas*), nos han mostrado una foto de estas cámaras de la muerte. Después de escudriñar a fondo los libros mencionados leamos otros diez, veinte, cincuenta o cien mamotretos sobre el Holocausto, leamos docenas o cientos de *declaraciones de sobrevivientes* ¡en ninguna parte encontraremos una descripción técnica de las cámaras de gas! Los únicos que se han preocupado de las disposiciones para el buen funcionamiento de una cámara de gas son los revisionistas.

Ditlieb Felderer, un sueco de ancestros austriacos, empezó a interesarse en los campos de concentración alemanes ya que como testigo de Jehová deseaba interiorizarse del destino de sus 60.000 correligionarios supuestamente asesinados por los *nazis*.

A lo largo de años de investigaciones Felderer descubrió que los *nazis* no habían asesinado a 60.000 testigos de Jehová, sino exactamente a 203. Tomó unas 30.000 fotos en terreno de los *campos de exterminio* y sometió los hornos crematorios y *cámaras de gas* a una exhaustiva investigación. Felderer llegó a la conclusión de que las cámaras de gas nunca y en modo alguno pudieron haber funcionado, que las *declaraciones de testigos oculares* sobre gaseamientos comportan una serie interminable de alienaciones y que los hornos crematorios jamás ni en circunstancia alguna hubieran podido siquiera acercarse a las cantidades que se les atribuye haber incinerado. Como castigo por sus trabajos lo pusieron a la sombra y fue sometido contra su voluntad a tratamiento psiquiátrico al más puro estilo soviético.

El francés Robert Faurisson, catedrático en Literatura y Crítica Literaria, terminó por convencerse que cualquier estudio serio del problema de las cámaras de gas debía empezar con un estudio de las técnicas de gaseamiento y del insecticida supuestamente usado con fines genocidas, el Zyklon-B: “*Deseaba saber cómo se adormece a los visones reproductores, cómo se gasean las zorreras, cómo se realizan en Estados Unidos las ejecuciones con gas letal. De todo ello deduje que en la inmensa mayoría de los casos se utiliza ácido cianhídrico en forma de gas*” (entrevista a Faurisson de la revista italiana *Storia illustrata*, citada en *¿Verdad histórica o verdad política?* de Serge Thion, editorial La Vieille Taupe, 1980, pág. 174)

Las cámaras de gas en los Estados Unidos

Igual que el primer investigador, Robert Faurisson llegó a la convicción de que un trabajo sobre las supuestas cámaras de exterminio alemanas debía necesariamente empezar con el estudio de las cámaras de gas estadounidenses.

La primera ejecución con gas de un asesino se efectuó en Nevada en 1924.

Paulatinamente otros estados *yanquis* fueron adoptando este sistema de ejecución, dado que parece ser el más humano.

Como elemento letal se utiliza el ácido cianhídrico. Una ejecución con gas es un proceso sumamente complicado. Los preparativos de la ejecución, la ejecución misma y la posterior limpieza de la cámara toman una buena cantidad de horas. En total comprende, por ejemplo, en la correccional de Baltimore-Maryland, no menos de cuarenta y siete pasos, de los cuales algunos son extraordinariamente complejos. La cámara de gas debe cerrarse herméticamente a cabalidad, de otro modo la ejecución se tornará para funcionarios y testigos en un juego mortal.

Se sujeta al candidato a la muerte firmemente a una silla. Luego se dejan caer pastillas de cianuro en un tiesto con ácido sulfúrico diluido. Las pastillas se deshacen y liberan un gas mortal. El condenado aspira este gas y pierde la conciencia en unos cuarenta y cinco segundos; a los tres minutos se produce la muerte. El gas es neutralizado con un depurador de aire y expulsado luego por una larga chimenea. La cámara debe ventilarse durante veinte minutos concienzudamente, previo al ingreso de un médico con dos ayudantes con trajes protectores, guantes de protección y máscaras antigás, para retirar el cadáver. Como siempre existe la posibilidad de alguna filtración siempre hay un equipo de primeros auxilios listo para el personal exterior.

A quién puede sorprender que cada vez más Estados estén remplazando este sistema de ejecución costoso, complicado y peligroso por otro, la inyección letal (fuente: *¿Verdad histórica o verdad política?*, de Serge Thion, pág. 301 y sig.)

El Zyklon-B y las cámaras de desinfección alemanas

El insecticida Zyklon-B se usa hasta el día de hoy para desinfectar silos, barcos, etc., y también para fumigar madrigueras de zorros (a causa de la enfermedad de la rabia)

Durante la Segunda Guerra Mundial se le hallaba en muchos campos de concentración, también en aquellos que hasta ahora ningún historiador ha acusado de poseer cámaras de ejecución. Se calcula que las ropas de unos 25 millones de personas fueron despiojadas con Zyklon-B. Esta medida sanitaria salvó sin duda a cientos de miles de internos en campos de concentración, incluidos no pocos judíos, de morir de tifoidea.

El Zyklon-B era despachado en forma de pastillas o de *pellets*, en envases herméticos.

Como elemento portador se usaban pulpa de madera o arenisca diatomea, una masa porosa pardo-rojiza.

En contacto con el aire el gas se libera. La duración de todo este proceso químico depende de la temperatura del aire. Con un punto de ebullición de 27,5 °C demora aproximadamente hasta una media hora hasta que se ha volatilizado la mayor parte del gas, a temperaturas menores demora mucho más.

Observemos ahora con dos documentos alemanes de la época de guerra en la mano, cómo se usaba en la práctica el Zyklon- B.

Para la desinfección de ropas a gran escala es que se levantaron las cámaras de

desinfección construidas por la D.E.G.E.S.C.H. (siglas en alemán para la Sociedad Alemana para el Combate de Parásitos) Estas cámaras tenían un tamaño estándar de 10 metros cúbicos y podían cerrarse con total hermeticidad.

Las ropas a desinfectar eran colgadas de una barra o colocadas en un carrito desplazable desde y hacia el interior.

Se entibiaba la cámara entre 25 y 35 °C. El gas contenido en los gránulos se esparcía mediante un sistema de circulación. El mismo sistema se empleaba para una rápida ventilación a través de aire calentado previamente. Las latas de Zyklon-B se abrían automáticamente al momento de activar el sistema de circulación y vaciaban su contenido en una tela impermeable; de este modo se impedía que al limpiar la cámara se pasaran por alto gránulos en el piso que seguían despidiendo gas pasadas algunas horas y pudieran dañar a los encargados de la limpieza.

El tiempo de desinfección era de una hora como mínimo, el de la ventilación era de quince minutos. A continuación las ropas despiojadas se dejaban orear al aire libre. Sólo personal entrenado estaba autorizado a servir en las cámaras (fuente: F. Puntigam, H. Breymesser y E. Bernfus: *Cámaras de gas para prevención de la tifoidea*, publicación especial del *Diario de los trabajadores del Reich*, Berlín, 1943) Naturalmente que otras medidas de prevención valían para la desinfección de espacios no calefaccionables o que no podían cerrarse herméticamente, tales como viviendas, barcos, etc. Cómo se procedía prácticamente para desinfectar una vivienda es descrito por un manual instructivo titulado *Normas para el uso de ácido cianhídrico (Zyklon) para el exterminio de bichos*, editado por la Oficina de Salubridad del Protectorado de Bohemia y Moravia en 1942. De acuerdo con este manual la desinfección con Zyklon sólo podía ser efectuada por un equipo de dos hombres como mínimo y perfectamente capacitados. Un camarada especialista en desinfección debía usar una máscara antigás, dos dispositivos especiales contra el ácido sulfúrico, un detector de restos de gas, un vaporizador con antídoto, así como una autorización certificada. Antes de comenzar la operación en un edificio se debía colocar en la puerta un cartel de advertencia con una calavera dibujada, en varios idiomas si era preciso. Una guardia mantenía alejados a los extraños. La parte más peligrosa de toda la operación, según este escrito, era la ventilación. Debía durar como mínimo veinte horas.

En el juicio de Núremberg la fiscalía utilizó este manual como prueba incriminatoria bajo el código NI-9912, a pesar de que a cualquier observador atento debía quedarle claro que los datos que se daban allí sobre las propiedades del Zyklon-B llevaban las declaraciones de los testigos sobre gaseamientos masivos de personas *ad absurdum*.

Tres testigos principales de Auschwitz

Citaremos ahora las declaraciones de tres de los más importantes testigos que aseguran haber presenciado las supuestas ejecuciones con gas en Auschwitz. Rudolf Höss fue comandante del campo entre 1940 y fines de noviembre 1943. Después del fin de la guerra él se sumergió, pero fue ubicado por los británicos en marzo de 1946 y entregó, tras un interrogatorio de setenta y dos horas consecutivas, su confesión de que en Auschwitz se había gaseado a 2,5 millones de personas, la que hasta el día de hoy sirve de puntal a la leyenda del Holocausto. Más tarde fue entregado a Polonia; antes de su ahorcamiento en abril de 1947 debió todavía escribir sus *notas autobiográficas*. Höss declara en su confesión que: “Al levantar los centros de exterminio en Auschwitz utilicé Zyklon-B, ácido sulfúrico cristalizado, que dejábamos caer por un pequeño orificio

dentro de la cámara de la muerte. Demoraba de tres a quince minutos en matar a las personas en el interior de la cámara mortal, según las condiciones climáticas. Sabíamos cuando estaban muertos porque dejábamos de escuchar sus quejidos. Por lo general esperábamos una media hora para abrir la puerta y retirar los cadáveres. Luego que los cadáveres estaban lejos nuestros comandos especiales tomaban los anillos y extraían los dientes de oro de los cuerpos. Otra mejora sobre Treblinka fue que nosotros construimos cámaras de gas que podían recibir a dos mil de una vez, mientras que las diez cámaras de gas de Treblinka apenas podían recibir doscientas cada una.” (Documento de Núremberg NO3868-PS. De acuerdo a su confesión Höss visitó Treblinka en junio de 1941. Ese campo se inauguró el 23 de julio de 1942. Höss menciona en su confesión un campo de exterminio llamado Wolzek, del cual nunca más volvió a saberse nada)

Por *comandos especiales* se trataba, siguiendo a Höss, de judíos que servían en las cámaras de gas y que periódicamente eran remplazados por otros y ellos mismos gaseados a su vez.

Describe la tétrica faena de los despojadores de cadáveres en sus notas autobiográficas (*Rudolf Höss: Comandante en Auschwitz*, presentado y comentado por M. Broszat, Deutsche Verlagsanstalt, 1958, pág. 126): “Entonces el retiro de los cadáveres desde las cámaras, la extracción de los dientes de oro, el corte del pelo, el traslado a las fosas o a los hornos. La mantención del fuego en las fosas, el vertido de la grasa líquida, el continuo zarandeo de los cerros de restos ardientes para que entrara el aire. Todos estos trabajos los hacían con una sorda indiferencia, como si fuera algo cotidiano. Cuando arrastraban los cadáveres comían o fumaban.”

Un miembro de los comandos especiales, el judío eslovaco Filip Müller, sobrevivió a no menos de cinco acciones liquidatorias de una manera milagrosa. En su libro *Trato especial* (ediciones Steinhausen, 1979), Müller detalla su primera acción: “Ante mí yacía el cadáver de una mujer. Primero le saqué los zapatos: mis manos temblaban al hacerlo, y al empezar a sacarle las medias se estremecía todo mi cuerpo... Todos los hornos estaban encendidos cuando Stark dio la orden de arrastrar los cadáveres sobre el suelo húmedo. Allí Fischl iba de un muerto a otro abriéndoles la boca con una barra de hierro. Cuando descubría un diente de oro lo arrancaba con un alicate y lo arrojaba a un balde de latón.” (pág. 23 y sig.)

Cuánto tiempo transcurría entre la muerte por gas y el saqueo de los cadáveres lo relata Müller en la pág. 215: “Desde el crepúsculo, en el lapso de casi cuatro horas, desaparecieron tres transportes en las cámaras de gas del Crematorio V para el gaseamiento. Luego que el griterío, los gemidos y los estertores cesaban, se ventilaban las cámaras de gas un par de minutos. Entonces irrumpían los comandos de prisioneros de las SS para sacar los cadáveres.”

Como tercer testigo estrella de los gaseamientos masivos en Auschwitz deseamos citar a Rudolf Vrba. Vrba, originalmente Rosenberg, un judío eslovaco, cuando joven fue recluido en el campo. En abril de 1944 logró fugarse. En noviembre de 1944 el Consejo Mundial de los Refugiados (*World Refugee Board*), una organización fundada bajo la protección del ministro de Finanzas yanqui Henry Morgenthau, publicó sus revelaciones sobre Auschwitz junto con las de otros sobrevivientes. En este informe del consejo se apoyaron los acusadores en Núremberg, y sobre él descansa hoy el fenómeno Auschwitz.

En el siguiente extracto de su libro *No puedo perdonar* (Bantam, Toronto, 1964,

pág. 10 a 13), Vrba relata una visita de Himmler a Auschwitz en enero de 1943, para la inauguración de un nuevo crematorio en Birkenau con el gaseamiento de 3.000 judíos (Himmler estuvo por última vez en Auschwitz en julio de 1942, y el primer crematorio de Birkenau empezó a operar en marzo de 1943) Dejemos que sea Vrba, este trascendental testigo estrella del Holocausto quien tome la palabra:

“Heinrich Himmler visitó el campo de Auschwitz nuevamente en enero de 1943... Debía presenciar la primera ejecución masiva del mundo dispuesta como una cinta transportadora, y participar en la inauguración del flamante juguete del jefe del campo Höss, su crematorio. Era algo verdaderamente magnífico, 100 yardas de largo (91,44 metros), 50 yardas de ancho (45,72 metros), quince hornos con capacidad para incinerar tres cuerpos simultáneamente en veinte minutos cada uno, un monumento de concreto para su constructor, el señor Walter Dejaco...

Él (Himmler) vio de hecho una demostración impresionante, que únicamente era estorbada por el cronograma, el cual habría provocado indignación en más de alguna estación de ferrocarril pueblerina alemana. El jefe del campo, Höss, quien hervía por poder demostrar la eficiencia de su nuevo juguete, había hecho traer un transporte especial de 3.000 judíos polacos, que ahora serían eliminados de una manera alemana y moderna.

Himmler llegó esa mañana a las ocho, y el show debía comenzar una hora más tarde. Un cuarto para las nueve las nueve cámaras de gas con sus duchas ficticias y sus letreros de mantenga la limpieza, guardar silencio, etc., estaban atiborradas.

Los elencos de guardias de la SS se habían preocupado que no hubiera un sólo centímetro cuadrado sin ocupar, para lo cual hicieron un par de disparos a la entrada. Asustados, los que ya estaban dentro de la cámara se apretujaron hacia el fondo, y así pudieron ingresarse más víctimas. Luego se lanzaron a niños pequeños sobre las cabezas de los adultos, y las puertas fueron cerradas y aseguradas. Un guardia de la SS con una pesada máscara antigás esperaba en el techo de la cámara la orden para dejar caer el Zyklon-B al interior. Ese era un puesto de honor ese día, pues no todos los días tenía un huésped tan importante y con seguridad estaba tan nervioso como el juez de partida en una carrera de caballos...

El hombre con la máscara manipulaba sus tarros de Zyklon-B. Abajo, la cámara estaba totalmente llena.

Sin embargo, por ninguna parte había ni asomo del Reichsführer, quien había ido a desayunar con el jefe Höss.

En alguna parte sonó un teléfono. Todas las cabezas se volvieron en esa dirección... La información era que el Reichsführer aún no terminaba de desayunar... En la cámara de gas los hombres y mujeres enloquecidos por la desesperación, pues ya habían finalmente entendido qué significaba una ducha en Auschwitz, empezaron a gritar, a quejarse y a golpear débilmente las puertas, pero fuera no les oía nadie ya que las nuevas cámaras no sólo eran herméticas al gas sino también a los ruidos...

Sin embargo a las once, con dos horas de retraso, por lo tanto, llegó un automóvil; Himmler y Höss se bajaron y conversaron un rato con los altos oficiales. Himmler escuchaba atentamente mientras ellos le explicaban detalladamente el procedimiento. Se acercó a la puerta con cerrojo y echó una mirada a través de la gruesa mirilla a las personas que gritaban en el interior de la cámara, y luego se dirigió a sus subalternos para hacer un par de preguntas más. Por fin pudo comenzar el baile. Al guardia de la SS sobre el techo se le dio una orden estentórea. Levantó una

tapa circular y dejó caer las pastillas sobre las cabezas bajo él. Sabía igual que todos los demás, que el calor proveniente de los cuerpos apretujados convertiría las pastillas en gas en pocos minutos.

Así que volvió a cerrar la escotilla.

El gaseamiento había empezado. Höss esperó un cierto lapso, a objeto de que el gas pudiera esparcirse adecuadamente, e invitó cortésmente a su invitado a mirar nuevamente por la mirilla.

Himmler miró embobado un par de minutos hacia el interior, visiblemente impresionado, y se volvió con renovado interés al jefe del campo planteándole una serie de nuevas preguntas.

Lo que había visto parecía haberle complacido y puesto además de muy buen humor. A pesar de que muy rara vez fumaba aceptó un cigarrillo que le ofreció un oficial y lo fumó mientras reía y bromeaba.

Esta atmósfera relajada naturalmente no significaba que se hubiera perdido de vista el objetivo principal. Repetidamente dejó el grupo de oficiales para ir a la mirilla e imponerse del avance del proceso, y una vez que todos los encerrados estuvieron muertos manifestó un vivo interés por el resto de los procedimientos del día.

Montacargas especiales transportaron los cadáveres al crematorio, pero la incineración no se realizaba de inmediato.

Finalmente debían sacarse los dientes de oro. A las mujeres debían cortarles el pelo, para emplearlo como relleno para las cabezas de los torpedos. Los cadáveres de los judíos ricos, que habían sido previamente identificados, debían ponerse a un lado para disección. No podía descartarse que alguno que otro de los avivados hubiera escondido joyas - quizás hasta diamantes - por algún orificio del cuerpo. Era un asunto ciertamente complicado, pero la maquinaria nueva funcionaba impecablemente en manos de obreros diestros.

Himmler esperó hasta que el humo de las chimeneas empezó a espesar y miró su reloj. Era la una. ¡Hora de almorzar!”

¿Fueron abolidas las leyes de la naturaleza entre 1941 y 1945?

En el campo principal de Auschwitz el visitante encuentra un crematorio intacto, supuestamente en estado original, *cámara de gas* incluida, y en Birkenau las ruinas de cuatro crematorios con distintos grados de destrucción. Llamaremos K-I al crematorio del campo principal y K-II a K-V a los cuatro crematorios de Birkenau. De estos últimos el mejor mantenido es el K-II. Ante sus ruinas hay una pizarra que describe cómo se habrían efectuado las ejecuciones en masa: hasta dos mil personas eran apiñadas dentro de la *cámara de gas* y muertas mediante la introducción de Zyklon-B; luego se llevaban los cadáveres al crematorio ubicado encima de la *cámara de gas* y se los incineraba.

En caso de que las leyes de la naturaleza prevalecieran aún durante la Segunda Guerra Mundial y no fueran abolidas a causa de la realización del Holocausto, esta descripción ofrece una seguidilla de insanias, al igual que las declaraciones de este trébol de testigos estrella Höss-Müller-Vrba. A continuación las más gruesas de las imposibilidades:

1) Imposibilidad N^{ro}. 1: Ningún arquitecto que esté en posesión de sus facultades mentales instalaría un crematorio en el mismo edificio que una cámara en la que se efectúen ejecuciones en masa mediante un gas venenoso explosivo. Ciertamente que la

explosividad del Zyklon-B no es tan alta, pero por el peligro latente de explosión percutada por los cuerpos saturados de gas Zyklon-B, tal decisión habría representado una locura suicida, máxime que para matar a 2.000 seres en tres minutos (como *confesó* Höss), debieran haberse empleado inmensas cantidades de gas. En el caso del K-I el crematorio no está sobre la *cámara de gas* sino contiguo a ésta. Esta construcción habría sido la primera en saltar por los aires y habría gaseado todo el campo, hasta a los oficiales de la SS.

2) Imposibilidad N^{ro}. 2: Las cámaras de desinfección, como ya se mencionó, debían calentarse a 25 °C por lo menos, para que el Zyklon-B pudiera volatilizarse en una media hora. Tal sistema de calefacción no existía en la *cámara de gas*: en invierno habrían pasado horas hasta que la mayor parte del gas se hubiera liberado. Adicionalmente éste no habría podido esparcirse en una cámara repleta hasta el tope (¡2.000 seres en un espacio de 210 metros cuadrados!)

3) Imposibilidad N^{ro}. 3: Las puertas a las *cámaras de gas* anexas se abren hacia adentro. En consecuencia los comandos especiales no habrían podido entrar a una cámara repleta con cadáveres hasta el último centímetro cuadrado. ¡Pero qué chambones de arquitectos contrataron estos *nazis* para construir sus instalaciones genocidas!

4) Imposibilidad N^{ro}. 4: A todas luces la súper-imposibilidad, la imposibilidad de las imposibilidades. Los comandos especiales entraban a las cámaras, según Höss, una media hora, y según Müller, un par de minutos después de las muertes y se encargaban de los cadáveres: les quitaban los anillos (Höss), les quitaban la ropa (Müller), les cortaban el cabello (Vrba) Este habría sido un proceso suicida de primera clase, ni un solo comando especial hubiera sobrevivido a esta acción *harakiri* (recordemos que las cámaras de gas *yanquis* primero son concienzudamente ventiladas tras la ejecución, antes de que un médico pueda ingresar y protegido con un traje especial y máscara antigás) Las *cámaras de gas* de Auschwitz disponen apenas de un sistema de aireación rudimentario, de modo que las máscaras de gas de los comandos especiales ni les hubieran servido, puesto que además el gas que había actuado tan letalmente permanecía en los cadáveres, de los cuales debían supuestamente encargarse estos comandos, y penetra a través de la piel. Más encima: los comandos no portaban máscaras. Según Höss hasta fumaban, mientras realizaban su macabra tarea. ¡Fumaban! ¡En medio de un gas explosivo!

5) Imposibilidad N^{ro}. 5: De la *cámara de gas* al crematorio conducía, como se desprende de los planos disponibles, únicamente un corredor de 2,1 x 1,35 metros, el que además de los encargados contendría como máximo cuatro cadáveres. En el traslado de los cuerpos al crematorio se requería máxima velocidad, pues los siguientes candidatos a la muerte esperaban frente a las *duchas* (a principios del verano de 1944 se gaseaba 12.000 personas por día, y hasta 24.000 según otros *historiadores*) Que las duchas no eran tales los bobos ni lo notaban; se les había provisto de jabón (según otros *testigos oculares*, jabón ficticio), y en sus manos llevaban toallas gruesas (¿o quizás toallas ficticias?) Mientras esperaban pacientemente, traqueteaban sin parar los camilleros quinientas veces de la cámara de gas al crematorio ida y vuelta, en medio de un ambiente saturado de Zyklon-B y con cadáveres repletos de gas, ¡sin que su salud se viera amagada!

6) Imposibilidad N^o 6: El K-II y el K-III poseen quince quemadores cada uno, los otros crematorios menos. La incineración de un cadáver en crematorios modernos demora actualmente una hora y media aproximadamente, y en 1944 no puede haber sido más veloz. Después de quemar 60 cadáveres durante seis horas en los quince quemadores, quedaban aún 1.940 muertos en la *ducha*, ¡y los siguientes 2.000 futuros cadáveres esperaban impacientes poder ingresar de una buena vez! Respecto de los crematorios: en la obra tradicional de Raul Hilberg *El exterminio de los judíos europeos* (editorial Fischer, edición de 1990, pág. 946), encontramos datos exactos sobre la duración de su operación para cada uno de los cuatro crematorios de Birkenau. Sin considerar los ultramodernos, los hornos crematorios actuales no pueden incinerar más de cinco cadáveres al día por cada quemador, dado que deben dejarse enfriar con regularidad. En caso de que los crematorios de Birkenau hubieran tenido el mismo rendimiento (lo cual es más que improbable), se habría podido incinerar quizás de 120.000 a 150.000 cadáveres durante toda la existencia del campo. No obstante según nuestros *historiadores* se mató en Birkenau cerca de 1 millón de personas (antes se hablaba de 3 a 4 millones) ¿Dónde se quemaron los cuerpos restantes? ¡En fosas, según los exterminacionistas! Esta historia es otra imposibilidad física más, puesto que la incineración en una fosa sólo es posible en un tiempo interminable y con grandes cantidades de combustible debido a la falta de oxígeno. Antes de construir los crematorios los cadáveres de las víctimas de las epidemias se cremaban en hogueras; las *fosas crematorias* inventadas por los exterminacionistas son simplemente un exceso.

El Informe Leuchter

La imposibilidad técnica de los supuestos gaseamientos masivos e incineraciones masivas ya en los años '70 era evidente para investigadores como Felderer y Faurisson.

No obstante, para dar finalmente el golpe de gracia a la leyenda, se precisaba un especialista en cámaras de gas.

En 1988 tuvo lugar en Toronto el proceso anti-revisionista contra el germano-canadiense Ernst Zündel. Zündel había difundido el folleto *¿Murieron realmente 6 millones?* del británico Richard Harwood, en el cual se cuestiona el Holocausto, y por ello fue arrastrado a los tribunales por una organización judía llamada Asociación para el Recuerdo del Holocausto. Como base de la acusación se recurrió a una ley prácticamente nunca aplicada, contra la *divulgación de noticias falsas*; esta se remonta a una ley inglesa de 1275 que sirvió a los caballeros para precaverse contra versos satíricos del populacho que les escarnecían. El primer proceso *Zündel* de 1985 lo condenó a quince meses de cárcel. A causa de incontables irregularidades el fallo fue casado.

Luego de una conversación con Zündel se comunicó Faurisson con el ingeniero estadounidense Fred Leuchter en 1988. Éste es responsable de la construcción de cámaras de gas para ajusticiar a criminales en algunos Estados *yanquis*. En febrero de 1988 viajó Leuchter con su esposa Carolyn, el camarógrafo Jürgen Neumann, el dibujante Howard Miller y el intérprete polaco Tjudar Rudolf a Polonia, para poner las cámaras de gas de Auschwitz I, Auschwitz-Birkenau y Majdanek bajo la lupa. Como resultado final elaboró el ingeniero un informe. Si la censura de prensa en el mundo libre no funcionara tan a la perfección, sus resultados habrían aparecido en grandes titulares de muchos diarios. Las conclusiones de Leuchter fueron contundentes: en ninguno de los tres campos hubo cámaras de gas para el exterminio de seres humanos.

Las únicas cámaras de gas que existían allí eran cámaras de desinfección para el exterminio de parásitos.

La demostración de Leuchter descansaba en tres puntos:

1) Las *cámaras de gas* no habían sido construidas como tales y jamás habrían podido funcionar. No están hermetizadas, de modo que el gas letal en suspensión pudiera ser expulsado al exterior.

Habría sido irracional instalar las *cámaras de gas* al lado o encima de hornos crematorios. Mecanismos de distribución para el gas así como instalaciones para calefaccionar las cámaras no existían.

Finalmente los sistemas de ventilación son insuficientes. Para ventilar la K-I, por ejemplo, se usaba apenas un hoyo en el techo.

El gas habría penetrado enseguida a la enfermería enfrente de la *cámara de gas* matando a pacientes y médicos por igual.

Probablemente el Zyklon-B hubiera permanecido hasta una semana en el interior de las cámaras en cantidad suficientemente grande como para enviar *al más allá* a todos los que entraran. Las máscaras antigás apenas habrían servido de algo. En realidad las *cámaras de gas* eran piezas para depositar cadáveres; la del K- 1 fue más tarde convertida en refugio antiaéreo.

2) Los crematorios habrían podido ocuparse de una fracción de las víctimas que se denuncian, y las *fosas de cremación* son mera fantasía.

3) Leuchter y su equipo tomaron muestras del mortero de las paredes tanto de las *cámaras de gas* como de la cámara de desinfección. El ácido cianhídrico se mantiene en el mortero y en las piedras eventualmente durante siglos. Mientras que la muestra de la cámara de desinfección presentaba pasados cuarenta y cuatro años un alto contenido de ácido cianhídrico, las huellas del mismo no existían o eran ínfimas en las muestras de las *cámaras de gas*. El hecho de que en algunas muestras hubiera tales rastros se explica en que alguna o más veces esas salas fueron desinfectadas.

El análisis de las muestras no lo realizó Leuchter, sino un químico, el Dr. James Roth, quien no tenía idea de donde provenían las muestras. Si el *Informe Leuchter* fuera refutable, los exterminacionistas ya habrían contratado a los mejores químicos e ingenieros para que elaboraran un contra-informe, pues dinero no es precisamente lo que les falta a sus señorías. Sin embargo ningún químico y ningún ingeniero estuvo dispuesto para esa contra-expertización. Cierto que hay dos supuestas *impugnaciones*, una del francés Jean-Claude Pressac (*Auschwitz, técnica y operación de las cámaras de gas*, Beate Klarsfeld Foundation, 515 Madison Ave., Nueva York, 1989, que se imprimió en sólo 1.000 ejemplares y no está disponible en librerías y que a pesar del título no entrega ningún dato sobre el funcionamiento de las cámaras de gas), así como una de un alemán Werner Wegner (figura en la recopilación *Las sombras del pasado*, de Backes, Jesse y Zittelmann, Propyläen, 1990)

Ambas *impugnaciones* son de una estupidez risible. En el N^{ro}. 50 de *Historische Tatsachen*, Udo Walendy refuta uno por uno cada punto de estos intentos chapuceros de impugnación. La forma en que involuntariamente Pressac llevó agua al molino de los revisionistas fue revelada detalladamente por Faurisson en el N^{ro}. 3 de la *Revue d'Histoire Révisioniste* (B.P.122, 92704 Colombes Cedex), sobreseída entretanto por la represión en Francia.

El análisis del ácido cianhídrico fue repetido dos veces, la primera por el Instituto de Medicina Legal de Cracovia por encargo del Museo de Auschwitz, y la segunda por el químico alemán diplomado Germar Rudolf. Este último llega a las mismas conclusiones que Leuchter en su minucioso estudio (*El Informe Rudolf*, editado por Rüdiger Kammerer, Cromwell Press, 27 Old Gloucester Street, Londres, WC1N 3XX, impreso en Barcelona, 1993), aunque lo critica en algunos puntos intrascendentes.

Los químicos polacos encontraron aún menos residuos de ácido cianhídrico en las muestras de las *cámaras de gas* que el Dr. Roth, y para ahorrarse problemas tomaron las muestras de referencia de las cámaras de desinfección cuyas paredes habían sido blanqueadas, pero de todos modos los residuos de ácido cianhídrico en ellas eran muchísimo más numerosos que en las muestras de las *cámaras de gas*.

Walter Lüftl, presidente de la Cámara Austríaca de Ingenieros y perito legal juramentado definió los gaseamientos masivos en Auschwitz como técnicamente imposibles en un estudio no divulgado. A causa de ello debió renunciar en marzo de 1992 a la presidencia de esa cámara. En su contra se inició un proceso por violación de la ley que prohíbe la reaparición del nacionalsocialismo. Es altamente probable que en un futuro no muy lejano en Austria sean enjuiciados astrónomos y geógrafos por aseverar que la Tierra es redonda. Se pueden repetir investigaciones similares en cualquier momento para verificar la capacidad del funcionamiento de las *cámaras de gas* y el rendimiento de los hornos crematorios; sólo se necesita enviar a Polonia un equipo de químicos, ingenieros y especialistas en cremación, filmar sus investigaciones y exponerlas al juicio de la opinión pública mundial. Claro que los señores políticos e historiadores prudentemente se cuidan muy bien de propiciar tal empresa. Ellos saben por qué (Ernst Zündel fue condenado a nueve meses de prisión en el proceso anti-revisionista; se le permitía permanecer en libertad bajo la condición de que no volviera a referirse al Holocausto. Zündel apeló a la Corte Suprema, el más alto tribunal canadiense, el cual en agosto de 1992, cuatro años y medio más tarde, lo absolvió. La Asociación para el Recuerdo del Holocausto se anotó un brillante autogol con su denuncia: por primera vez en la Historia proporcionó publicidad a los revisionistas y un impulso al *Informe Leuchter*, el cual retorció el cuello del timo del Holocausto con ayuda de las ciencias exactas)

El elefante invisible

Luego que los revisionistas terminaron con el engendro de las cámaras de gas, queda claro que sólo puede tratarse de leyendas y fábulas sobre atrocidades todo lo que siguen contando, luego de la guerra, las potencias vencedoras y, más tarde, sus lacayos alemanes, por razones de propaganda política.

¿Cómo se enteró en primer lugar y cómo reaccionó luego el mundo respecto de las cámaras de gas? El historiador judeo-británico Walter Laqueur acomete esta cuestión en su libro aparecido en 1980, *El terrible secreto*. Laqueur parte de la base de que los aliados disponían en los territorios bajo ocupación alemana de una eficientísima red de inteligencia. Un crimen tan monstruoso como era el asesinato de millones de personas en cámaras de gas era imposible que se les ocultara por años, sobre todo que organizaciones judías ya informaban sobre estas atrocidades sin cesar desde 1942.

No obstante, Washington, Londres y Moscú se contentaban con débiles excusas y no tomaban medida alguna para acudir al rescate de los judíos. Ni advertían a estos sobre el

exterminio que les amenazaba, ni llamaban la atención del pueblo alemán sobre el genocidio practicado por su gobierno.

El Papa supo tempranamente lo que estaba pasando en la católica Polonia, convenientemente no se mostró muy incomodado por cuanto las víctimas no eran católicos. También la Cruz Roja se cruzó de brazos y calló hasta el final de la guerra sobre el genocidio.

En el libro *Auschwitz y los aliados* Martin Gilbert se ocupa del más grande de los campos de concentración. Este se ubicaba dentro de una zona industrial. Comprendía además del campo principal o Auschwitz I y Birkenau (Auschwitz II), también el complejo de Monowitz (Auschwitz III), el que ya había acaparado la atención de los aliados, puesto que en él se fabricaba un producto tan estratégico como era el caucho sintético, lo mismo que en cuarenta plantas externas. Los presos estaban constantemente en contacto con obreros libres y remunerados de diversos países.

Más aún, en un proceso continuo, reclusos de Auschwitz eran trasladados a otros campos. Finalmente hubo una no despreciable cantidad de liberaciones (978 en 1942 según Laqueur, otras más al año siguiente, y en 1944 quedaron libres innumerables judías gracias a la intervención de un industrial alemán)

Si hubo un lugar en Europa donde no era posible llevar a cabo un genocidio a escala industrial sin que fuera descubierto, ese lugar era Auschwitz. A pesar de lo cual el mundo no se dio cuenta lo que pasaba allí por dos años completos: los asesinatos masivos comenzaron en el verano de 1942 y recién en el verano de 1944 surgieron las primeras noticias en la prensa mundial sobre la masacre.

Laqueur y Gilbert se quiebran la cabeza sobre el enigmático silencio en relación al Holocausto. Por lo visto ninguno de los dos llegó a la conclusión obvia: *“No veo un elefante en mi sótano. Si hubiera un elefante en mi sótano yo lo vería con absoluta seguridad. Por lo tanto no hay un elefante en mi sótano.”*

Este dicho proviene del ingeniero electrónico y experto en computación Arthur Butz. Su libro, *La estafa del siglo XX*, aparecido en 1976, permanece hasta hoy como el clásico del revisionismo por antonomasia.

Por consiguiente hay preguntas que requieren respuestas, y que siempre aparecen y vuelven a aparecer:

1) *“¿Por qué los judíos se dejaron transportar sin resistirse al campo de exterminio y que los trataran como ganado para el matadero?”*

Los judíos se dejaron conducir sin resistirse a las instalaciones de trabajo y acciones de reasentamiento porque sabían que los alemanes bajo el concepto de instalaciones de trabajo y acciones de reasentamiento entendían precisamente instalaciones de trabajo y acciones de reasentamiento.

2) *“¿Por qué los aliados no bombardearon las cámaras de gas? Habrían matado quizás a muchos presos pero habrían salvado incomparablemente a muchos más.”*

Los aliados no bombardearon las cámaras de gas porque no había cámaras de gas.

3) *“¿Por qué los jefes nazis, que sobrevivieron a la guerra, negaron francamente el exterminio de los judíos desde el principio?”*

Los jefes *nazis* negaron el exterminio de los judíos porque no hubo exterminio de los judíos. Cuando figuras prominentes del III *Reich* como Albert Speer y Hans Frank durante el juicio de Núremberg se retractaron y aceptaron su responsabilidad moral en el genocidio, lo hicieron engañados igual que millones de personas por la confesión de Höss así como el resto de las pruebas fraguadas por las potencias vencedoras.

4) “¿Por qué callaron el Vaticano y la Cruz Roja frente al mayor crimen en la historia de la humanidad traicionando así sus principios humanitarios?”

El Vaticano y la Cruz Roja supieron sólo después del término de la guerra de este crimen *mayúsculo*, que en realidad no era más que la estafa más grande en la historia de la humanidad.

Pruebas adicionales

Ya en 1942 lograron interceptar los servicios de espionaje británicos las comunicaciones radiales entre el cuartel general de las SS en Berlín y los campos de concentración, y descifrar el código. En las comunicaciones diarias se informaban todos los decesos. La mayoría eran causados por enfermedades, aunque también se informaron ejecuciones por fusilamiento o ahorcamiento. ¡De gaseamientos, por el contrario, ni una sola palabra, ni siquiera de Auschwitz! Esto lo asevera el profesor Hinsley, hoy catedrático en Cambridge, especialista en desciframiento de códigos enemigos durante la guerra, en su libro *Inteligencia británica durante la Segunda Guerra Mundial* (impreso en la Cambridge University Press, Nueva York, 1981), que en la página 673 dice que las comunicaciones radiofónicas alemanas no contenían *ninguna referencia a gaseamientos!* A partir de diciembre de 1943 los aviones de reconocimiento aliados fotografiaron Auschwitz con regularidad. Hasta la liberación del campo por el ejército bolchevique en enero de 1945 tomaron cientos de fotos en un total de treinta y dos misiones. ¡En ninguna de esas fotos es posible ver filas de personas frente a las *cámaras de gas* claramente identificables! Unas pocas fotos fueron eximidas en 1979 de su condición de secretas y pueden ser examinadas en los Archivos Nacionales de Washington.

El Holocausto: ¡propaganda de guerra!

En marzo de 1916 el *Daily Telegraph* informó que austríacos y búlgaros habían gaseado a 700.000 serbios. Si los lectores del periódico británico se tragaron esa monserga o no es algo que ignoramos, pero en todo caso apenas terminada esa guerra nadie creía ya en los 700.000 serbios gaseados. El 2 de agosto de 1990 tropas iraquíes invadieron Kuwait.

Los Estados Unidos intentaron ganarse a la Organización de las Naciones Unidas (O.N.U.) para emprender una acción militar para la liberación del emirato, sin embargo en un principio encontraron resistencia. Pero esta posición cambió una vez que, en octubre, una joven kuwaití y un cirujano de la ciudad de Kuwait se presentaron ante una comisión de derechos humanos y en un mar de lágrimas relataron la forma en que los bárbaros iraquíes habían asolado el hospital de la ciudad ocupada: ¡habían acuchillado las cunas, arrojado a los lactantes al suelo y allí los dejaron morir miserablemente! El

relato despertó la indignación mundial y provocó en gran medida la decisión de los comisionados en favor de la solución militar.

En marzo de 1992 se descubrió el embuste: la leyenda de los asesinatos en las cunas provenía de una agencia de noticias de Nueva York que había recibido 10 millones de dólares del fugado emir de Kuwait. El cirujano no era tal y la joven fugitiva era la hija de un diplomático kuwaití en Estados Unidos. Ambos habían practicado su acto de *declaración de testigo ocular* durante días y para ello habían incluso recibido clases de inglés.

En contraposición a las leyendas de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra del Golfo, las de la Segunda Guerra Mundial siguen vigentes hoy en día, en razón de que a ellas hay ligados inmensos intereses políticos y financieros. Las noticias del exterminio de los judíos aparecieron en los diarios controlados por los sionistas, como el *New York Times*, y con toda probabilidad se remontaban al Congreso Mundial Judío. Sin lugar a dudas que el objetivo de la propaganda de atrocidades era poner sobre el tapete, ante gobiernos y pueblos, la necesidad de un hogar nacional propio para el pueblo judío. En *La estafa del siglo XX* Arthur Butz rastrea la génesis de la mentira del siglo. Junto a las cámaras de gas desfilaron por las páginas del *New York Times* todas las formas de asesinato imaginables. El 30 de junio de 1942 informó sobre una *casa de fusilamientos*, donde se estaría fusilando a miles de judíos; el 7 de febrero de 1943 eran *estaciones de envenenamiento de la sangre* en la Polonia ocupada. Mientras que antes del fin de la guerra se esfumaron a las trastiendas de la Historia tanto las *casas de fusilamientos* como las *estaciones de envenenamiento de la sangre*, las *celdas de ejecución mediante vapor* tuvieron mayor éxito, pues prevalecieron hasta el juicio de Núremberg. El 14 de diciembre de 1945 se extendió en Núremberg el siguiente protocolo: “*Todas las víctimas debían sacarse la ropa y zapatos, los que eran luego apilados, tras lo cual muchas víctimas eran conducidas a las cámaras de la muerte, primero mujeres y niños... Después que las cámaras se habían repletado, eran cerradas herméticamente y se dejaba entrar el vapor... Se desprende de los informes recibidos que varios cientos de miles de judíos fueron exterminados en Treblinka.*” (Documento de Núremberg PS-3311)

Exactamente setenta y cinco días después el Alto Tribunal había ya olvidado las cámaras de vapor; de pronto de lo que se hablaba eran las cámaras de gas de Treblinka. ¡Luego sólo después de terminada la guerra se llegó a un consenso sobre el método en la leyenda!

Las fosas en llamas de Elie Wiesel

En *Leyendas de nuestro tiempo* (Nueva York, 1968, pág. 177 y sig.), Elie Wiesel escribió: “*Todo judío debería conservar en algún lugar de su corazón un rincón para el odio, el odio sano y viril contra lo que personifica lo alemán y lo que lo alemán es en esencia. Cualquier otra cosa sería una traición a los muertos.*” Este Elie Wiesel recibió el Premio Nobel de la Paz, propuesto entre otros por ochenta y tres diputados del parlamento alemán. El otorgamiento del premio, de acuerdo a los parlamentarios, sería un gran incentivo para todos aquellos que se comprometieran con el esfuerzo por la reconciliación.

Aquí se retrata nítidamente el paso de la política alemana del *nacionalsocialismo* al *nacionalmasoquismo*.

Wiesel, nacido en 1928, estuvo internado en Auschwitz desde abril de 1944 hasta

enero de 1945. En su *relato autobiográfico La noche*, aparecido en 1958, no hay una sola palabra sobre cámaras de gas (atención: en la versión alemana falseada desvergonzadamente por la casa editorial Ullstein y el traductor Curt Meyer-Clason, *Enterrar la noche*, Elisha, de repente aparecen las cámaras de gas; cada vez que en el original aparece *crématoire* Meyer-Clason traduce *cámara de gas*) Por lo tanto Wiesel ni vio ni oyó de las cámaras de gas, pues de otro modo las habría mencionado. En lugar de cámaras de gas Wiesel vio lo que nadie más fuera de él pudo ver:

“No lejos de nosotros de una fosa emergían llamas centelleantes, llamas gigantescas. Algo se estaba quemando allí. Un camión se estacionaba junto al agujero y dejaba caer su carga adentro. Eran pequeños niños. ¡Babys! [nota de la traducción: escrito así en el original, en lugar de ¡Babies! (¡Bebés!)]

Sí, lo vi con mis propios ojos... niños entre las llamas (¿puede extrañar que desde entonces mis ojos no puedan conciliar el sueño?) Nos dirigimos pues a ese lugar. Un poco más allá había otra fosa más grande, para los adultos...

Padre, dije, si así es como va a ser, prefiero no seguir esperando. Me lanzaré contra las alambradas electrificadas. Será mejor que revolverme por horas entre las llamas.”

Afortunadamente para Elie Wiesel el revolverse por horas entre las llamas le fue obviado aún sin lanzarse contra las alambradas electrificadas, pues:

“Nuestra columna debía avanzar aún unos quince pasos. Me mordí los labios, a fin de que mi padre no pudiera escuchar el castañeteo de mis dientes. Ahora diez pasos. Ocho, siete...

Caminábamos lentamente, como si fuéramos detrás de la carroza de nuestro propio cortejo. Ahora sólo cuatro pasos. Tres pasos...

*Estaba ahora muy cerca, la fosa con sus llamas. Reuní todas las pocas fuerzas que aún me quedaban para alejarme corriendo de la fila y abalanzarme sobre las alambradas. En lo profundo de mi corazón me despedí de mi padre, de todo el mundo, e involuntariamente se formaron palabras en mis labios en forma de murmullo: *yitgadal veyitkadach chmé raba...* (sea su nombre elevado y bendecido) *Mi corazón quería casi estallar. Estaba tan lejos. Estaba de pie ante el rostro del ángel de la muerte... No. A dos pasos de la fosa se nos ordenó dar media vuelta, y entrar en una barraca.”* (*La noche*, editions de Minuit, 1958, pág. 57 a 60)*

Vimos como aún después de terminada la guerra circulaban todavía en la propaganda toda suerte de métodos para matar.

Una de ellas era quemarlos vivos. Esta variante dentro del mito del exterminio permaneció en los círculos judíos hasta 1960. Elie Wiesel cometió en su *informe verídico* el grueso error de servirse del absurdo de las fosas llameantes en lugar del absurdo de las cámaras de gas. Debió elegir, como lo plantea Faurisson, entre varias mentiras de propaganda aliadas e hizo la elección equivocada.

El campo de exterminio fantasma de Belzec

El campo polaco oriental de Belzec (¡no confundir con Bergen-Belsen!), fue, de acuerdo con la versión ortodoxa de la Historia, el tercero de los grandes campos

de exterminio; en él habrían sido gaseados 600.000 judíos. La leyenda de Belzec es una versión en miniatura de la gran mentira del Holocausto y por ello será descrita a continuación con cierto detalle.

Belzec fue fundado en marzo de 1942. Sirvió como campamento de tránsito para los judíos asentados en Rusia. Apenas abierto el campo empezaron los rumores de que allí se practicaba el genocidio. El revisionista italiano Carlo Mattogno se extiende sobre estos rumores en su obra *El mito del exterminio de los judíos*, cuya primera parte fue publicada en el *Journal of Historical Review*, Vol. VIII, N^{ro}. 2, en el verano de 1988, y su segunda parte en el Vol. VIII, N^{ro}. 3, en el otoño de 1988:

1) Primera variante: Los judíos eran conducidos a un granero y allí debían pararse sobre una plancha metálica, ésta recibía luego una descarga eléctrica mortal (divulgada en diciembre de 1942 por el periódico de los exiliados polacos *Polish Fortnightly Review*)

2) Segunda variante: Los judíos eran fusilados en grupos, los sobrevivientes eran gaseados o electrocutados (aclaración del Comité Aliado Conjunto de Información del 19 de diciembre de 1942)

3) Tercera variante: Los judíos eran asesinados en un horno eléctrico. Esta ilustrativa leyenda se la debemos a Abraham Silberschein (*El exterminio judío en Polonia*, 1944)

4) Cuarta variante: Descrita por el Dr. Stefan Szende en su libro *El último judío de Polonia* (Editorial Europa de Zúrich-Nueva York, 1945, pág. 290 y sig.):

“El molino de personas cubría una extensión de más o menos 7 kilómetros de diámetro. El lugar está provisto de alambradas y otros dispositivos de seguridad.

Nadie puede acercarse a este recinto...

Nadie puede abandonar este recinto...

Los trenes repletos con judíos entraban por un túnel a las instalaciones de ejecución bajo tierra... Se les despojaba de todo... Los objetos asecados eran clasificados, inventariados y naturalmente destinados al uso de la raza superior. Para ahorrarse este procedimiento complicado y demoroso más tarde en los transportes eran despachados desnudos.

Los judíos desnudos eran llevados a grandes cobertizos. Estos podían contener varios miles de personas de una vez. No tenían ventanas, eran metálicos y tenían piso sumergible. El piso con los miles de judíos era bajado a una pileta con agua que había debajo, lo suficiente para no cubrir completamente a los judíos sobre la plancha metálica. Cuando ya todos los judíos de pie sobre la plancha tenían el agua hasta las caderas se dejaba fluir corriente eléctrica de alto voltaje por el agua. En breves momentos todos los judíos, miles de una sola vez, estaban muertos. Entonces se izaba nuevamente la plataforma del agua.

En ella yacían los cadáveres de los ejecutados. Se conectaba otro circuito eléctrico y la plancha metálica se convertía en un gigantesco ataúd crematorio, al rojo vivo, hasta que todos los cadáveres eran sólo cenizas. Poderosas grúas levantaban el gigantesco ataúd crematorio y vaciaban las cenizas. Inmensas chimeneas industriales dejaban escapar el humo. El procedimiento estaba completo. El siguiente tren con nuevos judíos esperaba ya frente a la entrada del túnel. Cada tren traía de 3.000 a 5.000 judíos, a

veces más. Hubo días en que la vía a Belzec llevó a veinte o más de tales trenes. La técnica moderna triunfaba en el régimen nazi. El problema de cómo ejecutar a millones de personas estaba resuelto.”

5) Quinta variante: Se asesinaba a los judíos en duchas electrificadas y luego eran convertidos en jabón. Esta versión proviene de Simón Wiesenthal. No alcanza la capacidad creativa del Dr. Stefan Szende, por lo que su descripción del molino de personas de Belzec palidece a todas luces frente a la que hizo Szende: “*Las personas, apretujadas, acosadas por los SS, letones y ucranianos, atravesaban corriendo el portal hacia el baño. Podía contener 500 personas simultáneamente. El piso de la sala de baño era de metal, y del techo colgaban duchas. Cuando la pieza estaba llena un SS conectaba la corriente eléctrica de 5.000 volts a la plancha del piso. Al mismo tiempo las duchas soltaban el agua. Un breve alarido y la ejecución había concluido. Un oficial médico de la SS verificaba la muerte de las víctimas mirando por una mirilla, se abría la otra puerta, entraba el comando de los cadáveres y retiraba prestamente a los muertos. Ya había espacio para los siguientes 500.*” (El nuevo camino, N^{tos.} 19 y 20, 1946)

Según Wiesenthal los cadáveres no eran convertidos en cenizas en un ataúd ardiendo al rojo vivo como quiso hacernos creer el Dr. Stefan Szende; no, los verdugos les tenían un destino deliberadamente macabro. Con ellos hacían jabón marca R.I.F., o *Rein jüdisches Fett*, es decir: *pura grasa judía* (en realidad R.I.F. equivalía a *Reichsstelle für Industrielle Fettversorgung* u Oficina para la Provisión de Grasa Industrial)

En la última semana de marzo (1946), la prensa rumana publicó una noticia singular: en la pequeña ciudad de Folticeni se han sepultado, con todos los festejos y el ceremonial fúnebre acostumbrado, veinte cajas con jabón en el cementerio judío... En las cajas se leía R.I.F. (*Rein jüdisches Fett*)... A fines de 1942 surgió por primera vez la horrible expresión: “*¡Transporte para jabón...!*”

“*Fue bajo la gobernación general, y la fábrica estaba en Belzec, Galitzia. En esta fábrica se usaron 900.000 judíos como materia prima entre abril de 1942 y mayo de 1943...*”

Para el mundo civilizado es quizás inimaginable la alegría con que los nazis y sus esposas consideraban este jabón durante la gobernación general.

En cada trozo de jabón veían un judío, que por su transformación había sido impedido de convertirse en un segundo Freud, Ehrlich o Einstein... El entierro del jabón en un pueblecito rumano aparece como algo sobrenatural. El dolor concentrado que encierra este pequeño objeto de uso cotidiano desgarró el corazón endurecido como piedra de los hombres del siglo XX. En la Era Atómica se opera el retroceso al tétrico caldero de las brujas como un espectro. ¡Y a pesar de todo es verdad!” (El nuevo camino, N^{tos.} 17 y 18, 1946)

6) Sexta variante: Los judíos fueron asesinados con cal viva. Como responsable de esta leyenda aparece el polaco no-judío Jan Karski, autor del libro aparecido en 1944 *Historia de Estado secreto*, en cuyo siguiente extracto se lee (citamos de Robert Faurisson: *Respuesta a Pierre Vidal-Naquet*, 1982, pág. 43 y 44):

“*La carrocería del tren (en el cual estaban encerrados los judíos) se cubría con una gruesa capa de un polvo blanco. Era cal viva.*”

Todos saben lo que sucede al echar agua a la cal viva.... Al contacto con la cal la carne se deshidrata rápidamente, quemada. La carne de los encerrados dentro de los carros se desprendía lentamente de los huesos... El crepúsculo caía mientras los cuarenta y cinco carros (los había contado) se llenaban. El tren con su cargamento de carne humana se cimbraba y estremecía con la estridencia de los lamentos, como si estuviera embrujado.”

7) Séptima variante: Los judíos fueron muertos con Zyklon-B, el cual se ingresaba al sector de duchas mediante un sistema de cañerías.

Por esta versión se decidió un tribunal alemán en 1965 cuando se realizó el proceso de Belzec y, en consecuencia, también Adalbert Rückerl, ex-director de la Oficina Central para Esclarecimiento de Crímenes Nationalsocialistas, a la luz de los procesos penales (DTV, 1977, pág. 133) En todo caso, así lo delimitan el jurado y el señor Rückerl, se habría pasado al uso del humo de escape de motores luego de un par de semanas. Por lo visto los tontos de la SS necesitaron un par de semanas para darse cuenta que los gránulos de Zyklon-B no podían circular en un sistema de cañerías. En otros campos los SS siguieron el camino opuesto, de acuerdo con los *chamanes* del Holocausto, cambiando del escape de los motores al Zyklon-B.

8) Octava variante: Los judíos fueron asesinados con el escape de motores Diesel. Citaremos un extracto del *Informe Gerstein*, el cual es además de la confesión de Höss la más importante de las pruebas del Holocausto. El oficial de sanidad Kurt Gerstein fue encerrado en una prisión de guerra francesa y redactó, antes de su (supuesto) suicidio, su confesión, más bien sus seis confesiones, pues del *Informe Gerstein* existen no menos de seis versiones notoriamente diferentes unas de otras, como lo demostró en su tesis de doctorado el francés Henri Roques. De acuerdo con sus seis declaraciones Gerstein visitó Belzec y Treblinka en agosto de 1942. Según él se gasearon a 25 millones de personas. En Belzec se introducían a la fuerza de 700 a 800 personas en una cámara de gas de 25 metros cuadrados, o sea, de 28 a 32 seres humanos por metro cuadrado (¡esta idiotez habría sido emitida de buena fe por un sujeto que ostentaba el título de ingeniero!)

Alusiones a montañas de 35 a 40 metros de alto de ropas de los asesinados pueblan estas confesiones, las cuales son más o menos tan creíbles como las de las brujas medievales sobre sus propias sórdidas orgías en la montaña más alta del Harz, y a pesar de ello no falta en casi ningún texto escolar o libro de Historia. He aquí un extracto de una de las seis confesiones de Gerstein (André Chelain: *¿Hay que fusilar a Henri Roques?*, Polémiques, Ogmios Diffusion, 1986, pág. 345 y sig. Este libro contiene el texto completo de la disertación de Roques: *Las confesiones de Kurt Gerstein*):

“Las cámaras se llenan. Bien repletas, así lo ordenó el Capitán Wirth. Las personas permanecen de pie apretadamente. Son unas 700 a 800 en 25 metros cuadrados, en 45 metros cúbicos... Las puertas se cierran. Mientras tanto los demás esperan afuera completamente desnudos... Pero el motor Diesel no funcionó... Viene el Capitán Wirth. Se puede ver cuánto le embaraza que haya sucedido justo ahora que estoy yo. ¡Por supuesto, lo estoy viendo todo!, y sigo esperando. Mi cronómetro ha registrado todo exactamente. Cincuenta minutos, setenta minutos... ¡el Diesel no quiere partir! Los condenados esperan dentro de la cámara. ¡Inútilmente! Se les oye sollozar,

llorar.

¡Igual que en la sinagoga! acota el profesor Pfannenstiel con la oreja pegada a la puerta de madera... Después de dos horas y cuarenta y nueve minutos ¡mi cronómetro lo ha registrado todo! Arranca el Diesel. Hasta ese momento vivían personas dentro de estas cuatro cámaras repletas, ¡cuatro veces 750 personas en cuatro veces 45 metros cúbicos!

De nuevo se arrastran veinticinco minutos. Correcto, muchos están muertos. Se ve por la ventanilla, con ayuda de la luz eléctrica que ilumina un momento la cámara... Después de veintiocho minutos todavía unos pocos están vivos. Finalmente, a los treinta y dos minutos, todos están muertos.”

¿Cuál de las ocho variantes es la correcta?, pregunta intranquilo el observador que busca la verdad. ¡Es imposible que las ocho sean correctas! Un vistazo al terreno donde se alzaba el campo de Belzec no ayuda en nada, dado que allí sólo hay un campo y nada más.

Ahora, la ciencia de la Historia ha decidido que la versión correcta es la octava. ¡Ha triunfado el *Informe Gerstein!* Los *historiadores* tenían para elegir entre ocho idioteces y se decidieron por razones inextricables a favor de Gerstein. La necedad del *Informe Gerstein* resalta de partida en que nadie tendría la ocurrencia de cometer un asesinato masivo usando un motor Diesel. Los gases de escape de un Diesel contienen muy poco anhídrido carbónico letal. Los que estaban encerrados en la cámara repleta habrían sido afectados primero por la falta de oxígeno antes que el monóxido de carbono empezara a actuar, y así los *nazis* habrían podido ahorrarse el motor Diesel. Cualquier motor a gasolina hubiera sido un mejor instrumento de muerte que un motor Diesel. En realidad si los *nazis* hubieran deseado gasear personas masivamente, habrían empleado alguno de los muchos gases venenosos que producía su industria, y ningún motor.

¿Cuáles son entonces las pruebas de que se mató a 600.000 judíos en Belzec? No disponemos de un solo documento alemán al respecto, pues los *nazis* dieron sus órdenes sólo verbalmente.

No se encontraron sepulturas colectivas, pues los *nazis* quemaron los cadáveres.

También desaparecieron las cenizas de los 600.000 asesinados, pues los *nazis* esparcieron las cenizas.

De las cámaras de gas no quedó ni una sola piedrecita, pues los *nazis* dinamitaron las cámaras de gas y transportaron lejos los escombros.

En las estadísticas de Arolsen, en las cuales, por ejemplo, figura el campo de Neuengamme con 5.780 decesos confirmados, no aparece Belzec por parte alguna, esos muertos jamás fueron registrados. Los testigos oculares sobrevivientes tampoco existen aunque sí sobrevivió uno de los 600.000 judíos internados en Belzec, un tal Rudolf Reder, que murió durante los años '60.

¿Qué pruebas hay entonces del asesinato de judíos, del orden de los 600.000, en Belzec? ¡Ninguna! ¡Ni siquiera una!

El absurdo de Treblinka

El segundo de los grandes campos de exterminio según los exterminacionistas fue Treblinka, 80 kilómetros al este de Varsovia.

También allí se perdió todo rastro de los asesinados (según el estado actual de la

investigación histórica serían 800.000, en 1946 se hablaba de hasta 3 millones)

De hecho y en verdad Treblinka era, al igual que Sobibor y Belzec, un campo de tránsito. Después del sangriento sofocamiento del levantamiento del gueto de Varsovia en la primavera de 1943, los sobrevivientes fueron enviados a otros guetos o campos de trabajo vía Treblinka.

Según el libro de Adalbert Rückerl sobre los *campos de exterminio* había en Treblinka un total de 35 a 40 hombres de las SS. ¿Cómo pudieron estos 35 a 40 hombres gasear diariamente a miles de judíos? ¿Porque les ayudaban de 500 a 1.000 trabajadores judíos! Estos obreros judíos estaban premunidos de látigos para respaldar enérgicamente su autoridad. Estaban ciertos que tarde o temprano ellos también serían gaseados, pero jamás se les ocurrió abalanzarse con sus látigos sobre los 35 ó 40 hombres de las SS, ¡y en cambio les ayudaban a matar diariamente hasta 10.000 de sus propios hermanos de fe! Estos últimos se comportaban asimismo sumamente cooperativos: “*Marchaban - declara el acusado Suchomel en el proceso de Treblinka en Düsseldorf - desnudos y ordenadamente dentro de la cámara de gas*” (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 2 de abril de 1965)

La película de nueve horas y media *Shoa* de Claude Lanzmann, así como el libro homónimo que reproduce el texto hablado completo del filme, constituye de acuerdo con el texto de la solapa del libro: “*De acuerdo con una opinión unánime... la documentación más exigente, más escrupulosa y más incomparable sobre el exterminio de los judíos en el III Reich.*” Citaremos un breve pasaje de la conversación entre el director y el barbero del campo Abraham Bomba (*Shoa*, DTV, 1988, pág. 154 y sig.):

Lanzmann: “*¿Y la cámara de gas?*”

Bomba: “*No era grande, era una pieza de 4 x 4 metros más o menos... De repente aparecía un Kapo diciendo: Peluqueros, debéis hacer que todas las mujeres que entren aquí crean que sólo recibirán un corte de pelo y una ducha, y que luego podrán salir nuevamente. Pero ya sabíamos que este lugar no se abandonaba jamás...*”

LANZMANN: “*¿Y de pronto entraban ellas?*”

BOMBA: “*Sí, ellas entraban.*”

LANZMANN: “*¿Cómo estaban?*”

BOMBA: “*Estaban sin ropa, completamente desnudas, sin vestidos, sin nada...*”

LANZMANN: “*¿Había espejos?*”

BOMBA: “*No, ningún espejo, bancas, ninguna silla, sólo bancas y 16 ó 17 peluqueros...*”

LANZMANN: “*¿Cuántas mujeres debía atender en cada pasada?*”

BOMBA: “*¿En cada pasada? Unas 60 ó 70 mujeres... Cuando terminábamos con el primer grupo entraba el siguiente.*”

Entonces en el espacio de cuatro metros de largo por cuatro metros de ancho se encontraban 17 ó 18 peluqueros (16 ó 17 más Bomba), 60 ó 70 mujeres desnudas así como bancas ¿no se haría un poquito estrecho el local? Si este es el documento más exigente y más escrupuloso sobre el exterminio de los judíos, ¿qué podemos pensar de la calidad del resto de los elementos de prueba! En agosto de 1992 la Sociedad Histórica Polaca (91 Strawberry Hill Ave., Suite 1038, Stamford, CT 06902, U.S.A.), una entidad con intereses históricos compuesta de ciudadanos estadounidenses de origen polaco en su mayor parte, develó una documentación extraordinariamente amplia que derrumbó la imagen de Treblinka como *campo de exterminio*. He aquí algunos puntos:

1) Casi inmediatamente después de construido el campo de tránsito Treblinka-2 en julio de 1942 (a fines de 1941 se había abierto el campo de trabajo Treblinka a unos 3 kilómetros de distancia), empezó la propaganda exterminacionista. Además de la muerte masiva mediante el escape de motores Diesel se recurrió en la propaganda durante la guerra, e incluso después, a los siguientes métodos alternativos: gaseamiento con Zyklon-B, escaldamiento con vapor hirviente, asfixia mediante bombas de vacío en las cámaras, ejecución con electricidad, fusilamiento con armas de fuego, fusilamiento con ametralladoras, etc.

2) La masacre con gases de escape de motores Diesel, en la que los *historiadores* finalmente se pusieron de acuerdo, es técnicamente casi imposible. La Sociedad Histórica Polaca menciona que en 1988 en la ciudad de Washington un tren accionado por motores Diesel quedó detenido en el interior de un túnel, y a pesar de que éste se llenó de humo y que pasaron cuarenta minutos hasta el rescate, ninguno de los 420 pasajeros fue afectado en su salud.

3) Treblinka-2 estaba situada a 240 metros de una importante línea ferroviaria, a 270 metros de una gran carretera y a 800 metros de la aldea más cercana. Ejecuciones en masa no podrían haber sido ocultadas ni una semana... En abril de 1943 el gobierno polaco en el exilio localizó el *campo de exterminio* 40 kilómetros más al norte en medio de una zona boscosa llamándolo Treblinka-3, pero más tarde dejó desvanecerse silenciosamente esta versión.

4) Antiguos prisioneros de Treblinka han dibujado unos cuarenta planos del campo que se contradicen burdamente en todos los puntos. En estos planos las *cámaras de gas* estaban a veces aquí, a veces allá...

5) Tal como lo menciona también Udo Walendy en el destacado N^{ro}. 44 de *Historische Tatsachen*, el Ejército Rojo pulverizó Treblinka con incansables andanadas de bombas y artillería pesada, para así poder asegurar después que los *nazis* habían borrado todas las huellas de sus atrocidades.

6) Igual que Auschwitz también fue fotografiado por los aviones de reconocimiento aliados. Con buenas fotografías aéreas es posible reconocer lugares donde hubo excavaciones, incluso después de siglos; valiosos hallazgos arqueológicos han sido posibles de este modo. Las fotos de Treblinka-2 muestran una única fosa común de 66 x 5 metros (y de 3 metros de profundidad según fotos de una comisión judeo-soviética después de 1944), que podía contener 4.000 cadáveres como

máximo. Puesto que 1 millón de judíos pasaron por Treblinka y las condiciones del transporte eran a menudo inhumanas, una cifra de 4.000 muertos cae dentro de lo posible. Los alemanes exhumaron y quemaron los cadáveres a partir de 1943 debido a que una crecida del río Bug entrañaba peligro de epidemias.

Esta documentación - 100 % revisionista - ha sido así proporcionada por polacos *yanquis*, cuyo país de origen fue uno de los que más sufrió bajo el régimen nacionalsocialista. Para ellos la verdad histórica, igual que para una creciente cantidad de investigadores en la misma Polonia, está por sobre la continuación de la propaganda de guerra contra el enemigo de ayer. ¿Son *nazis* por ese motivo?

Las cámaras de gas de 0 a 7 en Majdanek

Uno de los seis campo de exterminio fue Majdanek, es decir por una parte fue un campo de exterminio, por otra no, al final y a pesar de todas las evidencias, ya que no se está seguro, pues sí.

¿Cuántas personas murieron en Majdanek?

- 1) 1,5 millones según una comisión judeo-polaca (1944)
- 2) 1,38 millones según Lucy Davidowicz (*La guerra contra los judíos*, Penguin Books, 1987, pág. 191)
- 3) 360.000 según Lea Rosh y Eberhard Jäckel (*La muerte es un maestro en Alemania*, Hoffmann & Campe, 1991, pág. 217)
- 4) 250.000 según Wolfgang Scheffler (*Persecución de los judíos en el III Reich*, Editorial Colloquium, 1964, pág. 40)
- 5) 50.000 según Raul Hilberg, aunque Hilberg habla sólo de víctimas judías.

¿Cuántas cámaras de gas había en Majdanek?

- 1) Ninguna según la famosa carta de Martin Broszat al diario *Zeit* del 19 de agosto de 1960; Majdanek queda fuera de la lista de campos dotados de cámaras de gas.
- 2) Siete según el *Deutsche Volkszeitung* del 22 de julio de 1976.
- 3) Igualmente siete según la edición diaria televisiva de A.R.D. del 5 de octubre de 1977: “*De documentos de las SS se desprende que aquí, en las siete cámaras de gas...*”
- 4) Por lo menos tres, según el fallo del proceso de Majdanek en Düsseldorf.

Al tenor del informe de la comisión judeo-soviética de 1944, el 3 de noviembre de 1943, 18.000 seres humanos fueron gaseados a los sonos de un vals de Strauss. Después que la imposibilidad técnica de esta leyenda quedó demasiado de manifiesto, se cambió

el gaseamiento en masa por un fusilamiento en masa. Y Rolf Hochhuth hace un significativo aporte al esclarecimiento del debate del Holocausto al rebajar, en su libro *El vicario*, el número de ajusticiados ese día de 18.000 a 17.000.

¡Pamplinas, pamplinas, y una vez más pamplinas!, igual que toda la historia del Holocausto.

Las cámaras de gas de los alemanes del Reich

En los primeros años de la post-guerra se daba por sentado que todos los campos de concentración tenían una o más cámaras de gas. He aquí una *declaración de testigo ocular* sobre la cámara de gas de Buchenwald (Abad Georges Hénocque: *Los antros de la bestia*, G. Durassie et Cie., París, 1947, citado por Robert Faurisson en *Defensa de la memoria*, 1980, pág. 192 y sig.):

“Las paredes del interior eran lisas, sin irregularidades y como lacadas. Por fuera se veían cuatro botones junto a la viga superior de la puerta, dispuestos verticalmente: uno rojo, uno amarillo, uno verde y uno blanco. Sin embargo un detalle me inquietaba: no podía entender cómo podía descender el gas desde las regaderas de las duchas. Junto a la sala en que me encontraba había un corredor. Lo atravesé y vi un tubo enorme, que ni con ambos brazos podía rodear por completo, recubierto con una capa de caucho de aproximadamente un centímetro de espesor. A su costado había una palanca que giraba a derecha e izquierda permitiendo el paso del gas a su interior. La presión era tan grande que el gas llegaba hasta el piso, por lo que ninguna de las víctimas podía evadir lo que los alemanes llamaban la muerte dulce y lenta. Por debajo del punto en que las cañerías desembocaban en la cámara de gas se hallaban botones iguales a los de afuera: uno rojo, uno amarillo, uno verde y uno blanco. Evidentemente servían para medir el descenso del gas. Todo estaba organizado en forma estrictamente científica. Ni el mismo demonio hubiera podido inventar algo mejor. De nuevo entré a la cámara de gas para verificar dónde se encontraba el crematorio.

Lo primero que atrajo mi mirada fue una especie de correa transportadora de fierro. Este aparato construido perfectamente giraba sin descanso y penetraba dentro de los hornos incandescentes. Se depositaban en ella los cadáveres amontonados en la cámara adjunta y ella los metía al horno.

Mientras realizaba esta visita inolvidable y sobrecogedora los aparatos estaban operando a toda capacidad.

Luego de que hube contemplado este infierno nuevamente, reanudé mi tenebroso paseo en silencio absoluto. Abrí la puerta de una tercera sala. Era la cámara de reserva. Allí se apilaban los cadáveres que no podían cremarse el mismo día y se guardaban para el día siguiente. Nadie, que no lo haya vivido también, puede imaginarse la sordidez de esta tercera escena. A la derecha, en un rincón del cuarto, yacían los muertos, desnudos, despojados, desparramados sin respeto alguno unos sobre otros en cualquier dirección y doblados en posiciones ridículas. Se les había roto las mandíbulas para sacarles los dientes de oro, ni que decir de los vejatorios exámenes internos a que se sometían los cadáveres para asegurarse que no escondían ninguna joya, la que debía enriquecer las arcas de la monstruosidad nazi...

Eché una última mirada a este lugar de la iniquidad y del horror y leí, a la luz de las llamas que se elevaban hasta ocho o diez metros por encima del horno, la cínica cuarteta que aparecía en una pared del crematorio: ¡El asqueroso gusano jamás debe

profanar mi cuerpo! Para ello la limpia llama debe consumirlo. Siempre amé la luz y el calor Por ello ardo, ¡no me enterréis!

Al final se me ofreció una vista de lo que llenaba de orgullo a la ciencia alemana: por más de un kilómetro y con una altura de un metro y medio se extendían las cenizas, retiradas cuidadosamente del horno, ¡para abonar campos de col y de remolachas! De ese modo los cientos de miles de personas que habían llegado a este infierno, lo abandonaban como abono...

Gracias a mi excursión imprudente había logrado ver todo lo que deseaba saber.”

Junto a tales *declaraciones de testigos oculares* en relación a las cámaras de gas hubo también pruebas transparentes en forma de confesiones de los hechores. El comandante de Ravensbrück, Suhren, su segundo, Schwarzhuber, y el médico, Treite, fueron ejecutados o se suicidaron después que hubieron reconocido la existencia de las cámaras de gas y haber descrito su funcionamiento vagamente. Y Franz Ziereis, comandante de Mauthausen, reveló en su lecho de muerte (había sido herido de tres disparos), lo que inconcebiblemente había sucedido en el castillo Hartheim no muy lejos de Linz: ¡entre 1 y 1,5 millones de personas habrían sido gaseadas en ese castillo del horror!: “*En el campo de Mauthausen se construyó por orden del Teniente SS Dr. Krebsbach una instalación para gaseamientos, disfrazada como sala de baños... El General SS Gluck dio la orden de declarar enfermos mentales a los prisioneros más débiles y eliminarlos con gas en una gran instalación a tal efecto. Allí fueron asesinados entre 1 y 1,5 millones más o menos. Ese lugar se llama Hartheim y queda a 10 kilómetros de Linz yendo en dirección a Passau...*” (Simón Wiesenthal, *KZ Mauthausen*, Editorial Ibis 1946, pág. 7 y 8)

Sin embargo ahora, desde hace decenios, apenas algún historiador sigue creyendo que hubo cámaras de gas en el castillo Hartheim, en Ravensbrück, en Buchenwald o en Dachau. La hora fatal para todas estas cámaras de gas sonó el 19 de agosto de 1960, cuando el entonces colaborador y luego director del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, Martin Broszat, escribió en carta al diario *Zeit*: “*Ni en Dachau ni en Bergen-Belsen, como tampoco en Buchenwald se gaseó a judíos u otros reclusos... El exterminio masivo de los judíos por gaseamiento comenzó en 1941-42, y se lo realizó exclusivamente en lugares escogidos y provistos de las instalaciones técnicas correspondientes, de preferencia en el territorio polaco ocupado (de modo alguno en el Antiguo Imperio), en Auschwitz-Birkenau, en Sobibor del Bug, en Treblinka, Chelmno y Belzec.*”

En pocas palabras el *Papa* de los historiadores reconoció que todo cuanto se había dicho sobre las cámaras de gas de los alemanes del *Reich* fue fraude y mentira (bajo *alemanes del Reich* se entiende los de los territorios del *Reich* alemán dentro de las fronteras de 1937) Broszat no proporciona en esta carta, ni tampoco después de ella, la más mínima prueba para sus afirmaciones; tampoco aclara por qué las declaraciones de testigos para Auschwitz y Sobibor son más dignas de crédito que las de gaseamientos en Dachau y Buchenwald.

Lo que movió a este proceder al Instituto de Historia Contemporánea no fue precisamente el amor a la verdad, sino simplemente por obligación. Hasta 1960 se habían emitido tantas dudas sobre las cámaras de gas de los alemanes del *Reich*, que amenazaba con echar por tierra toda la leyenda del Holocausto.

Por ello los *historiadores* de la *Central de Falsificación de la Historia*, conocida como Instituto de Historia Contemporánea, decidieron exiliar las cámaras mortales a la

Polonia ocupada por los bolcheviques y cerrada a las miradas de observadores inconvenientes.

Con qué métodos se obtuvieron las confesiones sobre las cámaras de gas de los alemanes del *Reich* lo determinó una comisión investigadora bajo la dirección de los jueces Simpson y van Roden: palizas, aplastando los testículos, sacando los dientes a golpes, etc. A raíz de las confesiones obtenidas con tales torturas muchos acusados fueron ahorcados.

La creación de la mentira de Auschwitz

En el *New York Times* se leía el 27 de agosto de 1943 sobre Auschwitz: “*En el campo de Oswiecim (Auschwitz), las condiciones de vida son extremadamente severas. De acuerdo a estimaciones han muerto allí unas 58.000 personas.*”

Lo sorprendente es que la cifra antes mencionada era demasiado baja, y Dios sabe que la referencia a las severas condiciones de vida era acertada. Partiendo de las razones expuestas anteriormente era algo imposible el que los aliados no supieran en dos años qué estaba sucediendo en el más grande de los campos de concentración alemanes.

Apenas en los dos últimos años de guerra la leyenda vino a adoptar una forma concreta.

Cómo la propaganda de Auschwitz nació, empezando el verano de 1944 con noticias del gaseamiento de 400.000 judíos húngaros en Birkenau y cómo más tarde ese genocidio fue *probado* mediante documentos falsificados, Arthur Butz lo ha relatado magistralmente en *La estafa del siglo XX*.

Era lógico que los urdidores de la estafa de las cámaras de gas tomaran a Auschwitz como el centro de su propaganda. Era el más relevante de los campos de concentración, alcanzó altísimas tasa de mortalidad a causa de las epidemias de tifus y estaba dotado de crematorios. Adicionalmente Birkenau había sido destinado a campo de tránsito para los judíos deportados al este.

Un imponente complejo concentracionario, alta mortalidad, un veneno a base de ácido sulfúrico usado en grandes cantidades (el Zyklon-B también se suministraba a cuarenta estaciones externas), miles de deportados judíos, que entraban a Birkenau y luego desaparecían aparentemente sin dejar huellas, además selecciones entre las capacitados e incapacitados para trabajar... los mitólogos del Holocausto no podían desear circunstancias más ideales.

Auschwitz fue liberado el 27 de enero de 1945. Ya el 2 de febrero aparecía en *Pravda* un largo reportaje a las bestiales atrocidades practicadas allí, en el cual se podía leer lo siguiente: “*Las cámaras de gas estacionarias en el sector oriental del campo habían sido remodeladas. Incluso se les había incorporado torrecillas y ornamentos arquitectónicos, de modo que pareciesen inocentes garajes... Ellos (los alemanes) aplanaron las llamadas tumbas antiguas dispuestas en cerros sobre la parte oriental del campo, trasladaron y destruyeron las huellas del sistema de correa transportadora donde cientos de personas eran muertas simultáneamente con corriente eléctrica...*” (citado en el N^o 31 de *Historische Tatsachen*; el primero en percatarse del artículo del *Pravda* fue Robert Faurisson)

Que hubiera cámaras de gas en la parte oriental del campo (es decir en Monowitz), es algo que todavía ningún historiador ha manifestado, y del sistema de correa transportadora para matar personas con corriente eléctrica no se ha vuelto a oír nunca más desde entonces. ¡Sobre las cámaras de gas de Birkenau en la parte poniente del

complejo de Auschwitz ni una sola palabra en el *Pravda*! Esto demuestra que por aquella época la estafa todavía no estaba suficientemente ensamblada; y que los soviéticos sabían que las potencias occidentales les habían encomendado encontrar en Auschwitz las pruebas de un genocidio de millones de personas, pero esas mismas potencias no les habían dado los detalles necesarios. Después de la liberación el campo fue cerrado; al principio sólo unos pocos observadores occidentales escogidos fueron admitidos. Esto se debía a que los comunistas polacos y soviéticos necesitaban tiempo para poder montar su *museo del horror*. Lo que de ese afán surgió se corresponde exactamente con los estándares que históricamente han singularizado el éxito único del comunismo: cámaras de gas que nunca jamás podrían haber funcionado, fosas flameantes que a pesar de sus apenas 60 centímetros de profundidad estaban siempre cubiertas de agua; gigantescos cerros de cabellos de mujer, que sin excepción eran todos de un mismo color, y como se podía apreciar no era más que cáñamo.

Terminada la guerra los británicos se lanzaron febrilmente a la caza de Rudolf Höss, quien debía convertirse en el testigo estrella del mayor crimen de todos los tiempos. Sin embargo Höss estaba sumergido y vivía bajo el nombre de Franz Lang en una granja de Schleswig-Holstein. En marzo de 1946 una cuadrilla británica finalmente lo descubrió.

En su libro *Legiones de la muerte* (Arrow Books Ltd., 1983, pág. 235 y sig.), el escritor inglés Rupert Butler revela la forma en que se obtuvo la confesión de Höss.

Butler se basa en las declaraciones del sargento judeo-británico Bernard Clarke, que condujo la captura y el interrogatorio del primer comandante de Auschwitz:

“Höss gritó de terror al ver los uniformes británicos.

Clarke aulló: ¿Cómo se llama?

Cada vez que se oía la respuesta Franz Lang se descargaba el puño de Clarke sobre el rostro del detenido. A la cuarta vez Höss se derrumbó y confesó quien era...

El prisionero fue arrojado al piso desde la litera superior, y se le despojó de su pijama. Entonces fue arrastrado desnudo a uno de los galpones de matanza, donde Clarke se dio rienda suelta de modo que las golpizas y los alaridos no tuvieron fin... Echaron una manta sobre Höss y lo arrastraron al automóvil de Clarke, donde el sargento se echó un largo trago de whisky. Entonces Höss trató de dormir.

Clarke le descargó golpes con su bastón bajo los párpados y le mandó en alemán: ¡Mantén abiertos tus ojos de cerdo, puerco...!

Debieron pasar así tres días hasta que hizo una declaración satisfactoria.”

Ya pronto será medio siglo que pesa sobre el pueblo alemán la horrible acusación de haber condenado a los judíos a una muerte colectiva, y en la medida que les era posible capturarlos, haberlos eliminado en un genocidio a sangre fría. La base para tal acusación consiste en una confesión arrancada mediante feroz tortura.

Verdad es que los torturadores incurrieron en algunos bochornosos renuncios.

Inventaron un campo de exterminio, Wolzek, o hicieron como que Höss lo había mencionado, y le obligaron a reconocer que había visitado en junio de 1941 el campo de Treblinka, que sería construido trece meses después.

Después de su declaración como testigo en Núremberg, Höss fue entregado a los polacos. En la prisión de Cracovia redactó su autobiografía, que en su mayor parte debía necesariamente concordar, al igual que sus notas sobre el exterminio de los judíos en Auschwitz. Si las absurdas barbaridades que Höss incluyó al describir los

procedimientos de gaseamiento y cremación brotaron de la fantasía de sus esbirros, o si él inteligentemente describió imposibilidades técnicas que alguna vez tendrían que llamar la atención de alguien, es algo que nunca sabremos.

No obstante haber sido ya Núremberg designado como el centro del exterminio de los judíos, hasta 1960 se hablaba preferentemente de Dachau y de su(s) cámara(s) de gas. Pero el engaño de las cámaras de gas de los alemanes del *Reich* no pudo mantenerse por mucho tiempo ante la maciza consistencia de las pruebas en su contra. A causa de ello la claqué de falsificadores de la Historia debió trasladar las cámaras de gas detrás de la Cortina de Hierro, y como compensación de las cámaras de gas de Dachau, Buchenwald, etc., intensificaron masivamente la propaganda de Auschwitz.

Hasta 1990 el Museo de Auschwitz sostuvo que en ese campo habían sido asesinados 4 millones de personas. Sin expresión de causa se redujo repentinamente la cifra a *poco más de 1 millón* y se reconoció por lo tanto, que habían estado mintiendo casi medio siglo. Naturalmente que para la nueva cifra había tan pocas pruebas como para la primitiva; sencillamente habían remplazado un absurdo por otro, en este caso uno menos grosero.

Citas de Hitler como pruebas del Holocausto

A falta de otras pruebas para el asesinato de millones de judíos utilizan los exterminacionistas citas de Hitler y otros jefes *nazis* que amenazaban a los judíos con el exterminio. En el último capítulo del segundo volumen de *Mi lucha* se lee: “*Si al comienzo y durante la guerra se hubiera sometido también a unos 12.000 o 15.000 de estos hebreos corruptores de pueblos a los efectos del gas venenoso, como debieron sufrirlo en el frente cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas las clases y profesiones, entonces el sacrificio de millones no habría sido en vano.*”

¡Por cierto una amenaza ominosa! Sin embargo el contexto en el cual se halla este pasaje, así como la cifra de 12.000 a 15.000 por eliminar, muestra que Hitler no propugnaba el exterminio de los judíos en su totalidad como deseable, sino la liquidación de los cabecillas marxistas (de hecho judíos en su mayoría), quienes en su concepto eran los culpables de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial (teoría de la puñalada por la espalda)

En prácticamente ningún libro de Historia llega a faltar la mención del discurso de Hitler del 30 de enero de 1939, donde el *dictador* declaró: “*Si la judería financiera internacional dentro y fuera de Europa llegara a tener éxito en arrastrar a los pueblos nuevamente a una guerra mundial, entonces el resultado sería no la bolchevización de la Tierra, y con ello el triunfo de la judería, sino la desaparición de la raza judía de Europa.*”

Sin dudas esta es una clara amenaza de exterminio. No obstante debe siempre tenerse presente que un lenguaje guerrero fue desde muy temprano típico dentro del movimiento *nazi*, que desde un principio debió pronunciarse contra la extrema izquierda en luchas callejeras y también dentro de locales; palabras como *destrucción* y *eliminar* siempre estaban a flor de labios entre los *nazis*. Citas comparables hay a montones de parte de los aliados; así Churchill dijo el día de la declaración de guerra británica que el objetivo de esta guerra era *el exterminio de Alemania*. A nadie le pareció que Churchill deseaba la eliminación física del pueblo alemán. En la guerra tales bravatas sanguinarias

son comunes.

En cuanto al uso que hacen los exterminacionistas de tales citas como prueba del Holocausto, se enredan en una contradicción absolutamente insoluble. Si se les pregunta por qué no hay documentos sobre el genocidio ni se encuentran tumbas colectivas con víctimas, entonces contestan que los alemanes querían esconder su crimen ante el mundo y por eso no extendieron documentos por una parte, y por otra, se deshicieron de los cadáveres de las víctimas. ¡De acuerdo a los mismos exterminacionistas los *nazis* con el mayor desenfado proclamaban a los cuatro vientos sus planes genocidas!

El juicio de Núremberg

Puesto que no hay pruebas del Holocausto - ningún documento, ningún cadáver, ninguna arma homicida, nada de nada - y las bravatas de Hitler por sí solas serían una base muy débil para una acusación de tanto peso, los vencedores después de la guerra, y sus marionetas alemanas más tarde, encomendaron a los tribunales la tarea de producir por arte de magia las pruebas de un genocidio de millones en cámaras de gas, del cual no habían quedado las más mínimas huellas.

La meta del juicio de Núremberg era consolidar como un hecho histórico real el mayor crimen en la historia de la humanidad, cometido supuestamente por los alemanes.

En modo alguno las potencias vencedoras hicieron asco en más de una ocasión a la tortura física (piénsese en Rudolf Höss y los guardias de Dachau), pero de preferencia se recurrió a una táctica más sutil. Mientras se consideraba al Holocausto como un hecho irrefutable, se permitieron los acusadores discurrir exhaustivamente sobre la culpabilidad de este o de aquel acusado; sólo unos pocos de los hombres sentados en el banquillo tenían alguna chance desde un principio. Así una figura de tanto peso como el ministro de Abastecimientos Albert Speer pudo escapar a la horca, con sólo aceptar el Holocausto y reconocer su culpabilidad moral. En los procesos subsiguientes contra los *nazis* de segunda serie los acusados utilizaron, a menudo exitosamente, la táctica de traspasar toda la culpa a superiores muertos o desaparecidos.

Según el párrafo 19 del Estatuto de Londres, que los aliados habían redactado en agosto de 1945 y que sirvió de base para el juicio de Núremberg, el tribunal no debía estar trabado por la legitimación de las pruebas; todo elemento de prueba que al jurado le parecía de peso suficiente era admitido sin más. El tribunal podía aceptar elementos de prueba inculpativos sin examinar su veracidad, y rechazar las pruebas de descargo sin expresión de causa. Hablando claro: era posible falsificar elementos acusatorios a destajo y suprimir las pruebas de la defensa por mero capricho.

Más encima el tribunal, de acuerdo al artículo 21 del estatuto, no tenía para qué pedir pruebas sobre *hechos históricos de conocimiento público*, sino sencillamente tomar conocimiento de ellos por oficio. Qué cosa era un *hecho histórico de conocimiento público*, lo decidía el mismo tribunal. De esta manera la culpabilidad de los acusados quedaba establecida desde el principio, ya que tanto el Holocausto como los demás crímenes que se les achacaban fueron *hechos históricos de conocimiento público*. Bajo estas condiciones bien podían ahorrarse todas las molestias de la rendición de pruebas.

Quien no haya leído los documentos de Núremberg directamente no puede humanamente imaginarse qué barbaridades espeluznantes perpetraron los vencedores en perjuicio de los vencidos. He aquí sólo dos ejemplos de las cosas asombrosas que se profirieron en contra de los alemanes en Núremberg. El primero fue originado por los

yanquis, el segundo por los soviéticos.

Contrariamente a lo aceptado generalmente los alemanes disponían por completo de la bomba atómica bajo Hitler, pero no la utilizaron para combatir a los aliados, sino exclusivamente para asesinar judíos, como se desprende del siguiente diálogo entre el fiscal de Estados Unidos Jackson y Albert Speer (*El juicio contra los principales criminales de guerra ante el Tribunal Militar Internacional, Núremberg*, del 14 de junio de 1945 al 1 de octubre de 1946, tomo XVI, acta del 21 de junio de 1946:

JACKSON: “¿Y también se realizaban experimentos e investigaciones en el campo de la energía atómica, no es cierto?”

SPEER: “Lamentablemente no estábamos tan avanzados, sino a mitad de camino, y las mejores cabezas que teníamos en la investigación atómica emigraron a Estados Unidos, retrasándonos notablemente en la investigación atómica, y quedamos así quizás a uno o dos años de poder lograr la explosión de un átomo.”

JACKSON: “Se me ha hecho llegar un cierto informe sobre un experimento realizado en las cercanías de Auschwitz, y desearía saber si usted oyó hablar de eso o sabía algo al respecto. El fin de este experimento era descubrir un medio rápido y eficaz para eliminar personas lo más rápidamente posible sin - como hasta entonces ocurría - el desgaste de energías en fusilamientos, gaseamientos o incineraciones. Según se me informó se realizó el experimento de la siguiente manera: en un pequeño villorrio provisorio, construido ex-profeso para este experimento, se instalaron a 20.000 judíos. Con ayuda del material destructivo recién inventado se mató a estas 20.000 personas casi instantáneamente, y por cierto de tal manera que no quedó de ellos ni el más mínimo rastro. La explosión elevó la temperatura a 400 ó 500 °C y destruyó a esos seres en forma tal que no dejaron huella alguna tras de sí.”

Según los acusadores soviéticos los alemanes asesinaron en el campo de Sachsenhausen no menos de 840.000 prisioneros de guerra rusos de la siguiente manera: “En la pequeña sala había una abertura de unos 50 centímetros. El prisionero se paraba con la nuca frente al agujero y un soldado, ubicado tras el agujero, le disparaba. Este procedimiento sin embargo no era práctico, pues a menudo el soldado erraba el tiro. Pasados ocho días se diseñó un nuevo sistema. El prisionero se paraba igual que antes frente al muro, entonces se bajaba lentamente una plancha de acero hasta tocar su cabeza. El prisionero tenía la impresión de que se pretendía medir su estatura. En la plancha había una clavija que se liberaba enterrándose en la nuca del prisionero. Este se desmoronaba muerto sobre el piso. La plancha se accionaba mediante un pedal, ubicado en un rincón de dicha pieza.” (Ibíd., tomo VII, sesión del 13 de febrero de 1946)

Según la acusación los 840.000 cadáveres de los prisioneros de guerra asesinados de esta manera fueron cremados en hornos crematorios móviles, montados en el acoplado de un camión.

Lamentablemente no fueron presentados ante el tribunal como *corpus delicti* ni la máquina destructora de nuca accionada por pedal, ni los crematorios móviles que podían incinerar hasta 210.000 cadáveres cada uno en breve tiempo, ni las demás maravillas de la técnica nazi descritas en Núremberg, ya que para todas ellas había declaraciones escritas a montones. Para preparar estas declaraciones de testigos oculares

bastaba una máquina de escribir y mucho, mucho papel.

Los procesos de campos de concentración en la República Federal Alemana

El que hasta hoy el gobierno alemán siga promoviendo procesos judiciales contra *criminales nazis* parece de buenas a primera incomprendible. Las razones son las siguientes: del mismo modo que la estructuración política de la República Democrática Alemana fue articulada por las fuerzas de ocupación bolcheviques, las de la República Federal Alemana lo fueron por las fuerzas aliadas, preferentemente por las de Estados Unidos. Naturalmente los *yanquis* se preocuparon de que en la porción de Alemania que alzaban de la pila bautismal no ocupara algún puesto relevante nadie que se apartara un ápice de lo preconizado por ellos. Más tarde el *establishment* político se ha ido reproduciendo. Esta es una tendencia inherente a todas las estructuras intrínsecamente jerárquicas, ningún ateo declarado ni librepensador llega a cardenal de la Iglesia Romana.

Partimos de la base de que todos los cancilleres alemanes occidentales desde Adenauer hasta Schmidt han creído en el Holocausto, y en el caso de no haber sido así, se habrían cuidado muy bien de exteriorizar sus dudas. Durante la Guerra Fría la República Federal Alemana estaba prevista contra la amenaza bolchevique por la protección de Estados Unidos. Si los gobernantes alemanes hubieran dudado del Holocausto o hubieran dejado de entablar *procesos contra los criminales de guerra*, la prensa *yanqui*, controlada mayoritariamente por el sionismo, hubiera reaccionado con una incesante andanada anti-alemana envenenando las relaciones entre Bonn y Washington (conviene recordar como los sionistas difamaron por años a Kurt Waldheim por crímenes de guerra revelados recientemente; de puro miedo a ser culpados de *antisemitismo*, ningún estadista occidental se atrevió a reunirse con Waldheim, hasta que el checo Vaclav Havel - como hombre decente y valeroso una excepción entre los políticos - rompió ese ostracismo)

Por un lado la República Federal Alemana quería perfilarse ante Estados Unidos como subordinado ejemplar y exhibir pruebas tangibles de su compromiso con la democracia al entablar estos procesos; por otro lado los mismos cumplían una importante tarea de política interior. Al traer a colación una y otra vez la brutalidad del régimen *nazi*, legitimaba con ello el sistema democrático parlamentario, cuya belleza sólo empañaba el hecho de que sólo con la victoria de los aliados pudo ser entronizado. Y al hacer desfilar en cada proceso a innumerables cursos escolares completos, se precavían de eliminar en la nueva generación toda traza de sentimiento nacional y de auto-respeto y por ende asegurar la aceptación de la política de Bonn, la cual preveía un total sometimiento a los intereses de Estados Unidos. De tal guisa que los procesos jugaban un importantísimo papel en la *reeducción* del pueblo alemán; consolidaban también el orden de post-guerra impulsado por Bonn, el cual descansaba en dos dogmas: la culpabilidad exclusiva de Alemania de la guerra y la crueldad sin paralelo en toda la Historia del régimen *nazi*, la que encontró su máxima expresión en el Holocausto. Todo esto demuestra que el objetivo de los procesos no era el esclarecimiento de culpas individuales, sino que era de un carácter exclusivamente político. Con ello naturalmente no se está declarando que todos los acusados eran inocentes; sin duda que entre ellos había asesinos y torturadores. Pero la pregunta de cuál acusado era culpable y cuál inocente, era completamente secundaria. Básicamente nadie se interesaba por las figuras

sentadas en el banquillo, éstas eran perfectamente reemplazables.

El que los juicios no se conducían de acuerdo a legislaciones de Estados de derecho queda a la vista, en el simple hecho de que en ninguno de ellos se pidió un informe del arma homicida, es decir, las cámaras de gas. Tal informe hubiera revelado la imposibilidad técnica de los gaseamientos masivos y todo el Holocausto se hubiese derrumbado como un castillo de naipes.

Las únicas pruebas fueron exclusivamente declaraciones de testigos. Por supuesto que los testigos, como ex-reclusos en campos de concentración, sentían odio por los acusados, dado que sin cámaras de gas y sin genocidio sistemático las condiciones de vida dentro de los campos eran ya bastante malas. Bajo estas circunstancias la tentación para los testigos de agregar a las malas acciones efectivas de los acusados otras muchísimas peores, era irresistible. No tenían nada que temer en lo más mínimo, puesto que ningún testigo en un proceso contra los *nazis* fue jamás culpado de perjurio, ni siquiera Filip Müller, quien en el juicio de Frankfurt declaró que un hombre de las SS arrojó a un niño a la grasa humana hirviendo que fluía de la incineración de los gaseados, o aquel otro testigo que relató como los *Kapos* realizaban carreras en bicicleta dentro de las cámaras de gas entre gaseo y gaseo; para exabruptos deportivos de esta calaña el recinto era propicio, pues tenía peraltes a fin de que la sangre de los gaseados fluyera fácilmente.

¿Por qué la mayoría de los acusados reconoció la existencia de las cámaras de gas o por lo menos no la rebatió? Igual que en el juicio de Núremberg, el Holocausto era considerado en los procesos contra los *nazis* de la República Federal Alemana como hecho probado históricamente, sobre el cual no cabía discusión.

Únicamente podía discutirse sobre la participación individual de los acusados en las acciones criminales. Quien como acusado negara la existencia de las cámaras de gas y el exterminio de los judíos sencillamente se colocaba en una situación desesperada y arriesgaba con ello una pena más severa por su *obstinación*.

Así que casi todos los acusados, aconsejados por sus abogados, eligieron la táctica de no negar la disponibilidad de las cámaras de gas sino tan sólo su propia participación en los gaseamientos, o cuando las declaraciones de testigos eran demasiado aplastantes, acotar que ellos habían actuado por órdenes superiores.

Los acusados cooperadores podían esperar sentencias leves, siempre que los crímenes que se les achacaban no fueran tan terribles. En el proceso de Belzec de 1965 el único acusado, Josef Oberhauser, fue condenado por participar en 300.000 asesinatos, recibió una pena irrisoriamente baja de cuatro años y medio de cárcel, que apenas debió servir en parte. Razón de esta benevolencia: Oberhauser renunció a hacer descargos durante el juicio. Esto significó que él no negaba las acusaciones, y de ese modo la Justicia germano-occidental pudo triunfalmente constatar que los hechores no negaban el genocidio (Rückerl, pág. 83 y 84) En el juicio de Auschwitz en Frankfurt el acusado Robert Mulka, al cual se le habían *probado* bestiales canalladas, recibió una pena de catorce años, la que fue criticada como muy benigna. Y apenas tras cuatro meses de prisión Mulka fue puesto en libertad por *causas de salud*, él había seguido el juego del fiscal y reconocido la existencia de cámaras de gas. El que no hiciera lo mismo no podía contar con benevolencia. Kurt Franz, acusado en el juicio de Treblinka, pasó casi treinta y tres años entre rejas, antes de que se le conmutara la pena por cáncer avanzado, debido a que tozudamente siempre rebatió la versión oficial de Treblinka. Su compañero de causa, Suchomel, según el cual los judíos *marchaban desnudos y ordenadamente dentro de las cámaras de gas*, estuvo preso sólo cuatro años en total.

Así se aplicó, y se aplica, la ley en el *Estado alemán más libre de toda la Historia*. Un juez o un abogado, que bajo estas circunstancias osara expresar alguna duda sobre el Holocausto, sabía a ciencia cierta que su carrera estaba irremisiblemente arruinada. Por ese motivo destacados juristas no postularon a los roles de jueces o fiscales en estos procesos, sino que los dejaron a otros. También los abogados defensores se abstuvieron de cuestionar la existencia de las cámaras de gas, limitándose a negar solamente la participación de sus mandantes en las muertes.

Una brillante descripción del tema sobre los procesos contra los *nazis* se halla en el cuarto capítulo de la obra *El mito de Auschwitz* de Wilhelm Stäglich; esta es la parte más sólida de un libro igualmente soberbio aún si no la incluyera. Al final de su libro comenta Stäglich los resultados del juicio de Auschwitz con las siguientes palabras:

“Esta manera de fallar recuerda de modo muy penoso los métodos empleados en los juicios por brujería del Medioevo.

También en esos tiempos era sabido que el crimen propiamente tal sólo se suponía, porque básicamente era indemostrable.

Incluso los más preclaros juristas de la época... postulaban la tesis de que se podía obviar la recopilación de los hechos, para aquellos crímenes de muy difícil demostración, cuando la suposición hablaba por la presentación de los hechos. Los jueces medievales se hallaban en lo que respecta a la demostrabilidad del concubinato demoníaco, lugar de los bailes de brujas y absurdos por el estilo, en la misma situación que nuestra esclarecida jurisprudencia del siglo XX en relación a las cámaras de gas.

Ellos debían creer, de otro modo hubieran aterrizado también ellos en la hoguera, igual que los jueces de los tribunales de Auschwitz, exagerando un poco.”

Frank Walus e Ivan Demjanjuk

En 1974 descubrió Simón Wiesenthal, que el ciudadano estadounidense de origen polaco Frank Walus durante la guerra había cometido las más horripilantes infamias contra los judíos.

Así Walus fue llevado al estrado. No menos de once testigos judíos declararon bajo juramento que Walus había asesinado bestialmente a una anciana, a una joven y a varios niños, así como a un lisiado. Walus, un obrero fabril jubilado debió gastar US\$ 60.000 para financiar su defensa. Finalmente logró conseguir documentos desde Alemania, que probaban que durante toda la guerra jamás había estado en Polonia, pues había estado trabajando en una hacienda bávara, donde se le conocía como *Franzl*. De esa manera la acusación se derrumbó. Gracias a Wiesenthal el pobre Walus quedó en la ruina, sólo que pudo seguir siendo un hombre libre (fuentes: Hans Peter Rullmann: *El caso Demjanjuk*, Editorial para Cultura e Investigación Total, 1987, así como Mark Weber: *Simon Wiesenthal, cazador de nazis fullero*, en el *Journal of Historical Review*, Vol. IX, N^{ro}. 4, invierno 1989-90)

Ivan Demjanjuk, un ciudadano estadounidense de origen ucraniano, contrariando prácticamente todos los principios jurídicos universales fue extraditado por la autoridades *yanquis* a Israel, donde se lo llevó al banquillo como *el monstruo de Treblinka*. Manadas de testigos juramentados graficaron como *Ivan el Terrible* había causado estragos en Treblinka. Con sus propias manos había asesinado a 800.000 judíos utilizando los gases de escape de un tanque ruso sobre orugas. Les había cortado las orejas a los judíos y luego los había devuelto a la cámara de gas. Con su bayoneta les

había cortado trozos del cuerpo. Con su sable les abría el vientre a las embarazadas antes de gasearlas. Antes de meterlas a la cámara de gas les cortaba los pechos a las judías con su espada. Fusiló, golpeó, acuchilló, estranguló y a latigazos mató a los judíos o los dejó morir lentamente de hambre. Por todo eso Demjanjuk fue condenado a muerte.

Entretanto las autoridades israelitas reconocen que aparentemente el ucraniano jamás había estado en Treblinka. Evalúan ahora la posibilidad de acusarlo de genocidio en el campo de Sobibor (el único elemento de prueba contra Demjanjuk es un carnet de trabajo para Sobibor falsificado por la K.G.B.; el papel presenta un componente foto-químico en uso sólo a partir de los años '60, según reveló un análisis efectuado en Estados Unidos) El intrínquilis del caso es solamente que cohortes de testigos juramentados identificaron a Demjanjuk como *el monstruo de Treblinka* y con ello coadyuvaron a mostrar hasta qué punto es sensato confiar en las declaraciones de testigos en esta clase de procesos (fuente: Hans Peter Rullmann: *El caso Demjanjuk*)

Lo que cuentan los sobrevivientes del Holocausto

En *La historia de Eva* (editorial Eilhelm Heyne, 1991), Eva Schloss, hija adoptiva de Otto Frank, relata cómo su madre escapó a la cámara de gas por una coyuntura providencial. El capítulo termina con las siguientes palabras: “*Por horas ardieron esa noche los hornos del crematorio y llamas anaranjadas subían al cielo negro desde la chimenea.*” (pág. 113)

Pasajes por el estilo abundan en innumerables *informes de sobrevivientes*; las llamas que se elevaban al cielo desde las chimeneas de los crematorios pertenecen sólo al Holocausto. ¡Si alguna vez alguien pudiera aclarar a los sobrevivientes del Holocausto que de las chimeneas de los hornos crematorios no puede salir ninguna llama! Una leyenda bastante poco apetitosa, que surge en muchos de tales relatos, es la producción y uso como combustible de grasa humana que fluía de los cadáveres en llamas. En su libro *Trato especial* escribe Filip Müller: “*Junto con su asistente Eckhard bajó a una de las fosas el ingeniero de la muerte y marcó en el fondo una raya de 25 a 30 centímetros de ancho, que corría longitudinalmente por el centro. Allí se debía cavar un canal y depositar la tierra en declive a ambos lados, a fin de que por allí escurriera la grasa de los cadáveres que ardían en la fosa hasta dos recipientes.*” (pág. 207 y sig.)

¡Si se preguntara a un especialista en crematorios qué opina de eso! Este indescriptible cuento de horror se ha filtrado incluso hasta un libro *serio* como el de Hilberg (pág. 1.046) Tales ejemplos dejan ver claramente cómo se generan estas *declaraciones de sobrevivientes*: algún *sobreviviente del Holocausto* inventa alguna idiotez parecida a estas y todos los demás sobrevivientes corren a suscribirla. Por supuesto que un libro como el de una Eva Schloss o de un Filip Müller puede contener verdades. Cuando estos autores hablan de severas condiciones de trabajo, condiciones higiénicas terribles, hambre, malos tratos ocasionales o ejecuciones, todo eso puede tener base. En todo caso aquellos pasajes sobre cámaras de gas y acciones de exterminio son todos inventados.

A continuación algunos extractos de *relatos de los hechos reales* sobre el Holocausto:

Elie Wiesel sobre la masacre de Babi Jar cerca de Kiev (inventada por los propagandistas soviéticos): “*Más tarde supe por un testigo que la tierra estuvo temblando ininterrumpidamente y que esporádicamente surgían géiseres de sangre desde el suelo.*” (*Palabras de extranjero*, ediciones du Seuil, 1982, pág. 86)

Kitty Hart en su libro *Pero estoy viva*, sobre el genocidio en Auschwitz: “Con mis propios ojos presencié un asesinato, pero no el de un hombre sino el de cientos de personas, personas inocentes, que habían sido conducidas a una gran estancia, en su mayoría desprevénidos. Era una vista que no se puede olvidar jamás. Por fuera de la construcción de escasa altura había una escalera, que permitía alcanzar una pequeña abertura. Una figura en uniforme SS subió prestamente. Ya arriba el hombre se puso una máscara antigás y guantes, luego alzó la tapa con la mano derecha, sacó una lata de su bolsillo y vació el contenido, un polvo blanco, rápidamente por el agujero, y entonces cerró de inmediato la tapa. Como el rayo estuvo abajo de nuevo, tiró la escalera al pasto y corrió lejos, como perseguido por un demonio. En el mismo instante se escuchó un ruido horripilante: los gritos desesperados de seres que se asfixiaban... Después de unos cinco a ocho minutos todos habían muerto.” (citado por Stiglich en *El mito de Auschwitz*, Grabert, 1979, pág. 198)

El polvo blanco - hasta entonces desconocido para la ciencia química - parece haberse agotado en Auschwitz puesto que los SS vieron la necesidad de recurrir a otros métodos de asesinato. Esto lo describe el señor Eugène Aroneanu en su *relato de hechos verídicos*: “A 800 ó 900 metros del lugar en que se hallaban los hornos, los reclusos subían a carros que corrían sobre rieles. En Auschwitz estos carros son de diversos tamaños y pueden contener de diez a quince personas. Tan pronto está lleno, el carro es lanzado por un plano inclinado y se dirige a toda velocidad hacia un corredor. Al final del corredor hay una pared, y detrás ésta la entrada al horno. Apenas el carro se estrella contra la pared, ésta se abre automáticamente. El carro se vuelca para dejar caer su carga humana viva al interior del horno.” (Aroneanu: *Campos de concentración*, Oficina Francesa de Edición, 1945, pág. 182)

Contrariamente a todos estos relatos vividos Zofia Kossak en su libro *Del fondo del abismo*, *Señor*, describe también las cámaras de gas, sin embargo aquí el Zyklon-B no cae por agujeros desde el techo, sino que sube a través de unos orificios en el piso: “Un agudo repique, y por orificios en el piso el gas empezaba a ascender. Desde un balcón, del cual se podía vigilar las puertas, contemplaban curiosos los SS la agonía, el espanto, los estertores de los elegidos para la muerte. Para estos sádicos era un espectáculo que nunca llegaba a hastiarlos... La agonía duraba de diez a quince minutos... Poderosos ventiladores extraían el gas. Con máscaras antigás aparecían los miembros de los Einsatzgruppen, abrían la puerta, ubicada frente a la entrada donde había una rampa con varios carritos. La escuadrilla cargaba los cadáveres en los carritos, y de hecho con gran celeridad. Otros esperaban. Y a menudo sucedía que los muertos volvían a la vida. La dosis sólo los había atontado pero no los había matado. Muchas veces sucedía que las víctimas volvían en sí dentro del carro... Estos bajaban por la rampa y dejaban caer su carga directamente en el horno.” (citado por Robert Faurisson en *Respuesta a Vidal Naquet*, La Vieille Taupe, 1982, pág. 58 y 59)

Fuera de las cámaras de gas tampoco andaban muy bien las cosas en Auschwitz: “De cuando en cuando también llegaban médicos al crematorio, por lo general el Capitán Kitt y el Teniente Primero Weber. En tales ocasiones era como en un matadero. Antes de las ejecuciones ambos médicos palpaban los muslos y pantorrillas de los hombres y mujeres aún vivos, igual que comerciantes de ganado, para elegir las mejores piezas. Después del fusilamiento las víctimas eran tendidas sobre la mesa. Entonces los médicos cortaban trozos de carne aún tibia de los muslos y pantorrillas y los arrojaban en recipientes dispuestos para ese fin. Los músculos de los recién fusilados aún se movían y se convulsionaban, saltaban dentro de los cubos y hacían que estos dieran

sacudidas.” (Filip Müller: *Trato especial*, pág. 74)

El inadmisibles proceder de los ucranianos en Treblinka lo fustiga el sobreviviente del Holocausto Jankel Wiernik: “Los ucranianos estaban constantemente bebidos y vendían todo lo que podían robar en los campos, para tener más dinero y poder comprar más alcohol... Cuando ya se habían repletado las tripas y estaban totalmente borrachos, sentían la necesidad de nuevas diversiones. A menudo escogían las muchachas más hermosas entre las mujeres que hacían desfilar desnudas, las arrastraban a sus dormitorios, las violaban y después las dejaban en las cámaras de gas.” (A. Donat: *El campo de la muerte Treblinka*, Biblioteca del Holocausto, 1979, pág. 165)

La forma en que se dispuso de 800.000 o más cadáveres en Treblinka la describen varios autores. He aquí en primer lugar un pasaje del libro *Treblinka, la revuelta de un campo de exterminio* de Jean-François Steiner:

“Era rubio y enjuto, tenía un rostro amable, se comportaba con humildad, y se presentó una soleada mañana con su cajita ante el portón del imperio de la muerte. Se llamaba Herbert Floss y era especialista en cremación de cadáveres...

Al día siguiente se preparó la primera hoguera, y Herbert Floss reveló su secreto: la composición de la hoguera. Como aclaró, no todos los cadáveres ardían de la misma manera. Había buenos y malos cadáveres, incombustibles y fáciles de arder. El arte consistía en aprovechar la combustibilidad de los buenos para quemar los malos. Según sus investigaciones - aparentemente bastante extensas - los cadáveres viejos ardían tan bien como los recientes, los obesos mejor que los flacos, las mujeres mejor que los hombres, y los niños realmente mucho peor que las mujeres pero mejor que los hombres. De todo lo cual se desprendía que los cadáveres viejos de mujeres gordas eran ideales. Herbert Floss los hizo amontonar a un lado, lo mismo que los de los hombres y también los de los niños. Al tener ya unos mil cadáveres desenterrados y clasificados, se procedió a formar las pilas, para lo cual el material bueno se iba amontonando en el fondo y sobre él se esparcía el malo para arder. Floss rechazó los bidones con gasolina que le ofrecieron y pidió madera en su lugar. Su representación tenía que ser perfecta.

La madera se esparció bajo la parrilla de la pira en pequeños haces, similares a las fogatas de campaña. La hora de la verdad sonó. Le pasaron una caja de fósforos festivamente; él se inclinó, encendió el primer haz, luego los demás, y mientras los leños se convertían poco a poco en llamas se dirigió con su andar peculiar hacia los funcionarios, quienes aguardaban a cierta distancia.

Cada vez más alto lengüeteaban las llamas y ya lamían los cadáveres, como titubeantes al principio, pero luego con empuje fulgurante... De improviso la hoguera estalló en llamas. Las llamas se disparaban a lo alto, expidiendo nubes de humo, un estruendoso crepitar se dejaba oír, los rostros de los muertos se retorcieron lastimosamente, la carne reventaba. Un espectáculo dantesco. Hasta los hombres de las SS quedaron petrificados un momento y contemplaron mudos la maravilla. Herbert Floss estaba radiante. El llamear de la hoguera era la experiencia más hermosa de su vida...

Un suceso de ese calibre debía festejarse. Se trajeron mesas y se las dispuso frente a la hoguera, cubiertas con botellas de licor, vino y cerveza. El día declinaba, y el cielo del crepúsculo parecía reflejar las grandes llamas de la hoguera, allá en el horizonte, donde se hundía el sol con la magnificencia de un gran incendio.

A una señal de Lalke (apodo de uno de los comandantes de Treblinka, Kurt Franz, que literalmente significa muñeco, en yiddish) volaron los corchos, y comenzó una fiesta fantástica. El primer brindis fue por el Führer. Los operadores de las palas mecánicas habían regresado con sus máquinas. Al alzar sus vasos rebosantes los hombres de la SS, las máquinas parecieron cobrar vida, con un movimiento brusco extendieron su brazo de acero hacia el cielo como en un vibrante y rechinante saludo hitleriano. Fue como una señal. Diez veces alzaron los hombres el brazo y gritaron cada vez: Sieg Heil! Las máquinas resucitadas contestaban el saludo de los hombres-máquina y el aire se estremecía con los vítores al Führer. La fiesta no terminó hasta que se extinguió la hoguera. Después de los brindis se cantó, feroces cánticos horribles surgieron, horripilantes canciones llenas de odio, cantos por la eterna Alemania.” (Steiner: Treblinka, la revuelta de un campo de exterminio, Editorial Gerhard Stalling, 1966, pág. 294 y sig.)

Las asombrosas habilidades pirotécnicas de los nazis son descritas asimismo por Vassili Grossman en *El infierno de Treblinka*, (citado por el *Historische Tatsachen* en su N^o: 44): “*Se trabajaba día y noche. La gente que participó en la incineración de cadáveres cuenta que estos hornos semejaban volcanes gigantescos, cuyo calor terrible abrasaba las caras de los trabajadores, y que las llamas se elevaban hasta 8 ó 10 metros... A fines de julio el calor se hizo sofocante. Cuando se abrían las fosas salía el vapor como de calderas gigantes. El hedor espantoso y el calor de los hornos mataba a los hombres esmirriados, caían muertos mientras transportaban los cadáveres y ellos mismos se precipitaban a la parrilla.*”

Con bien aderezados detalles adicionales nos deleita el *confiable* sobreviviente judío del Holocausto Jankel Wiernik: “*Los cadáveres eran empapados en gasolina. Esto importaba enormes costos, y el resultado era insatisfactorio; los cadáveres masculinos sencillamente se rehusaban a arder. Siempre que aparecía un avión en el cielo se detenía la labor y se cubrían los cadáveres con hojas secas para impedir su reconocimiento desde el aire. Era una vista horrorosa, la más espantosa que haya visto jamás el ojo humano. Cuando se quemaban los cadáveres de mujeres embarazadas estallaban sus vientres y se podía ver como se calcinaban los embriones en la matriz... Los gangsters se apiñan cerca de las cenizas y se retuercen en risotadas satánicas. Sus rostros irradian un gozo verdaderamente diabólico. Hacían brindis ante la escena con bebidas alcohólicas y los más escogidos licores, comían, chacoteaban y se daban la gran vida calentándose al fuego.*” (Donat: *El campo de la muerte Treblinka*, pág. 170 y 171)

Para sobrellevar más fácilmente el estrés los alemanes y ucranianos recurrían a la música para relajarse. La *experta en Holocausto* Rachel Auerbach relata: “*Para amenizar la monotonía del asesinar, los alemanes fundaron una orquesta de judíos en Treblinka... Esto cumplía un doble objetivo: en primer lugar sus sonos apagaban dentro de lo posible el griterío y los gemidos de las personas que eran llevadas a las cámaras de gas, y luego proporcionaba entretenimiento musical al personal del campo, en la que estaban representadas dos naciones amantes de la música: la alemana y la ucraniana.*” (Donat, *Ibíd.*, pág. 44)

En qué forma se efectuaba el genocidio en Sobibor lo descubrió Alexander Pechersky en *La revuelta de Sobibor*: “*A primera vista daba la impresión de que uno entraba en una sala de baño normal: llaves para agua fría y caliente, lavabos... Tan pronto todos hubieron entrado se cerraban las puertas con gran estruendo. Desde unos agujeros en*

el cielo raso fluía una sustancia densa, negruzca, en forma de espiral...” (citado por Mattogno en *El mito de la exterminación de los judíos*)

De acuerdo a lo afirmado por los *historiadores* actuales los 250.000 asesinatos de Sobibor no fueron efectuados con una sustancia negruzca que descendía precisamente, sino que con los gases de escape de motores. Una vez más se remplace un absurdo por otro. ¿Se desea acusarnos de presentar tendenciosamente sólo pasajes no dignos de crédito? ¡Pues entonces que se cite un solo testimonio digno de crédito! ¡Uno solo!

¿Dónde están los millones desaparecidos?

Naturalmente los revisionistas deben plantearse la pregunta de qué sucedió con los judíos *desaparecidos* si no fueron gaseados, y a cuánto asciende la cantidad de víctimas judías de la guerra y de la persecución en los territorios bajo la autoridad de Hitler.

Quien espere cifras exactas en este punto se verá defraudado: entregarlas es algo imposible. Dejando de lado que la investigación libre se ve entorpecida por tabúes políticos, incontables escollos dificultan cualquier estudio sobre estadísticas demográficas judías: a la difícil pregunta de ¿quién es judío? (hoy en día, en la era de la asimilación y de los matrimonios mixtos, la diferenciación entre judíos y no-judíos es a menudo prácticamente imposible) se suma el hecho de que los Estados Unidos no censa su población judía, la notoria falta de confiabilidad de las estadísticas soviéticas y sionistas. En consecuencia hay que conformarse con aproximaciones. El más importante, y a gran distancia, de todos los estudios demográficos sobre el destino de los judíos en la Segunda Guerra Mundial es el del estadounidense de origen germano Walter Sanning.

En su trabajo que rompió esquemas, *La disolución de la judería europea oriental*, publicado en alemán como *Die Auflösung* por la editorial Grabert, Sanning procede de la siguiente manera: se apoya exclusivamente en fuentes judías y aliadas, y acepta documentos alemanes sólo cuando estos comprobadamente provienen del sector anti-nazi.

Resumiremos aquí brevemente las indagaciones de Sanning sólo en lo que concierne a los países clave de Polonia y la Unión Soviética; quien se interese por detalles o estadísticas para los demás países tendrá que conseguir personalmente el libro. Casi siempre se habla de unos 3,5 millones de judíos que vivían en Polonia. Se llega a esta cifra al ignorar las emigraciones en masa y suponiendo una alta tasa de nacimientos, ostensiblemente irreal, partiendo de los 3,1 millones que arrojó el último censo de 1931. Entre 1931 y 1939 se marcharon cientos de miles de judíos tanto por necesidad económica como por el antisemitismo polaco cada vez más agresivo. Incluso el mismo Instituto para la Historia Contemporánea de Múnich calcula en 100.000 los judíos que abandonaban Polonia cada año durante los años '30. Por lo tanto no pueden haber vivido en Polonia más de 2,7 millones de judíos en 1939 (según los cálculos de Sanning eran 2.633.000)

De estos judíos una parte considerable vivía en los territorios invadidos por la Unión Soviética en septiembre de 1939. Al repartirse Hitler y Stalin a Polonia, cientos de miles de judíos huyeron desde Occidente al este. En la Polonia occidental así como en la Polonia central anexadas al *Reich*, eventualmente conocida como la *gobernación general*, regida por Alemania, permanecieron apenas 1 millón de judíos (según Sanning eran ¡menos de 800.000!) Aquellos que quedaron bajo la autoridad del *Reich* fueron concentrados en guetos y tenían muy claro que en cualquier momento se les podía

destinar a trabajo obligatorio; su destino entonces era ya bastante oscuro sin necesidad de genocidios o cámaras de gas. Las plagas y el hambre en los guetos cobraron decenas de miles de víctimas.

Al marchar las tropas alemanas sobre la Unión Soviética en junio de 1941, la mayor parte de los judíos fueron evacuados y repartidos por todo el vastísimo territorio, un 80 % según datos oficiales soviéticos. Esto vale además para los judíos que vivían desde 1939 bajo el yugo estalinista. De los judíos soviéticos ciertamente no más de 3/4 de millón fueron a parar a la zona bajo dominio alemán. La guerra, masacres de grupos de acción y pogromos de parte de los distintos pueblos nativos significaron una alta cuota en sangre, sin embargo la gran mayoría de los judíos sobrevivió. Desde 1942 empezaron los alemanes a deportar judíos de todos los territorios conquistados hacia el este. Esta era la *solución del problema judío*. Los judíos trasplantados fueron enviados a guetos. El destino de estos deportados hasta ahora ha sido escasamente investigado; dado que estas reubicaciones geográficas contradicen el mito, las potencias vencedoras indudablemente han hecho desaparecer los documentos pertinentes o los han puesto bajo siete llaves, y las *declaraciones de sobrevivientes* de los deportados que regresaban no fueron bienvenidas, ya que ponían en ridículo la leyenda de que la judería europea había perecido en campos de exterminio. Con todo eso los exterminacionistas también reconocen las deportaciones en masa hacia Rusia; así Gerald Reitlinger en su libro *Solución final* se extiende con cierto detalle sobre el tema. El hecho de que los nazis en un momento dado, mucho después de haber decidido la aniquilación física total de la judería, todavía enviaran masivamente judíos a Rusia y allá los asentara, pasando por seis campos de exterminio que estaban trabajando a todo vapor, es algo que pertenece al ámbito de los innumerables milagros del Holocausto.

No es posible determinar el número de deportados. Según el estadístico de las SS Richard Korherr hasta marzo de 1943 eran 1.873.000. En todo caso la información de Korherr no es necesariamente confiable. En su libro *La segunda prisión babilónica* Steffen Werner trata el tema de los asentamientos judíos en la Rusia Blanca. Aún cuando hay que leer el libro con bastante recaudo, surge indicio tras indicio de que un considerable número de judíos fueron enviados a la parte occidental de la Rusia Blanca y aún seguían allí una vez terminada la guerra. De los judíos polacos que fueron tragados por la Unión Soviética, seguramente muchos prefirieron permanecer allí por su voluntad, puesto que habían perdido todos sus bienes en Polonia y al volver debían partir de cero.

Más encima en aquella época la Unión Soviética llevaba adelante una política extremadamente pro-judaica; esto vino a cambiar recién antes de la muerte de Stalin. Parece muy poco probable que un número apreciable de judíos de Europa central y occidental hayan seguido permaneciendo por su voluntad en el Imperio soviético. ¿Habrán sido detenidos algunos contra su voluntad? ¿Cuántos habrán encontrado la muerte, cuántos habrán regresado a casa y de allí a otra parte? ¿Qué sucedió, por ejemplo, con los judíos holandeses, que fueron deportados a Rusia vía Treblinka y Sobibor? ¡Puras preguntas sin aclarar! Hoy día, aproximadamente medio siglo de terminada la guerra, sería ya tiempo de ir acabando con la imbecilidad de las cámaras de gas, con la hipocresía, la mentira y la falsificación impuestas por las autoridades, de abrir los archivos y promover investigaciones serias, en lugar de enjuiciar a investigadores honestos como Faurisson, o prohibir estudios basados en las ciencias exactas como el *Informe Leuchter*, o poner en la lista negra libros como *El mito de Auschwitz*, de Stäglich.

La respuesta

Después del término de la guerra marcharon a Palestina muchos cientos de miles de judíos sin pérdida de tiempo, igual que a Estados Unidos y otros países. La descripción de estas oleadas migratorias forma parte de los aspectos más fascinantes del libro de Sanning.

Sanning muestra los caminos aventurescos que siguieron muchos judíos hasta sus nuevos hogares. Algunos vararon en Chipre o Persia, antes de alcanzar su destino deseado; otros se detuvieron por años en Marruecos o Túnez. Todos los datos están respaldados por estadísticas de población oficiales así como por citas de autores judíos.

Sanning estima en 130.000 las pérdidas judías en territorios soviéticos bajo dominio alemán, y para los Estados europeos en quizás algo más de 300.000 individuos.

Advierte, eso sí, que la cifra real de víctimas podría ser inferior incluso hasta en unos cientos de miles. A nosotros nos parece decididamente más creíble la segunda posibilidad que la primera. Es muy altamente improbable, aunque debido a las incontables incertidumbres no descartables, que la cantidad de pérdidas de individuos del pueblo judío llegue a cerca del millón, cifra de la cual parte Rassinier, el pionero del revisionismo.

La cifra de los 6 millones

¡La cantidad mítica de 6 millones de judíos sacrificados emerge ya en 1942 en la propaganda sionista! El 9 de mayo de 1942 Nahum Goldmann, más tarde presidente del Congreso Mundial Judío, pronosticó que de los 8 millones de judíos que habían caído bajo el dominio hitleriano sólo 2 ó 3 millones sobrevivirían a la guerra.

De ahí en adelante todas las estadísticas demográficas fueron prostituidas todo lo necesario hasta por lo menos acercarse a la cifra prefijada. Para ese fin los falsificadores de la Historia proceden como sigue:

- 1) Pasan por alto las colosales emigraciones previas al inicio de la guerra, más aún en Alemania y Austria.
- 2) Ignoran la no menos apreciable emigración judía durante la guerra.
- 3) Parten de los recuentos posteriores a la guerra, realizados en 1946 ó 1947, o sea después de las emigraciones de cientos de miles de judíos a los territorios extra-europeos.
- 4) Se abstienen de considerar las evacuaciones masivas de judíos soviéticos luego de la invasión alemana, reconocidas ampliamente por las fuentes soviéticas, y callan la huida de gran parte de los judíos polacos a la Unión Soviética.
- 5) Todos los judíos deportados por los alemanes a Rusia, y que permanecieron allí, son declarados muertos. A las víctimas del Holocausto se agregan los judíos muertos en las deportaciones estalinistas y en los campos de trabajos forzados bolcheviques, así como los soldados aliados de origen judío caídos en combate.

6) Y con pequeñeces tales como las tasas de nacimientos negativas a causa de la emigración de sus jóvenes, los exterminacionista declinan familiarizarse.

Con ayuda de dos casos como ejemplo demostraremos como trabajan los falsificadores de la Historia:

Primer ejemplo:

Un judío polaco emigra durante los años '30 a Francia, igual que decenas de miles de sus correligionarios. Allí es apresado en 1942 y encerrado en un campo de concentración. Durante la ocupación alemana fueron deportados 75.721 judíos franceses según el erudito sionista Serge Klarsfeld. Más de 2/3 de esos judíos poseían pasaporte extranjero, puesto que Pétain se oponía enérgicamente al traslado de ciudadanos franceses. A objeto de poder elevar lo más posible el número de muertos entre estos deportados, Klarsfeld declara como muertos, en su *Memorial de la deportación de judíos de Francia*, a todos aquellos que no se habían apersonado al ministerio de Veteranos de Guerra. ¡Pero tal trámite no era obligatorio! Más encima muchos de los judíos extranjeros que regresaron se marcharon de inmediato a Palestina, Estados Unidos u otros lugares. Supongamos que el judío mencionado en nuestro ejemplo después de su regreso del campo de trabajo emigró a Sudamérica. Él figura entonces dos veces en las estadísticas del Holocausto: en primer lugar pertenece a aquellos judíos que aún vivían en Polonia para el último censo de 1931, pero ya no después de la guerra, ni fue gaseado, y en segundo lugar no se presentó antes de fines de diciembre de 1945 al ministerio de Veteranos de Guerra y en consecuencia se convirtió en uno de los judíos franceses gaseados. ¡Dos muertos más para las estadísticas del Holocausto!

Segundo ejemplo:

Una familia judía, llamémosla Süßman, es apresada por los *nazis* en 1942. El esposo es enviado a trabajar en un campo y la mujer con dos niños instalada en un gueto, donde inicia una nueva vida en concubinato. Después del fin de la guerra se va la mujer con sus hijos y su nueva pareja a Israel y allá se casa. Ella denuncia a su primer marido como desaparecido, con lo que él ingresa a las estadísticas del Holocausto. En realidad él emigró en 1945 a Estados Unidos, donde registra a su mujer e hijos como fallecidos. Pero si a alguien se le ocurriera indagar por un tal Jakob Süßman en Estados Unidos sus esfuerzos serían vanos, pues Jakob Süßman ya no existe. Como ejemplo, veamos un aviso mortuario del diario judío en alemán *Aufbau* de Nueva York del 19 de marzo de 1982: “*El 14 de marzo de 1982 falleció repentinamente nuestro querido, buen padre, suegro y abuelo James Sweetman (nuestro Süßman), originario de Danzig...*”

Otros ejemplos tomados del *Aufbau* para tales cambios de nombre se encuentran en el N^o 52 de *Historische Tatsachen*: de Königsberger Sale King, de Oppenheimer Oppen, de Malsch Maier, de Heilberg Hilburn, de Mohrenwitz Moore, de Günzburger Gunby.

La familia Süßman ha contribuido entonces con cuatro nombres para las estadísticas del Holocausto, aunque todos los cuatro sobrevivieron a la guerra.

La clave para resolver la cuestión demográfica está en la Unión Soviética

Según el censo de principios de 1939 en aquella época vivían en la Unión Soviética algo más de 3 millones de judíos. Ya en aquel momento apenas podría hablarse de un crecimiento natural de este sector de la población a causa de la bajísima tasa de nacimientos y la creciente tendencia a la asimilación de esta minoría judía. El primer censo con posterioridad a la guerra arrojó por cierto sólo 2.267.000 judíos soviéticos, sin embargo todos los sionistas están acordes en que esta cifra es muy lejana de la realidad; en aquel tiempo reinaba en la Unión Soviética un clima profundamente anti-sionista, y quien se declarara judío quedaba expuesto a vejaciones. Adicionalmente muchos judíos ya no se sentían ni se reconocían como tales, sino más bien como rusos, ucranianos, etc., y en los censos soviéticos cada uno podía dar la nacionalidad que le pluguiera.

Incluso después de las emigraciones masivas de judíos soviéticos a Israel y Estados Unidos las fuentes judías e israelitas contabilizaban sobre 4 millones de judíos soviéticos, y el 1 de julio de 1990 informaba el *New York Post*: “*Hasta ahora se pensaba que en la Unión Soviética vivían de 2 a 3 millones de judíos. Sin embargo emisarios israelitas, que pudieron viajar libremente a la Unión Soviética gracias a las mejores relaciones diplomáticas, informan que la cifra real pasa de los 5 millones.*”

En caso de que esta cifra sea correcta, antes de comenzar la oleada migratoria, o sea a fines de los años '60, cerca de 6 millones de judíos deben haber vivido en la Unión Soviética, un superávit de más o menos 3 millones si lo miramos estadísticamente. Con ello se prueba irrefutablemente que gran parte de los judíos polacos *gaseados* así como los de otros países europeos (sobre todo Rumania y los Países Bálticos), fueron absorbidos por la Unión Soviética.

Las asombrosas habilidades matemáticas de la claque falsificadora de la Historia se muestran en la recopilación publicada en 1991 por Wolfgang Benz, *Dimensión del genocidio*, en cuanto incluye una nota de un tal Gert Robel sobre la Unión Soviética.

De acuerdo con Robel vivían en la Unión Soviética antes de empezar la guerra germano-bolchevique más de 5 millones de judíos, lo cual se corresponde muy ampliamente con la cifra calculada por Sanning. Luego 2,8 millones de judíos habrían sido masacrados por los alemanes según Robel.

Durante la guerra encontraron la muerte, principalmente a causa de las evacuaciones masivas ordenadas por Stalin y su política de tierra arrasada, por lo menos un 12 % de la población soviética, y no hay razón plausible para que el porcentaje de las víctimas judías haya podido ser inferior. Por lo tanto de los 2,3 millones que, según Robel, sobrevivieron el genocidio alemán, unos 280.000, y quizás más, murieron por otros motivos originados por la situación de guerra. En 1945, por ende, siguiendo al señor Robel, a lo máximo pueden haber vivido 2.020.000 judíos (probablemente muchos menos) ¿Cómo es que estos lograron casi triplicarse a fines de los años '60, considerando las bajas tasas de nacimientos y la creciente tendencia a la asimilación.

Naturalmente la enclenque recopilación de Benz fue aclamada por los medios como una obra maestra de la ciencia.

Destinos individuales

Que en los campos de concentración hubo realmente innumerables muertes por epidemias y privaciones, pero ningún exterminio sistemático, lo demuestran muchos

destinos individuales. Primo Levi se unió a los partisanos tras la ocupación de Italia por Alemania. Cayó prisionero y se declaró abiertamente judío. Los *nazis* lo enviaron a realizar trabajos forzados en Auschwitz.

Sobrevivió y después de su liberación escribió un libro: *Si esto es un hombre*.

Al judío austríaco y socialista de izquierda Benedikt Kautzky le correspondía la muerte por partida doble, de acuerdo al cliché.

Permaneció siete años en campos de concentración: Dachau, Buchenwald, Auschwitz y de nuevo Buchenwald. Después de la guerra escribió su libro *Demonios y malditos*.

Su madre murió a los ochenta años en Birkenau en diciembre de 1944. El que se encerrara a personas tan ancianas es una infamia, pero no implica una voluntad de exterminio: la señora Kautzky recibió atención médica; tampoco es seguro si hubiera seguido viviendo en libertad dadas las pésimas condiciones durante el último invierno de la guerra. Otto Frank y sus hijas Ana y Margot sobrevivieron Auschwitz. Ana y Margot fueron trasladadas a Belsen, donde murieron a principios de 1945, aparentemente a causa de fiebre tifoidea. Otto Frank murió de viejo en Suiza.

En el libro *La paradoja judía* (Organización Editorial Europea, 1978, pág. 263), escribe Nahum Goldman, presidente por años del Congreso Mundial Judío: “*Pero en 1945 había 600.000 judíos sobrevivientes de los campos de concentración que ningún país quería aceptar.*” Si los *nazis* deseaban exterminar a los judíos ¿Cómo pudieron sobrevivir 600.000 judíos en los campos de concentración? ¿Los *nazis* dispusieron entre la Conferencia de Wannsee y el fin de la guerra de 3 años y 3 meses para su labor de exterminio de los judíos! Echemos una mirada a la larga lista de nombres de judíos prominentes que sobrevivieron a Auschwitz u otros campos de concentración y cárceles alemanas. Entre otros muchos encontramos a:

- 1) Léon Blum, cabecilla del gobierno del frente popular en la Francia de la pre-guerra.
- 2) Simone Veil, más tarde presidenta del parlamento europeo.
- 3) Henri Krasucki, más tarde el número dos de la organización sindical francesa C.G.T.
- 4) Marie-Claude Vaillant-Couturier, más tarde miembro del comité central del partido comunista de Francia.
- 5) Jozef Cyrankiewicz, más tarde presidente del gabinete polaco.
- 6) Dov Shilanski y Sheevach Weiss, anterior y actual presidentes del *Knesset* (parlamento israelí)
- 7) Georges Charpak, Premio Nobel de Física en 1992.
- 8) Roman Polanski, director de cine.
- 9) Leo Baeck, en opinión de muchos, el más grande de los rabinos del siglo.
- 10) Jean Améry, filósofo.
- 11) Samuel Pisar, escritor francés.

- 12) Jurek Becker, escritor nacido en Alemania.
- 13) Erik Blumenfeld, político de la unión demócrata cristiana.
- 14) Hermann Axen, político socialista.
- 15) Paul Celan, lírico (escribió, entre otros: *La muerte es un maestro en Alemania*)
- 16) Simon Wiesenthal, *cazador de nazis*.
- 17) Ephraim Kishon, satírico.
- 18) Heinz Galinski e Ignatz Bubis, presidentes del Consejo Central de la Judería en Alemania.
- 19) Georges Wellers, Hermann Langbein y Shmuel Krakovski, todos coautores del libro colectivo *Asesinatos masivos nacionalsocialistas con gas venenoso*.
- 20) Elie Wiesel.

Respecto de este último personaje, el ex-recluso de Auschwitz Elie Wiesel, sabemos que en enero de 1945 sufrió una dolencia en su pie y que por ello se encontraba incapacitado para trabajar, por lo que, en consecuencia, estaba condenado a la muerte. Pero no, fue al hospital y se le otorgó atención médica. Entretanto el ejército bolchevique se acercaba. A los reclusos se les informó que los sanos serían evacuados y los enfermos podían quedarse, si así lo deseaban. Elie y su padre pertenecían a los enfermos. ¿Y qué elección prefirieron ambos? ¿Se quedaron y esperaron a los liberadores? ¡No! se unieron voluntariamente a los alemanes, esos mismos alemanes que ante los ojos de Elie habían arrojado bebés en una fosa ardiente y los adultos en otra más grande, pasando el rato durante horas ante el espectáculo. Véase sino el libro *La noche* o la versión alemana falsificada por Curt Meyer-Clason: *Enterrar la noche, Elisha*.

Se dice que la meta de Hitler era el exterminio de los judíos. Se dice también que en la Conferencia de Wannsee, el 20 de enero de 1942, se decidió el exterminio de los judíos. Esto se les inculca a nuestros niños en la escuela. Si los profesores de Historia y los textos de Historia estuvieran en lo cierto, no podría haber habido 600.000 ex-reclusos de campos de concentración vivos en mayo de 1945, en todo caso quizás 600. Seguramente menos. El III *Reich* era un Estado policial muy eficiente.

Mientras, según Goldman, sobrevivieron 600.000 judíos en los campos de concentración, murieron probablemente entre 200.000 y 300.000 judíos en los mismos campos por enfermedad, y en los caóticos últimos meses de guerra, también de hambre. La tragedia del pueblo judío ya era bastante desastrosa sin necesidad de cámaras de gas.

El reencuentro de los Steinberg

El diario *State Time* (Baton Rouge, Louisiana, Estados Unidos), del 24 de noviembre de 1978 informa:

“Alguna vez los Steinberg vivieron en un pequeño villorrio judío de Polonia. Eso fue antes de los campos de la muerte de Hitler.

Ahora se ha encontrado aquí un abigarrado grupo de sobre doscientos sobrevivientes y sus vástagos, para celebrar juntos en una fiesta de cuatro días, que comenzó muy oportunamente el Día de Acción de Gracias. Vinieron parientes de Canadá, Francia, Inglaterra, Argentina, Colombia, Israel y al menos de trece Estados de Norteamérica.

Es fantástico, manifestó Iris Krasnov, de Chicago, aquí se han juntado cinco generaciones, desde una beba de tres meses hasta adultos de ochenta y cinco años. La gente llora de felicidad y experimentan un momento maravilloso.

Es como una reunión de fugitivos de la Segunda Guerra Mundial.

Sam Klaparda de Tel Aviv estaba enmudecido, al ver en el salón del hotel Marriot del Aeropuerto Internacional de Los Angeles un imponente árbol genealógico de la familia.

Es fabulosa la cantidad que tengo de parientes, dijo...

Para la madre de Iris, Hélène, que emigró de Polonia a Francia y de allí a los Estados Unidos, la reunión representaba un fausto acontecimiento.

No puedo creerlo, que tantos hayan sobrevivido al Holocausto, dijo...

Encontramos aquí tanta vida, una nueva generación. Es maravilloso. Si Hitler lo supiera, se daría vueltas en su tumba, continuó...” (citado según Serge Thion: ¿Verdad histórica o verdad política?, La Vieille Taupe, 1980, pág. 325 y 326)

De los cientos que los Steinberg no pudieron localizar, seguramente muchos murieron bajo el dominio alemán. Otros viven, como los reunidos, repartidos en los más diversos países del mundo occidental, de Israel a Argentina, pasando por Estados Unidos.

Muchos más viven en algún lugar de la inconmensurable Rusia, o murieron de muerte natural.

Un Holocausto no les bastó a los reeducadores

Para los reeducadores el genocidio inventado de 6 millones no fue suficiente. Por eso inventaron además un genocidio de 500.000 gitanos. Sobre este escribe Sebastian Haffner en un libro elogiado por la crítica más arriba de las nubes: *“A partir de 1941 los gitanos fueron sistemáticamente exterminados en los territorios orientales ocupados, igual que los judíos que allí habitaban. Este genocidio no ha sido... ni aún más tarde explorado aisladamente. No se hablaba mucho de él, cómo se realizó, y hasta hoy mismo no se sabe mucho más sobre él, más que sí se realizó.”* (Observaciones a Hitler, Editorial de Bolsillo Fischer, 1981, pág. 130)

Por lo tanto no hay pruebas del genocidio de gitanos, ¡pero se sabe que sí existió! En profundidad se ocupa Udo Walendy en el N^{ro}. 23 de *Historische Tatsachen* del tema del Holocausto imaginario de los gitanos. Se sobreentiende que el ejemplar en cuestión, así como una serie de otros, fue prohibido por la censura del *Estado alemán más libre de la Historia*, aunque no se probara la falsedad de una sola frase de Walendy. *“Ningún libro denuncia su martirio, ninguna monografía describe su marcha hacia las cámaras de gas o bajo los comandos de ejecución del III Reich”*, se conduce el N^{ro}. 10 del *Spiegel* de 1979 de la inexistencia de tales documentos sobre la muerte de medio millón de gitanos.

No es de extrañar en modo alguno, puesto que tal genocidio sólamene ha existido en la imaginación de los reeducadores y de los falsificadores de la Historia.

El juicio de Robert Faurisson sobre la leyenda del Holocausto

Por de pronto parece incomprensible que una leyenda tan abominable como la del gaseamiento de millones de inocentes sea encubierta con censura y con terror por un sistema democrático. A primera vista parece aún más incomprensible que se aferren encarnizadamente al mito horripilante precisamente aquellos para quienes el fin de la mentira del siglo debiera significar la liberación de una pesadilla, a saber, los judíos y los alemanes.

Se mantiene viva la mentira con máxima violencia, pues la irrupción de la verdad histórica, por monstruosa, significaría una catástrofe inconmensurable e irreparable para muchos seres monstruosamente poderosos.

Robert Faurisson, quizás el que más ha contribuido a la exposición del mayor engaño en la historia de la humanidad (sin él no habría aparecido el *Informe Leuchter*), redactó una tesis de sesenta palabras, cuya traducción ampliada sería como sigue: “*Las supuestas cámaras de gas de los nazis y el supuesto genocidio de los judíos son una y la misma mentira histórica, utilizada para una represión política y financiera gigantesca. Los principales propulsores de este fraude son Israel y el sionismo internacional. Las principales víctimas son el pueblo alemán - ¡no así su clase gobernante! -, los palestinos en su totalidad y, no menos, la nueva generación de los judíos, que se ve crecientemente encerrada en un gueto psicológico por la religión del Holocausto.*”

¿Cómo se ganan millones contando historias?

Desde 1952 - según el N^{ro}. 18 del *Spiegel* de 1992 - la República Federal Alemana ha pagado tanto a Israel como a organizaciones sionistas e individuos judíos la suma de 85.400 millones de marcos.

Una ínfima parte de esta suma fue a ex-reclusos de campos de concentración; la justicia moral de esos pagos no se discute. La mayor parte de esa plata se pagó como compensación por cámaras de gas abiertamente inventadas a un Estado que ni siquiera existía cuando se habría cometido el supuesto crimen. Nahum Goldman escribe en *La paradoja judía*, pág. 171: “*Sin los pagos por reparaciones de los alemanes occidentales, que ingresaron en los primeros diez años de la fundación de Israel, el Estado no poseería ni la mitad de su infraestructura actual: todos los trenes, todos los barcos, todas las plantas de electricidad así como buena parte de la industria tienen origen alemán.*”

De qué extrañarse entonces que en la página 180 Goldman se burle socarronamente del asunto: “*Deseo contarles ahora dos episodios que corresponden al capítulo ¿Cómo ganar millones contando historias...?*”

Adicionalmente el Holocausto les sirve de instrumento irremplazable para asegurarse la protección incondicional de Estados Unidos. Los perjudicados con esta política son los palestinos.

Son las principales víctimas de este ídolo llamado Holocausto y habitan por décadas, como consecuencia de las cámaras de gas inventadas por los sionistas, en campos de refugiados miserables.

Por último, el Estado israelí, así como las organizaciones sionistas internacionales, se sirven del Holocausto para mantener a los judíos en todo el mundo en un estado permanente de histeria y delirio de persecución que les obliga a permanecer

cohesionados.

Básicamente hay sólo un vínculo que une a todos los judíos del mundo, askenazis y sefarditas, devotos y ateos, izquierdistas y derechistas: el temible trauma del Holocausto, la sorda decisión de nunca más dejarse conducir como ovejas al matadero.

De este modo el Holocausto se transformó en una pseudo-religión, en la cual puede creer hasta el más recalcitrante de los agnósticos judíos, y las cámaras de gas se convirtieron para los judíos en el altar más sagrado del mundo.

Sin embargo aún esta no es la causa principal para que se deba mantener vigente a toda costa la mentira, desde la óptica israelita y sionista. El día en que llegue a desinflarse el fraude habrá sonado la hora cero para Israel y para los judíos de todo el mundo. Igual que los alemanes (y austriacos), los judíos preguntarán a sus dirigentes: “¿Por qué nos habéis mentado día tras día?” La pérdida de confianza que sufrirá todo el *establishment* judío e israelita - políticos, rabinos, escritores periodistas, historiadores -, no podrá remediarse jamás. Bajo estas circunstancias la casta dirigente israelita y judía está atada a la de los alemanes en un mismo y terrible corredor del destino: ambas se han enredado en una telaraña de mentiras de la cual no hay escapatoria posible, e intentan desesperadamente de posponer por todos los medios el día X.

¿Por qué el establishment alemán y el austríaco temen a la verdad histórica como el diablo al agua bendita?

Que los políticos e intelectuales alemanes y austriacos avalen la leyenda del Holocausto parece a primera vista una prueba de su veracidad. ¿Por qué, se preguntarán, estos hombres tienen que agobiar a sus propios pueblos con atrocidades inventadas? Ya hemos visto como la República Federal Alemana adoptó la visión histórica de los vencedores tanto por razones de política interna como exterior.

Por una parte los políticos e intelectuales alemanes deseaban reeducar a su pueblo, restregándole constantemente en la cara la barbarie del nacionalsocialismo, por otra parte el Estado germano-occidental deseaba perfilarse como subordinado número uno de Estados Unidos y evitarse una incesante campaña anti-alemana de los medios estadounidenses controlados por el sionismo.

Ahora bien, una campaña mesurada de Holocausto y cámaras de gas habría sido suficiente para los conservadores germano-occidentales. Auschwitz dos veces al mes les habría bastado, pero pronto se apoderó del tema la izquierda, a la cual le interesaba desarraigar totalmente cualquier sentimiento de nacionalidad; la prensa, la televisión, pastores y profesores le servían al pueblo. Auschwitz tres veces al día. Los conservadores no podían hacer nada, pues de inmediato se les habría culpado de tratar de exculpar a Hitler. Ahora están atrapados junto con los izquierdistas en una trampa sin salida: políticos desde la unión social cristiana hasta los verdes, hombres de prensa, escritores y no menos los *historiadores*, que por décadas recibieron un pago por suscribir los unos la basura de los otros y por falsificar la Historia a fin de criminalizar a su propio pueblo, quedarían todos librados a la abominación sin límites y el máximo desprecio de sus coterráneos. El estrato dirigente y formador de opinión de un Estado se encuentra hoy de espaldas a la pared y trata desesperadamente, de aplazar el día de la rendición de cuentas tanto como sea posible, a través de la más completa censura de prensa que haya habido en toda la Historia, a través de una propaganda del Holocausto cada vez más incisiva (¡hoy se escribe muchísimo más sobre el Holocausto que hace

diez o veinte años atrás!), y finalmente también a través de una serie de procesos contra los revisionistas, en los cuales sólo se esgrime como argumento el que la muerte de 6 millones de judíos es un hecho probado. Tales medidas se aplican en Austria, donde el comportamiento de la casta directriz ha seguido los más aberrantes caminos.

Cualquier austriaco que pruebe que las cámaras de gas de Auschwitz no pudieron funcionar, de acuerdo a las leyes de la física y de la química, arriesga una pena de cárcel de diez años.

¿Por qué a gobernantes y formadores de opinión en las democracias occidentales les interesa que se siga mintiendo?

Para los detentadores del poder en las democracias occidentales, además de Alemania y Austria, el fin de la leyenda no sería fatal, pero sí muy desagradable en gran medida, si se llegara a quebrantar indefinidamente la confianza del pueblo en el sistema democrático: ¿pues qué clase de democracia es aquella que persiste en una estafa de estas dimensiones con métodos propios de un Estado policial primitivo? Las consecuencias serían devastadoras en especial para los izquierdistas, cuyo objetivo final es la creación de una *sociedad multicultural* mediante la inmigración tercermundista masiva forzada; esto es, la paulatina desaparición de los pueblos originarios. El Holocausto representa para ellos su carta de triunfo, pues toda suerte de patriotismo, según ellos, finalmente conduce a un Auschwitz. Para nuestros historiadores, periodistas e intelectuales el fin del Holocausto sería una debacle sin igual. A fin de cuentas ¿se han desollado los dedos escribiendo sobre el asesinato de los 6 millones de judíos! ¡Qué tal ridículo no harían si la verdad llegara a salir a la luz! Por eso no hay que extrañarse que se aplique la censura con máxima estrictez, al quebrar lanzas por las cámaras de gas, los hombres de prensa y los historiadores se están jugando su propia existencia.

¿Por qué casi todos los no involucrados en el Holocausto lo creen?

Toda persona que haya crecido en la sociedad occidental ha escuchado, desde su infancia, del exterminio de los judíos. Bajo estas circunstancias toda duda al respecto debe parecer por de pronto tan absurda, como la cuestión de si hubo o no una Segunda Guerra Mundial. Incluso quienes se ven confrontados a las pruebas del fraude, en la mayoría de los casos y tras años de lavado cerebral, no son capaces ya de cambiar su opinión. Por supuesto que hay unos pocos que saben, o al menos intuyen, que se les engaña, pero no se arriesgan a expresarlo en voz alta ya que conocen el precio, debido a que la democracia liberal ha determinado para tal herejía una batida persecutoria incesante de parte de los medios de prensa, un terror extendido incluso a sus familiares, su estrangulamiento laboral o profesional y, en algunos países, multas y encarcelamiento.

¿Es perjudicial para la mayoría de los judíos el fin de la mentira del Holocausto?

Para los dirigentes del Estado de Israel y las organizaciones sionistas el triunfo de la verdad histórica significará una catástrofe de enormes proporciones. Para la aplastante mayoría de los judíos, sobre el 99 %, que creen el Holocausto, dado que se les miente

en igual forma que a los no-judíos, la explosión del fraude por los aires será una liberación: la idea de que 6 millones de sus correligionarios fueron exterminados sólo por ser judíos, y la interminable angustia de que tal tragedia vuelva a suceder, debe ser para los judíos una pesadilla interminable. Tal como escribe Robert Faurisson: “*La mentira del Holocausto encierra a los judíos en un gueto invisible que los separa del resto de la humanidad.*”

Si cayeran los muros de ese gueto esa sería una bendición para el pueblo judío en su totalidad.

¿Por qué debemos derrotar la mentira del Holocausto?

Debemos extirpar la mentira del Holocausto desde sus mismas raíces por cuanto un fraude tan monstruoso infesta el mundo.

Debemos derrotarla porque implica una desvergonzada falsificación de la Historia. En todas las guerras sufren y mueren los hombres, y en la Segunda Guerra Mundial sufrieron y murieron más hombres que nunca antes. Sólo en Leningrado murieron de inanición 1 millón de rusos durante el sitio; los polacos vieron desplomarse su capital entre escombros y cenizas mientras 180.000 de sus habitantes perecían entre los restos; en los absolutamente injustificables bombardeos de Dresden poco antes del fin de la guerra murieron calcinados por los menos 130.000 seres humanos, probablemente el doble de esa cantidad.

Leningrado, Varsovia y Dresden son tres nombres simbólicos que representan a un total de más de 40 millones de muertos. Sin embargo, se habla mucho más del sufrimiento y de las víctimas de un pueblo determinado que de todos los demás pueblos juntos, y las pérdidas de ese pueblo se multiplican de seis a doce veces.

Debemos derrotar la mentira porque no podremos construir una Europa con pueblos que posean igualdad de derechos, mientras uno de los pueblos europeos sea difamado día tras día mediante un genocidio en cámaras de gas inventado. Y, finalmente, debemos derrotarla porque ya nos tiene enfermos y corroe nuestra voluntad de auto-afirmación, y en salvaguardia de nuestros legítimos intereses. La absurda política de asilo e inmigración de muchos Estados europeos, que debe conducir a problemas étnicos insolubles y a un definitivo retroceso de los pueblos originarios, tiene sus raíces en la mentira del Holocausto: ¿debido a que nosotros no movimos un dedo en el momento indicado, para salvar a los judíos de las cámaras de gas, como penitencia hoy estamos obligados a recibir un número ilimitado de inmigrantes de entornos culturales extraños!

Esta política de complejo de culpa y de auto-destrucción nos está llevando al abismo.

¿Puede sobrevivir este siglo la mentira del siglo?

Aparentemente no, y si lo hiciera, sería en todo caso por pocos años. Hasta ahora nunca en la Historia los gobernantes han logrado enterrar una verdad adversa mediante la censura y el terror. La visión copernicana del mundo se impuso a pesar de la Inquisición. La teoría darwinista del origen de las especies fue escarnecida durante largo tiempo, más hoy es generalmente aceptada. De modo que las medidas represivas de las autoridades y la censura impuesta por los medios podrán efectivamente aplazar el triunfo del revisionismo, pero no impedirlo, y en un lapso previsible las cámaras de gas serán arrojadas al lugar que pertenecen: al basurero de la Historia.

El dogma del Holocausto: alucinación del siglo XX

La mentira del Holocausto es obscena. Constituye, en su primitivismo deplorable, una ofensa para todo aquel capaz de pensar y que conoce los hechos. Apenas si pasa un día en que no aparezca en los diarios el relato de algún *sobreviviente del Holocausto*; si los alemanes hubieran deseado realmente exterminar a los judíos, muy difícilmente alguno de esos individuos habría sobrevivido a mayo de 1945.

Los *historiadores* nos cuentan que fueron asesinados con Zyklon-B 1 millón de judíos en Auschwitz y con gases de escape Diesel un total de 1,4 millones en Belzec y Treblinka. Los muertos en Auschwitz en su mayoría y los de Belzec, Treblinka, Chelmno y Sobibor sin excepción, fueron calcinados al aire libre sin que quedaran cenizas ni restos de huesos. Este edificio de mentiras pudo haber sido derribado sin más por el gobierno de la República Federal Alemana en 1949 con sólo encargar tres informes técnicos gastando un par de miles de marcos: el primero a un especialista en eliminación de plagas familiarizado con el uso del Zyklon-B, el segundo a un fabricante de motores Diesel, y el tercero a un especialista en cremaciones. El primer experto habría revelado que las *declaraciones de testigos* y las *confesiones de los hechos* sobre asesinatos masivos con Zyklon-B contradicen las leyes de la naturaleza; el segundo habría aclarado que asesinatos masivos mediante los gases de escape de un motor son teóricamente posibles a condición de vencer una larga serie de impedimentos, pero en la práctica son impensables, puesto que cualquier motor a gasolina convencional es un arma mil veces más mortal que un motor Diesel; el tercero habría determinado categóricamente que la historia de la disposición sin huellas visibles de millones de cadáveres al aire libre es un completo absurdo. Tres informes periciales, confeccionados en 1949, habrían ahorrado al mundo una propaganda estúpida durante décadas sobre el Holocausto.

Los historiadores futuros sin duda llegarán a la conclusión que la historia del Holocausto del siglo XX equivale exactamente a la locura brujeril de la Edad Media. En el Medioevo toda Europa, incluidos sus espíritus más selectos, creían en brujas. En innumerables procesos las brujas conocieron de su desvergonzada impudicia sólo al ser inculpadas de sus relaciones lujuriosas con el demonio. Gracias a sus *confesiones* se averiguó que *el miembro de Satanás era escamoso y su semen helado como hielo*. Con ayuda de experimentos científicos exactos, investigadores beneméritos pudieron demostrar que ciertas brujas no abandonaban sus lechos, mientras volaban en sus escobas la Noche de Walpurgis hasta ser poseídas por el amo de las tinieblas. Esto significaba que no era su cuerpo el que surcaba los aires sobre la escoba, sino su otro yo, su alma. Miles de herejes ateos, igual que las brujas, a causa de un pacto con el susodicho, terminaron en la hoguera; el texto de ese pacto pudo reconstruirse gracias al diligente trabajo de severos tribunales al servicio del Estado. Legiones de testigos dignos de crédito confirmaron estos postulados científicos mediante sus declaraciones juramentadas. Los libros sobre brujas, demonios, infiernos y magia llenaban extensas bibliotecas.

En nuestro siglo, el siglo de Einstein, de la fusión del átomo y de los vuelos a Saturno, creen doctores en jurisprudencia, catedráticos de Historia, intelectuales con conocimientos enciclopédicos de la literatura mundial, editores de renombradas revistas informativas de Hamburgo, reporteros estrella de semanarios mundiales, docentes en filosofía, teólogos papistas y anti-papistas por igual, así como escritores alemanes con sostenida aspiración al Premio Nobel, que las duchas de Majdanek sirvieron para

asesinar a 360.000 judíos, que de las regaderas caían pellets de Zyklon-B, que luego se gasificaban instantáneamente, y este gas, a pesar de ser más liviano que el aire, descendía hasta el piso y *corroía los pulmones de los infelices* (profesor Kogon) Ellos creen, que el Dr. Josef Mengele envió personalmente a 400.000 judíos a la muerte por gas mientras silbaba melodías de Mozart. Ellos creen que el ucraniano Ivan Demjanjuk arrojó a golpes a 800.000 judíos dentro de las cámaras de gas de Treblinka, después de haberles cortado las orejas, donde fueron asfixiados con los gases de escape del motor Diesel de un tanque ruso averiado, casi chatarra. Ellos creen, que dentro de la cámara de gas de Belzec se paraban treinta y dos personas en un metro cuadrado. Ellos creen, que los *Einsatzgruppen* de Auschwitz se precipitaban sin máscara al interior de una cámara saturada de ácido sulfúrico apenas media hora después de haberse gaseado allí a 2.000 personas, llevando cigarrillos encendidos y sin sufrir daños en su salud. Ellos creen que es posible practicar genocidios con un gas explosivo directamente al lado de un horno crematorio, sin que el edificio en el cual esto se lleva a cabo vuele por los aires, que se puede incinerar millones de cadáveres sin que quede ni medio kilo de cenizas, que al quemar cadáveres fluye grasa y que los SS lanzaban a lactantes en medio de esta grasa humana hirviente, que Rudolf Höss visitó en junio de 1941 el campo de Treblinka inaugurado en julio de 1942, que Simón Wiesenthal sobrevivió a doce campos de concentración sin que se le matara en siquiera uno de esos doce campos, que es posible seguir la agonía de 2.000 personas en una cámara de gas de 210 metros cuadrados a través de un hoyito en la puerta sin que la persona que quedó dentro justo frente al hoyito le impida la visión. Ellos creen que Hitler a comienzos de 1942 ordenó el exterminio total de los judíos y no llegan a dudar de ello ni por un momento mientras leen a Nahum Goldman, el que declara que hubo 600.000 judíos sobrevivientes a los campos de concentración. Ellos creen en todas estas cosas con un fanatismo religioso, incondicional, y el que se atreva a dudar se hace culpable del peor de los crímenes que pueda existir en los años '90 de nuestro siglo.

¡Finalmente todo esto ha sido probado en impecables procesos judiciales a través de testigos oculares dignos de crédito y a través de confesiones de los hechores! Los libros sobre el Holocausto llenan bibliotecas, bandas de *cagatintas* y productores de basura cinematográfica se ceban en el Holocausto. Claude Lanzmann se hizo mundialmente famoso con su película en que se mostraba como diecisiete barberos cortaban el cabello a setenta mujeres desnudas en una cámara de gas de 4 x 4 metros; *historiadores* como Poliakov, Hilberg, Langbein, Jäckel, Friedländer, Scheffler y Benz deben sus laureles académicos a las cámaras de gas, y en muchas escuelas de Estados Unidos los *estudios del Holocausto* son asignaturas obligatorias, a los cuales se otorga el mismo valor académico que a la física o a la geometría.

Cuando el absurdo haya quedado atrás y la humanidad haya despertado de su pesadilla, sentiremos una vergüenza descomunal, sin límites, de que se haya podido creer en algo así.

Anexo: Quince preguntas a los exterminacionistas

Quienquiera crea en el Holocausto y en las cámaras de gas debiera estar capacitado para contestar las siguientes quince preguntas. Plantee usted las siguientes preguntas a historiadores, periodistas y otras personas que se hayan interesado por el destino de los judíos durante el III *Reich* y defiendan la versión oficial de la Historia.

¡Pida respuestas claras a preguntas claras! ¡No se deje apabullar con frases hechas! No acepte fórmulas huecas como “*el Holocausto es un hecho comprobado*” o “*quien haga esa pregunta asesina a los muertos por segunda vez.*” No acepte fotos de presos en campos de concentración que murieron de fiebre tifoidea. ¡No acepte confesiones de acusados obtenidas en procesos ilegales!

Pregunta 1: ¿Cree usted que, tal como confesó en su lecho de muerte el Comandante de Mauthausen, Franz Ziereis, se gaseó a 1 ó 1,5 millones de judíos en el castillo Hartheim de Linz? En tal caso ¿por qué nadie más sigue creyendo en eso? En caso contrario ¿por qué sigue creyendo en el millón a millón y medio de gaseados en Auschwitz? ¿Por qué debería ser más creíble la confesión de Rudolf Höss - obtenida incuestionablemente mediante tortura - que la confesión de Franz Ziereis - aparentemente también conseguida mediante la tortura -, la cual ni una sola persona ha vuelto a defender durante decenios?

Pregunta 2: ¿Cree usted en las cámaras de gas de Dachau y Buchenwald? En tal caso, ¿por qué hace ya mucho que ningún historiador cree en ellas? En caso contrario ¿por qué cree en las cámaras de gas de Auschwitz y Treblinka entonces? ¿Qué pruebas hay para estas cámaras que no hubiera también para las de Dachau y Buchenwald?

Pregunta 3: ¿Cree usted que, tal como se aseguró en diciembre de 1945 durante el juicio de Núremberg, en Treblinka cientos de miles de judíos fueron asesinados con vapor? ¿Cree usted en los molinos de personas del Dr. Stefan Szende, en los cuales fueron asesinados con corriente eléctrica millones de judíos? ¿Cree usted que, tal como Simon Wiesenthal escribe, en Belzec 900.000 judíos fueron convertidos en jabón marca R.I.F.? ¿Cree usted en las fosas en llamas del señor Elie Wiesel y los vehículos de ejecución por cal viva del señor Jan Karski? En tal caso, ¿por qué ningún historiador serio comparte su creencia, siquiera a medias? En caso contrario ¿por qué cree usted en las cámaras de gas? ¿por qué rechaza un absurdo y sigue aceptando el otro?

Pregunta 4: ¿Cómo explica usted el hecho de que en todo proceso por asesinato con violencia se eleva un informe sobre el arma homicida, en cambio en ninguno de los procesos por campos de concentración, en los que se trataría del asesinato de millones, jamás se encargó dicho informe técnico?

Pregunta 5: ¡Dibuje una cámara de gas en la que se haya asesinado a judíos con gas Zyklon-B, y explique cómo funcionaba!

Pregunta 6: Después de la ejecución de un condenado a muerte en una cámara de gas estadounidense, ésta debe ser ventilada exhaustivamente antes de que un médico con un traje protector, máscara antigás y guantes pueda ingresar. De acuerdo con la confesión de Rudolf Höss, así como declaraciones de testigos oculares, los comandos especiales

en Auschwitz se precipitaban apenas media hora después que 2.000 reclusos habían sido gaseados, sin máscara, y más encima fumando, dentro de una cámara impregnada completamente de ácido sulfúrico y se encargaban de cadáveres saturados de ácido sulfúrico, y todo sin sufrir daño alguno. ¿Cómo era posible tal cosa?

Pregunta 7: ¿Cómo se las arreglaban los hombres de las SS en Auschwitz-Birkenau para meter dentro de la cámara de gas, en junio de 1944, a 2.000 judíos seis horas después de que habían sido gaseados otros 2.000 (¡en aquella época se gaseaban 12.000 y hasta 24.000 judíos al día!), si todavía quedaban 1940 cadáveres dentro de la cámara de gas (los quince hornos del crematorio tenían capacidad para convertir en cenizas a 60 cadáveres como máximo en seis horas)?

Pregunta 8: Sin contar los modelos ultramodernos, incluso hoy en día los crematorios modernos no pueden cremar más de cinco cadáveres por horno al día, puesto que deben dejarse enfriar regularmente. El profesor Raul Hilberg y otros corifeos de la escribiduría de la leyenda del Holocausto sostienen que entre mayo y julio de 1944 en Birkenau 400.000 judíos húngaros fueron gaseados y cremados en el espacio de cincuenta y dos días. Si los crematorios de Birkenau hubieran tenido la misma capacidad de rendimiento que los actuales, podrían haber cremado en sus cuarenta y seis hornos durante cincuenta y dos días un total de 11.960 cadáveres. ¿Dónde se cremaron los restantes 388.040 judíos asesinados? (por favor no recurrir a la incineración en fosas, la cual es absolutamente imposible debido a la falta de circulación de oxígeno)

Pregunta 9: ¿Por qué los nazis no mataron a los 1,4 millones de judíos de Belzec y Treblinka con sus múltiples gases letales de alta eficiencia, en lugar de utilizar los gases de escape de un motor Diesel, el arma más ineficiente e imposible que se pueda imaginar?

Pregunta 10: Que haya habido crematorios en los recién mencionados *campos de puro exterminio* así como en Sobibor y Chelmno es algo que ningún historiador ha afirmado. ¿Cómo pudieron los nazis disponer de 1,9 millones de cadáveres en esos cuatro campos, de modo que no haya quedado ni siquiera la más mínima huella?

Pregunta 11: Nosotros no necesitamos declaraciones de testigos ni confesiones de los culpables para saber que los estadounidenses lanzaron bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. ¿Cómo es entonces que para un genocidio de millones en cámaras de gas no hay absolutamente ninguna prueba disponible fuera de los testimonios personales y las confesiones de acusados; ni un solo documento, nada de cadáveres, nada de armas homicidas, nada de nada?

Pregunta 12: Diga el nombre de un solo judío que haya sido gaseado, y presente la prueba correspondiente, una prueba que pueda ser aceptada por un tribunal penal con plenos fundamentos jurídicos y legales en un proceso criminal despolitizado. No precisa dar los nombres de 3,5 millones, solamente de uno. ¡Solamente uno! ¡Apenas uno!

Pregunta 13: Según el censo poblacional de principios de 1939 vivían en Rusia algo más de 3 millones de judíos. Durante la Segunda Guerra Mundial perdió ese país un 12 % de su población (por lo menos), y las pérdidas de los judíos fueron

porcentualmente menores. El 1 de julio de 1990 informó el *New York Post*, basándose en expertos israelitas, que en aquella época, es decir mucho después de haberse iniciado las emigraciones en masa, todavía vivían sobre 5 millones de judíos en la Unión Soviética. Puesto que no es posible un crecimiento natural de esta minoría debido a su bajísima tasa de nacimientos y a la fuerte tendencia a la asimilación, visto estadísticamente debe haber habido un *exceso* de 3 millones de judíos en aquel país. ¿Es posible explicar este hecho de manera distinta a que una gran parte de la judería polaca, así como muchos judíos de otros Estados, fueron absorbidos por la Unión Soviética?

Pregunta 14: De acuerdo a Nahum Goldman (*La paradoja judía*), después del fin de la guerra había 600.000 judíos sobrevivientes de campos de concentración. ¿Cómo pudieron sobrevivir 600.000 judíos a los campos de concentración, donde los *nazis* ya en enero de 1942, en la Conferencia de Wannsee, habían decidido la exterminación *total* de los judíos?

Pregunta 15: ¿Está usted dispuesto a reclamar de la adopción de medidas legales dirigidas en contra de los revisionistas? ¿Está usted a favor del diálogo y la apertura sin trabas de los archivos? ¿Estaría usted dispuesto a discutir públicamente con un revisionista? Si no lo estuviere ¿por qué no? ¿No está seguro de que sus argumentos sean realmente los mejores?

Epílogo

1. Suplemento al tema de los crematorios

Nuestro comentario de que la mayoría de los crematorios en uso hoy día no pueden incinerar más de cinco cadáveres por horno al día, proviene de informaciones sobre los crematorios de Clermont-Ferrand (Francia), y de Calgary (Canadá)

Deberíamos haber mencionado que la mayoría de los hornos crematorios alemanes y suizos trabajan a un ritmo de veinticuatro horas diarias y pueden incinerar de dieciocho a veinte cadáveres por horno al día. Para los hornos de Birkenau (alimentados por carbón coque), regían naturalmente otras condiciones. Ivan Lagacé, director del crematorio de Calgary, calculó su rendimiento, basándose en los planos de construcción pertinentes, que como máximo podían incinerar cuatro cadáveres por horno al día. Era imprescindible dejarlos enfriar con regularidad, pues de otro modo habrían sufrido daños irreparables. En consecuencia, nuestras estimaciones sobre la capacidad de cremación de Birkenau son más bien altas, antes que reducidas, y los comentarios sobre los crematorios ultramodernos son, sin embargo, genéricos.

2. El concepto *historiador*

Cuando denunciamos a los *historiadores*, naturalmente no nos estamos refiriendo a los investigadores de la Historia en su conjunto, ni mucho menos a los especialistas en la Antigüedad o en el Medioevo, sino exclusivamente a aquellos *historiadorcillos contemporáneos* que se han especializado en la Segunda Guerra Mundial. Los que avalan la mentira directamente, o bien indirectamente a través de su silencio.

Literatura recomendada

En *La estafa del Holocausto* aparece una completísima bibliografía. Por lo tanto he aquí sólo obras básicas para una introducción:

1. Serge Thion: *¿Verdad histórica o verdad política?*, La Vieille Taupe, 1980.
2. Arthur Butz: *La estafa del siglo XX*, Historical Review Press, 19 Madeira Place Brighton, England, 1976.
3. Wilhelm Stäglich: *El mito de Auschwitzs*, Grabert, 1979. Prohibido en la República Federal Alemana, y disponible a través del Courier du Continent (Postfach 2428, 1002 Lausanne)
4. Walter Sanning: *La disolución de la judería europea oriental*, 1983, Institute of Historical Review, C.A., U.S.A. Grabert editó una versión alemana bajo el título: *Die Auflösung*.

Adicionalmente recomendamos la lectura de los siguientes periódicos:

1. *Journal of Historical Review (Periódico de Revisión Histórica)*, Institute for Historical Review, P.O. Box 2739, Newport Beach, C.A. 92659, U.S.A.
2. *Historische Tatsachen (Hechos Históricos)*, Verlag für Volkstum und Zeitgeschichte, D 4973, Vlotho-Weser.

La edición en inglés del *Informe Leuchter* está disponible a través del *Institute of Historical Review* (Estados Unidos), o a través de la *Historical Review Press*, en Inglaterra. Una traducción resumida apareció en el Cuaderno N^{ro}. 36 de *Hechos Históricos*, pero el gobierno de la República Federal Alemana ¡lo prohibió! Puede conseguirse este cuaderno a través de la *Historical Review Press*.

“Las supuestas cámaras de gas de los nazis y el supuesto genocidio de los judíos son una y la misma mentira histórica, utilizada para una represión política y financiera gigantesca. Los principales propulsores de este fraude son Israel y el sionismo internacional. Las principales víctimas son el pueblo alemán - ¡no así su clase gobernante! -, los palestinos en su totalidad y, no menos, la nueva generación de los judíos, que se ve crecientemente encerrada en un gueto psicológico por la religión del Holocausto.”

(Robert Faurisson)